

STEFANIA GIL

Perfecto
desastre

Romance Contemporáneo



Perfecto desastre

STEFANIA GIL

Perfecto desastre
Copyright © 2019 Stefania Gil
www.stefaniagil.com

Los personajes, lugares y eventos descritos en esta novela son ficticios. Cualquier similitud con lugares, situaciones y/o personas reales, vivas o muertas, es coincidencia.

All rights reserved.

Ilustración de Portada: Freepik.com
Diseño de Portada: La Taguara Design
Maquetación: Stefania Gil

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Índice:

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[Querido lector:](#)

[Otros títulos de la autora:](#)

[Stefania Gil](#)

*«La prueba para saber si puedes o no hacer un trabajo no debería ser la
organización de tus cromosomas».*

— **Bella Abzug, política estadounidense nacida en 1920** —

I

Alexis aparcó el coche frente al colegio de sus hijos sintiendo la recurrente presión en la boca del estómago porque, una vez más, llegaba tarde a recogerles.

Ella sabía que todo el mundo pensaba que era la reina de la impuntualidad pero no era así y hacía mucho tiempo había dejado de justificarse frente a los que nada entendían de ella.

No era impuntualidad, era que simplemente no sabía cómo diablos cumplir con su trabajo y llegar a tiempo al colegio a buscar a sus hijos; o cómo llegar a una reunión de padres y representantes del colegio sin faltar a su trabajo.

Nadie estaba en la condición de entender que ella sola se encargaba de que sus hijos estuvieran a buen resguardo en una casa, que no era ni por asomo la casa que ella quería darles pero había que conformarse con eso y que, gracias a Dios, sus hijos estaban con ella; además, tampoco les faltaba comida o ropa adecuada para cada estación del año aunque esta fuese de segunda mano porque, nuevamente, eso era todo lo que ella podía darles a pesar de que tenía dos trabajos, a veces un tercero, era madre soltera y sin ningún familiar cercano en la ciudad, país, continente o en el resto del mundo.

Eran solo ella y sus hijos y la verdad era que nunca había pedido la lástima de nadie; sin embargo, tampoco quería que le dieran sus opiniones acerca de impuntualidad, desorganización, falta de carácter con sus hijos y mucho menos, que hablaran de lo poco que estaba con ellos porque nadie tenía la menor idea de cómo diablos era su vida.

Sus hijos estaban en el salón de castigos, aunque no estaban castigados, junto a la señorita Louise que le sonrió con dulzura en cuanto la vio.

Los dos pequeños estaban enzarzados en una pelea, como de costumbre y Floyd, el mayor de sus hijos, sumergido en la lectura de un libro que había tomado prestado de la biblioteca pública unos días antes.

Dylan y Toby, los gemelos y más pequeños integrantes de la familia

Powell, corrieron a ella para abrazarla y saltar a su alrededor mientras ella les alborotaba el pelo con entusiasmo. Esas pequeñas sonrisas y los ojos brillantes de ese par de bribones le alegraban el día, aunque le dejaran sin energía en poco tiempo.

El aula estaba vacía —o casi— cosa que era bastante extraña.

—Gracias, Louise —la maestra asintió comprensiva—. No sé qué voy a hacer cuando ya no seas la maestra de Floyd.

Era el segundo año que la maestra tenía a Floyd entre sus alumnos y se alegraba de que así fuera porque sabía que la vida de Alexis no era fácil. Podía percibir el cansancio en su mirada, las ganas de tener un poco más de tiempo para compartir con sus hijos sin sentir que las facturas se acumulan. Lo sabía bien porque a su hermana le había tocado vivir algo similar, solo que con dos niños menos y mucho apoyo familiar.

No conocía la historia de Alexis porque nunca se había atrevido a hablar con ella de eso y la chica no daba señales de querer contarle a nadie sobre la carga que llevaba en su espalda.

Louise suspiró con preocupación en la mirada.

Alexis reconoció el suspiro de la maestra de inmediato.

Sabía que la maestra de Floyd era diferente al resto de las personas que le rodeaban pero no podía evitar pensar en lo que representaba ese suspiro para la mayoría de las personas: la clara reprobación por la forma en la que llevaba el caos que siempre reinaba a su alrededor y la poca agilidad que tenía ella para poner en orden ese caos.

No por falta de intentos. No. Siempre que podía lo intentaba pero no lo conseguía, por una u otra razón; y sin darse cuenta, se dejaba absorber de nuevo por el caos.

Parecía que el desastre era parte de su vida desde que había nacido.

Quizá por eso la señorita Louise se había apiadado de ella la primera semana de clases cuando llegó tarde durante toda la semana a recoger a los niños.

Siempre se preguntaba si la maestra alguna vez había tenido un caso similar y alguna vez quiso preguntárselo pero prefirió omitir su curiosidad por saber si había otras madres y mujeres en general con la misma suerte y pocas habilidades que ella misma poseía.

Lo dudaba.

El resto de la comunidad femenina de la escuela, todos esos años, le había

demostrado que al menos en esa escuela, ciudad y quizá estado del país, ella era la única que parecía no tener nada bajo control desde que había nacido.

—El año que viene ya veremos cómo avanza todo contigo y los niños. Creo que debes ponerles un poco más claras las reglas porque lo necesitan.

Alexis quiso derrumbarse con ella y decirle, llorando sin contenerse, que estaba agotada de intentar algo que no sabía hacer. Que sentía que vivía en una competencia con las demás madres en la que ella siempre salía perdiendo porque nunca tenía el tiempo suficiente, la casa perfecta, los hijos ejemplares, el marido amoroso y la familia ideal.

Ella no lo tenía y no sabía cómo alcanzarlo.

Pero sí tenía claro que derrumbarse allí frente a sus hijos, no era lo apropiado, además, la chica que estaba sentada dos puestos detrás de Floyd, tenía la vista clavada en ella y no quiso ser la protagonista de una escena dramática frente a una pre adolescente que, de seguro, al día siguiente, se burlaría de ella con sus amigas.

Cada día era lo mismo con su vida y sus emociones. Desde que había quedado en estado de los gemelos parecía que corría en un maratón de forma perpetua y sin derecho a detenerse para poder pensar en sí misma al menos por cinco minutos.

La señorita Louise la observó de nuevo y se levantó para dirigirse a los más pequeños.

—Tienen que hacerle caso a mamá y ayudarle en todo en casa, ¿entendido?

Los gemelos, con cinco años, sonrieron felices y asintieron con la cabeza. La maestra les devolvió la sonrisa y se puso de pie de nuevo para ver a Alexis a los ojos.

—Los gemelos llevan una nota de la maestra, quiere verte.

Alexis cerró los ojos y se desinfló dejando que se esfumaran las pocas fuerzas que le quedaban para lo que restaba de día.

Una vez más, tenía que ver a la maestra de los gemelos que tenía un carácter directamente proporcional al sabor de un limón.

—Necesitas estar más organizada, Alexis. Te vendrá bien, ya hemos hablado de esto antes. Puedo ayudarte.

—Lo sé, Louise, te lo agradezco y no quiero ser grosera contigo porque eres siempre dulce conmigo pero soy humana, madre soltera de tres niños — Alexis empezó a notar como la voz le temblaba y dejó de hablar de

inmediato. Negó con la cabeza y suspiró profundo mientras Floyd guardaba su libro y se acercaba a ella para abrazarla también. El niño, casi adolescente, le apoyó la cabeza en el pecho y ella le dio un beso en la coronilla. Vio de nuevo a la maestra—: Lo intentaré de nuevo. Gracias por tu paciencia.

La maestra le sonrió complacida.

—Sé que lo lograrás, no dejes de intentarlo y mientras yo esté en el colegio y me sea posible, te ayudaré.

Se despidieron y luego salió del aula con sus tres niños. Floyd caminando junto a ella; y los gemelos, corriendo como si los persiguiera un tigre enfurecido.

Alexis no sintió mayor preocupación hasta que vio a los niños abrir las puertas del colegio, salir desbocados al exterior y en cuanto aceleró el paso para seguirles, su corazón se aceleró al escuchar el chirrido de la yantas de un coche.

—¿Están bien?! ¡Con un demonio! ¿Cuántas veces debo decirles que no pueden correr así? —los niños observaban a su madre con arrepentimiento pero también con la falta de interés que siempre le dedicaban cuando ella se alteraba—. Estoy cansada de decirles que...

Un hombre se aclaró la garganta.

Ella levantó la mirada, hasta el momento estuvo agachada a la altura de sus gemelos mientras les reñía.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que había un coche aparcado detrás del de ella, no había más coches en la calle y sus hijos estaban bastante alejados de la misma. Es decir, sus hijos no habían estado en peligro, sin embargo, la cara del director Martin y de Bethany Malone, la perfecta madre ejemplar y además, presidenta de la Asociación de Padres y Representates, eran... ¿cómo decirlo?... la misma cara de preocupación y reclamo por su negligencia maternal.

El otro hombre, el que llevaba las llaves del coche en la mano, la veía con compasión.

Es que esas eran las miradas que Alexis solía levantar: preocupación, negación, reclamo, odio y compasión.

Las del amor y la diversión venían solo de sus pequeños hijos porque

hasta el mayor ya había entrado en el grupo que pensaba que ella y todo lo que la rodeaba era un caso perdido.

—Lo siento, la culpa es mía —dijo el hombre del coche de inmediato.

El director del centro la vio con reprobación y al hombre, le dedicó una mirada incrédula.

—Es cierto que, en este caso, el Sr. Price fue el culpable de ocasionar tan terrible ruido gracias a que venía bastante distraído y por poco se estrella detrás de su coche, Sra. Powell —el hombre se subió las gafas mientras hacía la pausa y medía el latigazo verbal que le daría a Alexis a continuación—: sin embargo, si usted hubiese llegado a la hora de salida indicada y además de eso, le indicara a sus hijos quien tiene el mando y les enseñara con más frecuencia quién es el adulto, no estaría usted con el corazón en la garganta temiendo lo peor con respecto a estos niños.

Alexis quiso responderle de una manera acorde a su comentario pero lo consideró una pérdida de tiempo.

—Se salva usted de que la distracción del Sr. Price haya estado muy lejos de sus hijos porque —suspiró y negó con la cabeza—, me habría visto en la obligación de llamar a los servicios sociales y reportar su caso. Ya se lo he advertido antes y...

Alexis dejó de escuchar al director que le decía lo mismo de siempre. Le amenazaba con los servicios sociales, le reprendía y luego, la dejaba marchar bajo una mirada acusadora y analítica. Era la dinámica de siempre y ya Alexis estaba acostumbrada a eso.

Claro, ese día era muy diferente porque todo lo estaba presenciando la estúpida de Bethany Malone que tenía su vida perfecta y maravillosa; con sus perfectos hijos, en una casa que parecía un castillo, no solo por lo grande si no por lo reluciente, y que, de seguro, siempre olía a pie de manzana recién horneado.

Y se sumaba al club de los que miraban con reprobación a Alexis pero Bethany, añadía también gozo porque detrás de esa fachada del ama de casa perfecta y la madre que todo lo puede, se escondía una arpía que disfrutaba ver cómo Alexis se hundía cada vez más en su desastrosa vida.

Desde que su hijo empezó a estudiar en esa escuela, Bethany se encargaba de dejarle saber —todas las veces que podía— lo pésima madre que era y lo mal que estaba haciendo las cosas en la vida.

Como si ella no estuviese enterada.

Como si nadie más en la vida se hubiera encargado de decírselo antes con palabras o miradas.

Y para las miradas críticas y acusadoras de los demás, ya estaba acostumbrada pero no cuando se trataba de Bethany porque odiaba sentir esa vergüenza que sentía estando frente a ella. Siempre tan arreglada, tan elegante con su cordialidad presente, falsa o no, era lo que le dejaba ver a los demás y a Alexis le habría encantado tener una pizca de alguna de esas cualidades para poder darle otra impresión al mundo.

—¿Me está usted escuchando? —Bethany le sonrió con malicia y el director dejó ver su sincero disgusto acentuándose.

El hombre del coche ya no estaba, no se dio cuenta del momento en el que este se marchó aunque el coche seguía en el mismo lugar aparcado.

—Sí, señor, lo siento, no volverá a ocurrir.

Apartó la mirada de ambos y alentó a sus niños, que por algún milagro divino permanecían inmóviles a su lado, a subirse al coche y largarse de ahí cuanto antes.

Necesitaba llegar a casa, quitarse los zapatos y tumbarse en el salón un rato a ver la TV con los niños para tomar fuerzas de nuevo y luchar con los gemelos hasta la hora de acostarse a dormir.

II

—Tenemos que hablar, Bonnie.

Henry Price Jr. veía a su hija con clara preocupación.

Ella, en cambio, lo observaba con reto e ironía.

—¿Vamos a hablar de nuevo de mamá y de que debemos avanzar?

Henry se frotó los ojos porque sabía que acabarían peleando una vez más, como lo llevaban haciendo en los últimos dos años desde que su esposa, y madre de Bonnie, muriera en un accidente de tránsito.

Una falla en su coche la llevó a los brazos de la muerte dejando a Bonnie y a Henry muy mal. Pero sobre todo a ella, su hija, que estaba empezando a transitar esa etapa difícil que llamaban adolescencia.

Desde hacía un año, las cosas empeoraron con ella. Estaba agresiva, respondía mal todo el tiempo, no quería estudiar y pasaba encerrada en su habitación mucho tiempo, odiando a todos los que le intentaban hacer la vida más agradable porque sabían que ella estaba sufriendo por la ausencia de su madre.

Henry se había visto en la obligación de sacarla de su antiguo colegio porque su comportamiento rebelde con los maestros y poco comunicativa con todos iba a llevarla directo a la expulsión y la directora, que le tenía gran aprecio a Henry porque había sido un alumno ejemplar dentro de la misma escuela, le recomendó que la sacara antes de que ella se viera obligada a tomar serias medidas y empañara el futuro escolar de la niña.

—Bonnie...

—Papá...

Bonnie, de pie frente a él, con los brazos cruzados sobre el pecho, le mantenía la mirada a su padre sabiendo que él no desistiría en su idea de que ella se abriera un poco con él; y no era que no quería hacerlo, la cosa estaba en que cada vez que lo hacía, acababa sintiendo que su padre y todos los demás, le tenían lástima por quedarse huérfana de madre.

¿La extrañaba? ¡Cómo no hacerlo si era su madre! Y sabía que la extrañaría siempre pero no conseguía avanzar entre las miradas de lástima y

la compasión de su familia, sumada a esos compañeros de clase que se empeñaban en recordarle con burla que su madre estaba muerta.

Y de nada servía hablar ni con su padre ni con nadie porque siempre acababa escuchando lo mismo:

«Pobrecita, no es justo lo que te ocurre» «Hay que tenerle paciencia, se quedó sin madre» «Debes extrañar mucho a tu mami» «¿Quieres pastel para que no estés más triste?» «Vamos a terapia»

Cerró los ojos.

A veces quería desaparecer.

—Estoy intentando acercarme a ti, Bonnie...

—Quizá el problema es ese papá, que estás siempre muy cerca y queriendo saberlo todo.

Henry frunció el ceño.

—¿No es eso lo que se supone que debo hacer? Soy tu padre.

Ella bufó porque, en realidad, parecía su maldita sombra desde que su madre había muerto.

Le tenía tanta lástima que no se daba cuenta de que no la dejaba en paz y que lo único que ella quería era estar sola.

—Vete a tu habitación, Bonnie. Hablaremos más tarde.

«Genial» pensó ella mientras recogía sus cosas y se marchaba a su habitación feliz de obtener un poco de soledad.

Todos querían tenerla controlada. Todos querían acompañarla para que no se sintiera tan triste.

Resopló y se tiró en la cama con los audífonos puestos para encontrar su vía de escape en la música como siempre lo hacía.

En tanto, en el salón, Henry se devanaba los sesos de nuevo para poder encontrar una solución que lo acercara a su hija.

Quizá no estaba pasando mucho tiempo con ella y se sentía sola.

Fue a la cocina y sacó una cerveza del refrigerador, la destapó, tomó un sorbo y luego fue a la despensa por un paquete de las patatas fritas que tanto le gustaban. Que sí, sabía que eran una mierda para su organismo pero estaban buenas y le ayudaban a pensar.

También tenía que pensar en la cena porque no tenía nada preparado.

Suspiró y se metió otra patata en la boca.

Cocinar le relajaba pero en ese momento no le apetecía preparar comida. Solo quería meterse en la cama y dormir profundamente hasta despertar y

darse cuenta de que estuvo sumergido en una pesadilla de esas en las que pasan los días, los meses, los años y cuando despiertas solo han pasado cinco minutos.

Le gustaba pensar en eso de vez en cuando. Sobre todo cuando las cosas empeoraban con Bonnie.

Siempre había sido un buen padre y muy buen esposo con su querida Jennifer. Sin embargo, no fue hasta que ella murió cuando se dio cuenta toda la carga que estuvo llevando su esposa sobre los hombros.

Madre, emprendedora, esposa, hija, ama de casa, amiga.

«¿Cómo conseguía hacerlo todo?» Se preguntaba todavía hoy después de todo el tiempo que había pasado. Sobre todo, cómo conseguía que Bonnie siempre hiciera lo que ella decía y cómo conseguía que la niña quisiera pasar tiempo con ella.

Le llevó algunos meses hallar una fórmula parecida para lograr hacer todo lo que Jenny hacía, tenerlo todo en tiempo, pero le costaba mucho la parte de mantener a Bonnie feliz y animada a pasar tiempo juntos.

Construir momentos nuevos entre padre e hija.

Había pasado mucho tiempo del último paseo que hicieron y después de que hablaran de Jenny y recordaran algunos momentos con ella, como siempre acababan haciendo en esos momentos entre padre e hija posteriores a la muerte de Jenny, Bonnie no quiso repetirlos más.

¿Qué había hecho mal? Solo pensó en consolar a su hija por la muerte de su madre. Quizá buscaba el también un poco de consuelo, aunque cuando veía a su pequeña entristecerse por los recuerdos y lo mucho que añoraba a su madre, se le arrugaba el corazón y sentía que debía enfocarse en sanar su tristeza, ser su consuelo, su apoyo.

Lo que él sentía podía esperar, su hija siempre estaba primero.

Negó con el cabeza, pensando en lo injusta que fue la vida con ellos.

Con Bonnie.

Vio la foto de Jenny en el salón y sonrió con gran pesar.

Suspiró profundo, se sentó en el sofá a beberse la cerveza en paz mientras sentía el crujir de las patatas en su boca.

Había estado pensando en retomar el trabajo a tiempo completo todos los días de la semana, pero después de que recogiera a Bonnie del aula de castigo ese día, tendría que seguir dirigiendo a sus empleados desde casa y solo encargarse de la parte administrativa de la empresa.

Tenía necesidad de salir de casa en un horario formal de trabajo, colgarse su cinturón de herramientas en la cintura y subirse al techo de la casa de alguien para hacer las reparaciones necesarias.

Quería sentir el cansancio del trabajo y no el agobio de estar encerrado entre paredes manejando todo desde internet y el móvil.

Sentía que la casa se le venía encima.

Ladeó la cabeza y torció la boca en un gesto que indicaba la ironía que pensaba porque si la casa realmente se le viniese encima le estuviese haciendo un favor, tendría que colgarse el cinturón de herramientas y empezar a reconstruirla.

Suspiró de nuevo pensando esta vez en que no deseaba que la historia de malos comportamientos de Bonnie se repitiera de nuevo.

La señorita Louise le indicó que estaba en el salón de castigos porque llevaba varios días respondiéndoles mal a varios maestros y con una actitud extraña hacia algunos compañeros pero se negaba a dar razones para su comportamiento.

Louise intentó hablar con ella pero al parecer, Bonnie se limitó a decirle que no quería que se metiera en su vida y así fue como acabó en la sala de castigos y ahora, en su habitación.

Recordó tantos malos momentos desde que le llamaran para decirle que la niña estaría castigada, que debía pasar por ella más tarde; y tan sumergido estaba en sus pensamientos, pidiéndole a Dios que no volvieran más momentos amargos, que no fue hasta que casi se estrella detrás del coche de la mujer que estaba en el colegio con los niños, que paró y se dio cuenta de que había hecho una cantidad de cosas en modo automático y que había representado un grave peligro para cualquier persona a su alrededor.

Aquello no podía repetirse.

Ese día fue un coche pero bien podían haber sido los niños que la madre regañaba.

Frunció el ceño pensando en esa escena.

No la culpaba, a la mujer, entendía lo duro que debía ser tener tres hijos si a él no le iba bien con una.

Aunque él habría manejado la situación de otro modo. Sin gritos, pero con firmeza y que los niños se enteraran de que había un Alfa que mandaba en la manada.

Estaba claro que eso ella no lo tenía, la cara de los niños más pequeños

describía cómo era la dinámica de ellos como familia.

Y ni hablar de lo poco que escuchó decir al director que hasta a él le sentó como una patada en el estómago. Fue muy rudo de su parte todo lo que le dijo.

Sin duda, el colegio debía velar por la seguridad de los niños. Se sabía que estaban muy al pendiente de que ningún niño sufriera maltratos y de que estuviesen bien con sus familias, pero un accidente puede tenerlo cualquiera. Eso no era un motivo para amenazarle con los servicios sociales.

Lo escuchó ya cuando estaba alejado y decidió no meterse porque bastantes problemas tenía él con su vida y con Bonnie como para interceder en la vida de otros.

Que además, lo más probable era que no estuvieran de acuerdo en que él interviniese.

A la mayoría de las madres no les hacía gracia alguna cuando él, de la manera más inocente, le sugería que cambiaran la técnica porque no les resultaba una u otra cosa.

Parecía que se sentían ofendidas cuando se les daba un consejo.

Y dejaban ver esa culpa en la mirada que les hacía autoflajelarse como malas madres.

Por eso agradecía que su hija ya pudiera asistir a cumpleaños sola, la dejaba en el lugar que le decían y pasaba por ella luego. Aunque la verdad era que cada vez asistía a menos sobre todo después del cambio de colegio y los pocos o ningunos amigos nuevos que tenía.

Y eso lo libraba de ser el centro de atención porque era un hombre soltero criando a una niña que estaba casi en la edad de la adolescencia.

También le libraba de ser el centro de atención de mujeres que, además de compadecerse de él por tener que llevar la casa, la familia, la hija y el trabajo, como si él fuese un maldito inútil y no pudiera hacer nada de eso, también lo veían como un trozo de carne irresistible para degustar en la cama.

Divorciadas, viudas y hasta bien casadas, se acercaban a él con la compasión presente, poniéndose a la orden para ayudarlo en lo que necesitase y dejando en claro el mensaje subliminal de aquel ofrecimiento.

Prefería quedarse en casa viendo un partido, organizando cosas de la compañía o pasando por las obras para supervisar a sus chicos.

Vio el reloj.

Suspiró y se terminó la cerveza.

Si no se daba prisa, la comida no estaría a tiempo para cenar, así que era mejor empezar a prepararlo todo.

III

Al final de esa semana, Alexis se dirigía al colegio de sus hijos con calma.

No sería la primera vez que lo hacía, claro que no.

Aunque no era de lo más común en ella, alguna que otra vez al año les pasaba buscando a la hora indicada; sin embargo, ese día, en vez de disfrutar de tener tiempo de sobra, estaba hecha un manojito de nervios porque el tiempo extra se lo concedió su hijo Floyd al meterse en problemas con un grupo de niños y enzarzarse en una pelea.

Nunca antes había ocurrido algo así con Floyd y estaba muy preocupada.

Prefería ir a buscarles con el corazón en la boca por las prisas y no por la zozobra del porqué su hijo se había peleado con otros chicos.

Desde que Floyd había nacido, dio señales de ser un niño dócil, tranquilo y dulce. Alexis recordó la forma en la que el pequeño podía pasarse horas construyendo ciudades con sus Legos; lo pronto que aprendió a leer y lo mucho que disfrutaba de la lectura en la actualidad, era un ratón de biblioteca. Nunca le dio un motivo de angustia, de preocupación. Ni siquiera tenía que revisarle los deberes porque Floyd era muy responsable incluso para su corta edad.

Era todo lo opuesto a ella y de hecho, era quien muchas veces le ayudaba a resolver las cosas.

Alexis se sentía afortunada por tenerlo.

Suspiró mientras conducía y veía por el retrovisor central a los gemelos estar en silencio. Esos extraños momentos que se presentaban entre ellos y que debía aprovecharlos al máximo porque no se sabía cuándo se repetirían de nuevo.

No cambiaría nada de su vida actual. Tal vez tampoco cambiaría mucho de la pasada porque eso alteraría el futuro y no los tendría a ellos y a Floyd a su lado.

Eran su fortaleza y su debilidad, su ilusión.

Desde que esos pequeños llegaron a su vida la habían cambiado para

bien.

Tenía una familia, caótica, pero era suya y nadie podría arrebatársela esta vez.

Recordó entonces la amenaza del director unos días antes cuando habló de los servicios sociales y sintió una punzada en el estómago que lo tenía vacío desde la mañana.

Negó con la cabeza. Nadie iba a quitarles a sus hijos.

Aparcó el coche y se dio la vuelta para ver a los gemelos que estaban adormilados por el sueño repentino que los dominó con el movimiento del vehículo.

—Quiero que se porten bien, chicos, por favor —los vio directo a esos ojos traviosos—. Estaremos en la oficina del director y quiero que no hagan ni un ruido. ¿Ok?

Los gemelos asintieron aun atontados. Esperaba Alexis que sus palabras quedaran grabadas en sus pequeños cerebritos porque no quería mayores problemas.

Los bajó del coche y caminaron tomados de la mano de su madre, en silencio, comportándose tal como lo quería Alexis.

El colegio estaba vacío como era de esperar y la señorita Louise salía del aula de castigos porque su jornada finalizaba.

Los niños se soltaron de inmediato de las manos de su madre y corrieron a abrazar las piernas de la maestra que sonrió divertida sacudiéndoles el pelo con la mano.

La maestra le dedicó una mirada compasiva a Alexis.

—Espero que hayas tenido un poco de paz esta vez.

Alexis levantó los hombros y dejó ver que no le importaba la paz porque el motivo de ella la inquietaba más.

—Están en la oficina del director.

—Vaya semana que tengo —resopló—. La reunión con la señorita Hudson fue de esas que no quiero repetir de nuevo en mi vida. Nunca nadie había resaltado tantas cualidades negativas de mis hijos y además, de mí — Alexis recordó lo mal que se sintió esa noche pensando que no estaba haciendo nada bien. Seguía pensándolo, pero como siempre, no tenía más remedio que seguir adelante cómo pudiera hacerlo—. Ahora me toca una reunión con Martin y ya tengo los nervios de punta porque yo no soy la persona favorita de ese hombre.

La maestra le mostró complicidad porque estaba de acuerdo con ella respecto a Martin pero también, le dejó ver que esta vez, quizá fuera diferente.

—Están también otros padres involucrados. No creo que la tome solo contigo.

—Por favor, dime que la hija de Bethany no tiene nada que ver en esto.

La maestra hizo una mueca de desagrado.

—Fue con su sobrino —Alexis se desinfló—. Pero su hija empezó el asunto. Floyd y Bonnie han sido víctimas de los Malone desde hace unos meses y no lo supimos hasta hoy.

Alexis frunció el ceño.

Siempre le pareció raro que su hijo no se quejara de que otros niños le fastidiaran en clases. Era el que podía ser considerado «diferente» de la clase, el que siempre estaba sumergido en los libros y que no se metía en problemas.

Esa clase de chicos siempre acababa siendo el centro de abuso de algún niño con ganas de atacar a los más débiles y Alexis le había enseñado a sus hijos, desde muy pequeños, que no estaba bien repartir puños y ser agresivos pero que si alguien, alguna vez, se metía con ellos física o verbalmente ellos estarían en todo el derecho de defenderse.

Las casas de acogida le enseñaron a Alexis lo dura que puede llegar a ser la infancia si tienes a niños abusones cerca de ti.

Caminaron hasta la oficina del director en silencio. Los gemelos jugaban entre ellos pero de una manera adecuada.

—Yo me quedo con ellos —le dijo comprensiva Louise—. Búscanos en el patio del recreo. Vamos, chicos, a jugar un poco al aire libre.

—Gracias, Louise, eres un sol.

Alexis los vio alejarse y luego hizo una inspiración profunda para afrontar lo que le esperaba.

Cuando entró en la sala de espera se encontró con Bethany Malone impecablemente vestida. Con el cabello tan arreglado que parecía haber salido recientemente del salón de belleza y con su manicura de envidia.

Pensó en que esa mujer debía tener un pacto con el diablo.

Para ser madre a tiempo completo de cuatro seres que parecían poder sentarse a la mesa con la realeza y mantenerse a la altura de la ocasión; cuidar tan maravillosamente de su casa, familia y esposo; y además, tener tiempo

para el pelo, los vestidos y la manicura, había que tener un pacto con alguien.

O servidumbres y hasta donde ella sabía, Bethany odiaba la servidumbre porque le gustaba regocijarse en sus grandiosas habilidades que la convertían en la «madre perfecta»

La esposa perfecta. El ama de casa perfecta.

La mujer ejemplar.

Se alisó su propio pelo en un intento de no parecer despeinada. Ni siquiera recordaba si se había logrado peinarse ese día en la mañana.

Bethany la vio con reprobación, como siempre.

Y estando ante ella, siempre se sentía minimizada, perdía esa poca seguridad en sí misma que, a veces, dejaba ver al mundo deseando salir corriendo para que nadie la juzgara por llevar una vida desorganizada, porque simplemente no sabía en dónde diablos encontrar el maldito balance para poder alimentar a tres niños, cuidarles, darles amor y encontrar espacio para ella intentando no perder la casa o alguno de sus trabajos en el proceso.

—Buenas tardes.

Saludó sabiendo que Bethany no saludaría, como ocurría la mayoría de las veces.

El hombre que estaba en la sala, le pareció conocido y después de que este le saludara de manera apropiada, recordó que había sido el mismo que estaba a la salida del colegio unos días atrás.

Curiosamente, estaba sentado junto a la niña que estaba aquel mismo día en el salón de castigos.

Entonces era el padre.

Bethany estaba en compañía de su hija y de su sobrino, hijo de su hermano menor que era un hombre de negocios que viajaba la mayor parte del tiempo y la madre de ese niño muy pocas veces daba la cara en el colegio.

Así que Bethany también era la tía perfecta.

Alexis sintió pena por el niño. Entendía que toda su agresividad era por falta de atención. No tenía que ser psicóloga para saberlo, lo había vivido en carne propia y las terapias obligadas por el sistema le llevaron a entender el origen del comportamiento de esa clase de personas.

Su hijo la vio con vergüenza.

Ella le dejó ver una sonrisa solidaria y le dio un beso en la coronilla.

Cuando se sentó junto a él le vio el pómulo inflamado. Entonces notó que todos tenían heridas.

La chica junto a ella y quien asumía era la Bonnie que nombró Louise minutos antes, tenía arañazos en el cuello.

La hija de Bethany también mostraba arañazos pero en el rostro; a su sobrino, un pómulo le sobresalía en exceso y el ojo izquierdo estaba sombreado por la marca de un golpe.

Le tomó la mano a su hijo y observó los nudillos lastimados.

—Ya nos curaron en enfermería.

—Está bien.

—Lo siento, mamá, no quería darte más problemas —se le encogió el corazón. Su pequeño siempre buscaba la forma de ayudarle.

Un chasquido irónico salió de la boca de Bethany, provocando a Alexis que la vio a los ojos advirtiéndole que parara porque no era el momento.

Ella misma le habría dicho cualquier cosa en otra ocasión, pero no ahí, en la oficina del director y menos, ante un padre que era nuevo en el colegio porque ella no le había visto antes. La mayoría de los niños de la clase de su hijo estaban juntos desde pequeños.

La puerta de la oficina del director se abrió y salió el Sr. Dolbi, psicólogo y consejero del colegio.

—Pasen, por favor.

Todos los involucrados pasaron y se ajustaron como pudieron en el reducido espacio.

El Sr. Martin los veía con mala cara a todos.

—Los hechos de hoy, ocurridos entre este grupo de niños aquí presente, no puede permitirse en esta institución —los observaba a todos por encima de sus gafas que le hacían lucir 30 años mayor—. Es inaceptable que se usen las condiciones familiares como armas para atacarse los unos a los otros. Eso es hacer *bullying* y, bajo mi mando, no lo puedo permitir. Así que, en vista de lo ocurrido...

Alexis interrumpió de inmediato.

—Perdón por la interrupción pero me gustaría saber qué ocurrió.

El director la vio de mala manera por haber interrumpido y omitió su pregunta.

Bethany dejó ver una clara victoria en su mirada y el padre de Bonnie se mostró incómodo por la actitud del hombre de mayor peso en la institución.

El psicólogo parecía no asombrarse y era lo normal después de tener más de diez años trabajando junto al señor Martin.

Ya lo conocía.

—Cada niño le explicará a su padre lo ocurrido, no quiero hacer esto más largo —Removió unos papeles y los observó de nuevo—. El Sr. Dolbi y yo hemos llegado al acuerdo de que estarán tres días suspendidos, todos, sin excepción; y al regreso, tendrán que someterse el resto del curso a hacer trabajo comunitario en el colegio cuando se le sea asignado. Así mismo, tendrán que pasar un poco de tiempo en la oficina del Sr. Dolbi si él lo considera necesario.

El psicólogo solo les sonrió con amabilidad y el director les vio de nuevo a todos con obstinación.

—He dicho todo lo que tenía que decir. Así que ya pueden retirarse.

La primera en salir fue Bethany con los niños a su cargo, seguidos por Bonnie y su padre.

Alexis le dio un apretón a su hijo en el hombro y empezó a caminar con calma junto a él en la dirección contraria al resto del grupo porque iba al patio de recreo por sus niños más pequeños.

—No te sientas mal, sé que lo hiciste por una razón y...

—Me acaban de suspender, mamá, no puedo quedarme solo en casa y tú no puedes dejar de trabajar...

Alexis se sintió tan mal en ese momento por la angustia que tenía su hijo que quiso mandar todo al infierno y quedarse a su lado esos tres días. Pero no podía hacerlo.

Los gemelos corrieron a ellos y les abrazaron.

Se quedaron unos minutos más con la señorita Louise diciéndole el veredicto del Sr. Martin y esta dijo que no le parecía justo con Floyd y Bonnie que habían sido los afectados, pero nadie se atrevería a contradecir al director.

Se despidieron y Alexis caminó junto a sus hijos hacia la salida del colegio. Una vez fuera, Alexis vio al padre de Bonnie junto a Bethany conversando con amabilidad.

Esta, al ver a Alexis, sonrió de lado con malicia. Alexis la habría evitado si hubiese tenido otro camino para llegar a su coche pero estaba en todo el medio de la única vía y no podía evadirla.

Al llegar junto a ellos, Bethany dejó salir su veneno, como siempre.

—Entiendo tu posición, Henry —le escuchaba decir al padre de Bonnie—. Y lamento que mi hija se haya burlado de la muerte de la madre de

Bonnie, es inaceptable y me encargaré de corregirle —Alexis siguió caminando y escuchando—. No debe ser fácil criar a una niña solo. Los padres solteros son realmente admirables.

Aquellas últimas palabras hicieron hervir la sangre de Alexis y sin importarle nada se dio la vuelta y vio a la mujer a los ojos de manera desafiante:

—Es difícil también ser madre soltera con tres niños, dos trabajos y no tener familia que me ayude por ningún lado.

Bethany sonrió con ironía.

—Tú eres mujer, Alexis, deberías saber cómo ser todas esas cosas y ser buena madre —dirigió su mirada a los gemelos que estaban peleándose, como de costumbre, sobre el césped.

El padre de Bonnie corrió junto a los niños y los separó fingiendo ser un monstruo que los iba a comer, los niños corrieron despavoridos y riendo.

Alexis sintió unas ganas profundas de echarse a llorar allí mismo.

Bethany dejó ver lo feliz que se sentía al creerse superior a Alexis y sin decirle nada más, menos mal, se marchó.

Alexis se quedó ahí, apretando los puños con fuerza; sintiendo unas ganas tremendas de gritarle al mundo que ella era buena madre aunque su vida fuera un maldito caos.

Amaba a sus hijos y hacía lo mejor para ellos.

De eso iba la maternidad ¿No?

Tragó grueso y luego se dio la vuelta para notar a Bonnie y a Floyd jugando con los pequeños.

El padre de Bonnie caminaba hacia ella.

Extendió el brazo y se presentó como era debido.

—Espero que no te haya importado que jugara con tus pequeños.

Ella resopló cansada.

—No, para nada. Más bien debo agradecerte porque, como verás, es cierto que quizá no soy la madre que todos esperan que sea.

Henry se cruzó de brazos y la observó divertido.

—A mí me pareces una mujer valiente al criar sola a tres niños y tener dos trabajos.

Ella lo vio de reojo y este le sonrió.

Alexis sintió la necesidad de relajarse.

—Lamento la muerte de tu esposa.

Henry levantó los hombros para restarle importancia.

—Gracias.

—Te ofrecería ayuda con Bonnie si alguna vez la necesitas, pero como ya lo dejó en claro Bethany, no puedo con más a pesar de que soy mujer —negó con rabia de nuevo—. Ya te dio el visto bueno —le sonrió con ironía—; eso quiere decir que cuentas con todo su apoyo y el de su comunidad de madres chismosas y perfectas.

Henry soltó una carcajada.

—Te acusaré con ella la próxima vez que la vea —le dijo serio pero con un brillo de diversión en la mirada.

Alexis no pudo evitar sonreír.

—Oh, ¿no la llamarás por teléfono de inmediato como hacen sus amigas?

—No me ha dado su número.

Alexis se llevó una mano al pecho fingiendo una forzada y divertida sorpresa.

—Hay una leyenda que dice que si Bethany no te da su número de teléfono a penas te conoce es por dos razones —Henry la observaba con atención—: la primera, es que no eres digno de ser su amigo, como yo —Henry sonrió—. Y la segunda, es que está formando un plan para reclutarte y lavarte el cerebro como hace con cada una de las madres que se une a ella. Como tú.

Henry soltó otra carcajada.

—No me van las tardes de chismes y té. Prefiero un buen partido, una cerveza...

—Y pizza.

—Exacto. Gracias por advertirme de todas maneras, no me dejaré atrapar.

Alexis hizo una mueca indicándole que no lo tendría tan fácil.

—Ya veremos cómo te va.

—Entonces, Bonnie, ¿vamos a hablar de lo que ocurrió y por lo que te suspendieron tres días?

Bonnie vio a su padre avergonzada.

—Me vi en la obligación de defenderme.

Henry sonrió de lado sintiéndose muy orgulloso de su niña por no dejarse

someter por nadie. Sin embargo, era imperativo conversar sobre el asunto, necesitaba saber qué había ocurrido.

Se sentó junto a ella y le pasó el brazo por encima de los hombros.

Ella se acercó y dejó que su cabeza reposara del pecho de su papá. Allí se sentía a gusto aunque últimamente no tuvieran tantos acercamientos como ese.

Por su parte, Henry respiró con tranquilidad, tenía a su niña con él y la protegería como un demonio de quien fuera.

Le dio un beso en la coronilla.

—Estábamos en el gimnasio cuando todo ocurrió. Yo iba a las prácticas y la estúpida de Dede Malone estaba con las porristas y dijo en voz alta que yo era una pobre huérfana que se había quedado sin madre porque, de seguro, su madre se había hartado de ella.

Bonnie levantó la cabeza y lo vio con furia y tristeza en los ojos.

—Tu madre jamás te habría abandonado, cariño —le acarició el pelo manteniéndole la mirada—. Ya deberías saberlo.

—Lo sé pero como ella no lo sabía, yo se lo expliqué.

—¿Por qué no intentaste usar las palabras primero?

—Porque Dede solo se escucha a sí misma, papá. No es la primera vez que me dice una cosa como esa y yo me cansé de escucharla.

—Está bien.

—¿No me vas a regañar por eso?

Henry negó con la cabeza.

—Me parece bien que te hayas defendido aunque puede parecerme que has debido usar primero las palabras, pero es tu decisión y como mamá y yo te hemos enseñado, cada reacción trae una consecuencia, ya te dieron la consecuencia en el colegio —suspiró colocando a su hija en su regazo de nuevo—. ¿Por qué se involucraron los niños?

—El primo de Dede intervino en cuanto me vio golpearla, supongo que quería separarnos pero algo le dijo a Floyd que reaccionó igual que yo y el entrenador tuvo que intervenir para separarles a ellos y después a nosotras.

Henry resopló divertido pensando en su época de estudiante y en todas las peleas en las que se vio involucrado.

—Bueno, esperemos que tanto Dede como su primo aprendan la lección ¿Preparamos la cena?

Bonnie asintió con la cabeza y se separó de su padre.

Fueron hasta la cocina y empezaron a repartirse tareas en silencio.

Un silencio que estaba siendo lo que Bonnie no esperaba aunque sí lo que quería y en su interior, se lo agradeció a su padre que sabía estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por no preguntarle nada más.

Henry observaba a su niña mientras esta cortaba las zanahorias y se iba comiendo algunos trozos crudos.

¿Cuándo había crecido tanto?

Era obvio que estaba a punto de dejar de ser una niña pero él se negaba a admitirlo.

Se sentía orgulloso de ella por la forma en la que había actuado.

Y se moría de ganas de preguntarle más cosas que ahora le venían a la mente pero prefirió callar porque sabía que si no, Bonnie se cerraría de nuevo y se iría molesta a su habitación.

No arruinaría ese momento especial entre ellos.

Vio el calendario y recordó que el viernes en la noche se llevaría a cabo el partido para el que su hija había estado entrenando muy duro.

Bonnie lo conocía tan bien que le respondió sin necesidad de formular la pregunta:

—No estoy fuera, papá. El entrenador le pidió al director que no me sacara del partido porque me necesitaban. Por ello las labores sociales en el colegio.

Henry asintió.

—Bien, entonces tenemos tres días libres para practicar mucho. Te ayudaré.

Bonnie le sonrió por compromiso.

No le quedaría más remedio que pasar tres días completos junto a su padre y tendría que tolerarlo aunque sintiera que se asfixiaba.

IV

La semana había concluido arrebatándole la poca energía con la que llegaba Alexis a los viernes.

«Muy intensa» era una manera apropiada para describir esos días en su vida.

Más intenso de lo que comúnmente eran.

Los gemelos se estuvieron portando peor que nunca. Floyd, estuvo solo tres días en casa, lo que le tuvo con los nervios a flor de piel porque aunque sabía que su hijo mayor era centrado y responsable no dejaba de ser una gran locura dejarlo solo por tantas horas.

Ni siquiera les dejaba los sábados cuando tenía que hacerse cargo de la limpieza y de mantener cuidado el jardín de la casa de los López que visitaban la ciudad solo en sus vacaciones para disfrutar de la propiedad que Alexis cuidaba con tanto esmero.

Fue una gran oportunidad que consiguió en el supermercado en el que trabajaba como cajera desde hacía muchos años. La pareja frecuentaba ese establecimiento para hacer su compra y alguna vez le comentaron que debían irse al norte por trabajo y que no querían vender la casa que tenían allí porque tenía gran valor sentimental para ellos, así que necesitaban a alguien que se encargara de la propiedad al completo una vez por semana y sin pensárselo, ella se ofreció.

Sabía muy bien cómo cuidar de una casa. Los quehaceres que debían hacerse para mantenerla limpia, el cuidado que debía tenerse con el esqueleto de la misma y se le daba muy bien la jardinería.

Era una actividad que le relajaba. Empezó haciéndolo con su propio jardín y cuando empezó a ver que se le daba tan bien, continuó haciéndolo logrando desviar la vista de los vecinos hacia el jardín y no hacia lo desvencijado que estaba el lugar en el que ella y sus hijos vivían.

Casi nadie se fijaba en la construcción porque el jardín simple pero colorido, acaparaba toda la atención.

Una cosa era saber cuidar de la casa de otros con el dinero de esos otros y

otra muy diferente era saber lo que su propia casa necesitaba y no poder hacerlo por falta de dinero.

Así que su propia vivienda, que era bastante vieja y que había conseguido por un precio ridículo porque estaba en muy mal estado, tendría que aguantar el tiempo necesario hasta que pudiera arreglarla o bien pudiera conseguirse otra.

Mejor eso que nada. Bien lo sabía ella.

El dinero extra que recibía por ser la cuidadora de la casa no era gran cosa, pero le ayudaba mucho para poder llegar a fin de mes sin apuro.

El maldito dinero siempre era un problema en su vida desde que los niños llegaron a ella.

Primero por la angustia de no poder darles lo suficiente en cuanto a comida o casa, después por no poder comprarles todo nuevo para cada año del colegio, la mayoría de los libros eran de segunda mano o tomados de la biblioteca pública. Al igual que la ropa, mucha de la de Floyd era de segunda mano, donaciones que algunas personas le hacían porque le tenían estima en el supermercado y conocían su situación y la de los gemelos, bueno, la de ellos era la que Floyd había ido dejando.

No podía darles cosas que se les antojaran por que sí, porque eran niños y por capricho querían algo.

En cada uno de los cumpleaños sudaba frío nada más de pensar en que se gastaría dinero que no tenía en una pequeña celebración y un regalo que les hacía ilusión a los niños y que la dejaba a ella en saldo negativo ese mes.

Sobre todo el mes en el que cumplían los gemelos.

Ahora empezaba a preocuparse por Floyd y los estudios superiores que cada vez se acercaba más a esa etapa.

Estaba lejos de conseguir poder pagar la universidad de sus hijos, cosa que le preocupaba enormemente porque seguía empeñada en darles la mejor preparación que pudiera para que ninguno de ellos tuviera que atravesar la situación tan mala en la que se encontraba ella económicamente hablando.

Soñaba con encontrar la manera de poder arreglarlo todo.

Floyd sonrió en cuanto se bajó del coche, los gemelos iban tirándose de las camisetas.

Ella se agachó junto a ellos.

—¿Pueden quedarse tranquilos un rato?

Los niños rieron con gran picardía y corrieron en dirección a las gradas.

—A veces provoca amarrarles a una silla —dijo sin darse cuenta de que hablaba en voz alta. Floyd la observó de reojo y soltó una carcajada.

—Mamá, serías incapaz de hacer algo así.

Ella chasqueó los dientes con una mueca que dejaba en claro que su hijo tenía razón.

A veces se imaginaba que de verdad les amarraba frente a la TV una tarde entera mientras ella se tumbaba en el sofá a dormir.

Estaría con ellos, le era impensable alejarse de sus pequeños, pero no descartaba el anhelo de tener un poco de tiempo para ella, para descansar de todo y de todos.

Suspiró.

—¿Te importa si me siento con los chicos?

«¿Los chicos?» se preguntó en su interior porque no sabía que su hijo tenía un grupo de amigos. No le parecía esa clase de chicos.

—Está bien. Podré soportarlo.

Floyd sonrió y se puso en puntillas para darle un beso que ella recibió sonriente y sin hacer gran alarde para no hacerle pasar vergüenza a su hijo frente a su grupo de amigos, que al verlos, entendió que debía tratarse de un grupo de niños como Floyd.

Bien interesados en lecturas, juegos de mesa y que solo estaban allí esa noche, viendo a las chicas jugar porque, de seguro, se sentían atraídos por alguna de ellas.

Movió la cabeza de lado a lado buscando a los gemelos y empezó a sentir miedo cuando no los vio.

—¡Alexis! —alguien le llamaba desde las gradas más altas. Se dio la vuelta y vio a Henry saludarle con la mano mientras les daba golosinas a los gemelos.

Alexis subió los escalones y llegó a ellos.

—¡¡¡Mamá, estamos comiendo de esto!!!

—Parece que en su vida hayan visto golosinas —dijo divertido Henry mientras ella se sentaba al extremo opuesto del hombre dejando a los niños en medio.

—Y es que casi no las ven porque es un lujo que no podemos permitirnos —Henry la vio con vergüenza y ella sonrió sinceramente—. No les hace falta tampoco. Me resulta mejor, y más sano para ellos, hacer galletas en casa o estas mismas pero con gelatina casera —dijo tomando una de la bolsa en la

que los niños metían las manos—. Y ya paren, que es demasiado para ustedes.

Vio a Henry y este, como si fuera un niño más, cerró la bolsa y la guardó debajo de la grada en la que estaban sentados.

En ese momento, el equipo de la escuela marcó un gol que les siguió dando ventaja para ganar el partido esa noche.

Todos se levantaron y aplaudieron.

—Veo que vamos bien.

—¡Oh! ¡Sí! Nuestras chicas son excelentes jugadoras, Bonnie estuvo practicando conmigo estos días de vacaciones extra que tuvo. El primer gol lo marcó ella apenas iniciaron.

—Genial.

—No pensé que vendrías. Bonnie me dijo que Floyd seguro estaría aquí y como no llegaron al inicio...

—Lo siento, es la historia de mi vida llegar tarde a cualquier lado. No consigo cronometrar mi vida con las ideas de los gemelos o con sus necesidades básicas que parecen sincronizarse al momento de abrir la puerta de casa.

—Eso es un clásico en los niños. Siempre nos ocurría con Bonnie. Ya en la puerta nos decía: «tengo que hacer pipí» o lo otro, según se le ocurriera.

Ambos adultos rieron mientras los gemelos seguían entretenidos con los dulces que les quedaban.

—¿Te contó lo que les ocurrió? —Henry asintió sin sacar la vista del partido.

—Lo mismo que ocurría en el otro colegio, del cual la saqué antes de que la echaran. No ha sido fácil para ella la muerte de su madre y la sociedad no se lo hace más fácil —bufó—, están los que se burlan de ella y los que...

—Le tienen lástima.

—Exacto.

—Yo diría que hay un tercer grupo y tú debes estar en ellos.

Henry se volvió hacia ella, esta vez no tenía el semblante alegre que siempre parecía mostrarle al mundo.

—Sin ofensas. Eres su padre y es normal que estés en el equipo de los que le protegen, compadecen y quieren hacerle la vida más ligera.

—¿Y no se supone que es eso lo que hacemos los padres?

—Sí, supongo. No lo sé. No soy una experta en eso de ser madre como

puedes ver —Alexis notó que Henry se relajó un poco—. Perdóname si me excedí en ese consejo. Es que también fui adolescente y viviendo en casas de acogida aprendes a diferenciar a la gente que te rodea.

Henry ahora la veía con compasión.

«Lo normal» pensó ella dominada por la costumbre en la reacción de la gente después de que ella les contaba lo de las casas de acogida.

—Sigues en el equipo de los que sienten compasión, esta vez es hacia mí —ella sonrió alegre y notó el cambio en Henry al sentirse avergonzado—. Y no te cortes, por favor, que es lo normal cuando la gente me escucha decir estas cosas.

—¿Qué te contó Floyd?

—Que el niño Malone le dijo que los huérfanos o rechazados por sus padres, no deberían estar en esta escuela. Pero al parecer, le ha dicho cosas peores que Floyd se negó a contarme; aunque me juró por todo lo místico, que aún no sé cómo diablos conoce tanto de eso porque no se lo he enseñado yo, que Malone nunca le había pegado y que esta vez fue él el primero en lanzar un golpe porque no aguantó más. Además quería defender a tu hija de quien parece es muy buen amigo.

—No lo sabía —Henry bufó con preocupación en la mirada—. Hay tanto de ella que no sé últimamente. La adolescencia de mi hija va a acabar conmigo.

Alexis soltó una carcajada.

—Pasará, no te preocupes. De verdad, pasará y se convertirá en una buena hija —se vieron de manera coordinada a los ojos y Alexis notó que la mirada de Henry era vivaz y sincera. También notó que tenía unas pecas graciosas sobre los pómulos.

—No es mala hija ahora, solo es que parece que no me leí bien el manual de instrucciones y no sé cómo entenderle.

Alexis soltó entonces una carcajada.

—¿Todavía tienes el manual? Me gustaría leerlo a ver si me sirve con mis hijos.

Henry sonrió también.

El equipo marcó un tercer gol que Henry y Alexis se perdieron por completo por estar sumergidos en la conversación que tenían.

—¿Qué te parece si ponemos atención y después del partido vamos por unas hamburguesas para los niños?

Los gemelos celebraron con algarabía y Alexis sintió un nudo en el estómago pensando en que no tenía dinero suficiente para llevar a sus tres hijos a comer fuera.

Era eso o hacer la compra de la semana en el supermercado.

Henry notó la angustia en su mirada y la desilusión que sintió cuando vio a sus pequeños festejar que comerían hamburguesas porque ellos lo daban por hecho.

—Les estoy invitando, Alexis.

Alexis se sintió morir de la vergüenza.

Los gemelos seguían festejando y cantando «¡Hamburguesas! ¡Hamburguesas!»

—Está bien, aceptaremos solo por esta vez.

—La pasaremos genial, chicos, ya verán. Ahora, vamos a animar el partido —hablaba con los gemelos sin dejar de ver a Alexis—. El que haga más porras se lleva un batido de chocolate gigante.

—¡Síiii! —los niños gritaron al unísono y Alexis lo vio con reprobación.

—Solo por hoy —le aclaró a ella haciéndole un guiño de ojo que le dejó una sensación extraña en el cuerpo.

Los niños corrían en el área de juegos del local en el que comieron después del partido.

Floyd y Bonnie conversaban animadamente con otros de los chicos que habían ido a ver jugar a Bonnie; y Alexis, los veía sorprendida.

—¿Qué te parece asombroso?

Ella parpadeó un par de veces y volvió la cabeza hacia Henry.

—Nunca había visto a Floyd con amigos.

—Pues parece que tienen bastante tiempo siéndolo.

—Pensaba que solo los libros eran sus amigos y me sentía bastante mal por ello aunque sé que la lectura es un gran recurso.

—Para algunos, no para mí. Me parece aburridísimo —Alexis lo vio con sorpresa—. Es en serio, soy más de series de TV. ¿Tú lees?

—¡Claro! Aunque no como quisiera porque la vida no me da para más. Me encantaría tener una casa con una gran biblioteca y poder disponer de ella sin tener que esperar en la biblioteca pública a que llegue el libro para poder

leerlo o sin que me presionen por el tiempo de entrega —lo vio divertida—. Muchas veces lo devuelvo sin siquiera haberlo abierto, ¿puedes creerlo?

—Sí, lo creo —vio a los gemelos otra vez peleándose—. ¿No has pensado en darles actividades extras que les hagan drenar esa energía que llevan dentro?

—Tendría que tener dos trabajos más y no puedo clonarme porque eso también me costaría dinero.

Ambos rieron.

—Lo siento. Pienso desde mi punto de vista, no desde el tuyo.

—Todos lo hacemos desde nuestros zapatos. Si lo hiciéramos al contrario, no criticaríamos tanto la crianza que les dan otros a sus hijos. Algunos hacemos lo que podemos.

—Es verdad —admitió Henry pensativo, no pudo quitarle razón a su comentario—. Yo dejé de trabajar fuera cuando mi esposa murió. No fui capaz de seguir con mi trabajo sabiendo que dejaba a Bonnie sin mi atención —levantó los hombros para restarle importancia—. No sé si es lo correcto o si es lo mejor para ella solo estoy intentando hacerlo lo mejor que puedo. No es fácil dejarlo todo, entiendo mucho a esas mujeres que han luchado por una carrera profesional y que cuando están en su mejor momento deben poner todo en pausa para encargarse de sus hijos o peor aún, dejarlo todo por cuidarles —Vio a Alexis que estaba concentrada en sus palabras—. No te voy a negar que a veces quisiera salir corriendo porque siento que la casa me come —bufó—; hace nada lo pensé, en retomar los trabajos en la calle y pedirle a mi suegra que se encargue de Bonnie y entonces ocurrió este nuevo altercado y suspendí mis ideas hasta nuevo aviso.

—Te entiendo, aunque no puedo saber lo que es dejar una profesión porque nunca he podido hacerme con una, a mí me ocurre al contrario que a ti. Me gustaría pasar más tiempo de calidad con ellos. A veces no tengo energías suficientes o ganas. A veces solo quiero llegar a casa y dormir por días o no preocuparme por las cosas que se deben pagar o por el dinero que no tengo para darles algo mejor a ellos —vio a sus hijos, ahora jugando con otros niños—. Me tienen a mí y somos una familia, cosa que yo no tuve y que me negué a hacerles pasar a ellos por lo mismo. Están conmigo y es lo más importante para mí.

—¿Y el padre no te ayuda en nada? —Henry sintió enseguida que se metía en aguas profundas como un intruso—. Lo siento, no he debido...

—Ni te preocupes, que es de lo más normal que me pregunten por el padre que no es uno. Son de diferentes padres —Alexis tomó una bocanada de aire—. Puede decirse que las dos veces que decidí creer en el amor de alguien lo que conseguí fue quedarme en estado. Primero con Ivan, dieciocho años, recién proclamada mi tan anhelada independencia y él solo me hablaba de lo bien que lo pasaríamos jugando a ser adultos. A los nueve meses no había rastros de él pero sí de Floyd que lloraba sin parar y comía a toda hora —hizo una pausa y después vio a los ojos a Henry que se sintió dominado por la mirada cautivante de ella. Tenía esa clase de miradas que escondían miles de emociones y despertó la curiosidad de Henry—. A los dos años de haber nacido Floyd, cuando apenas podía mantenernos y la estábamos pasando muy mal económicamente, me encuentro con un chico que me jura amor eterno y me ayuda con dinero. Íbamos bien hasta que hizo un viaje a Nueva York, según me dijo, por trabajo, y nunca más volvió. Al mes me enteré de que estaba en estado y ya te imaginarás mi sorpresa al saber que serían gemelos. Los padres de ellos eran chicos como yo, salidos de casas de acogidas, con problemas, sin familia. Sin contactos. Quién sabe si a estas alturas son adictos o están presos. Por eso, los niños llevan mi apellido.

—Entiendo, y creo que es lo mejor para ellos.

—Yo también lo creo.

—¿Mamá? —Floyd se acercó a su madre y ella le prestó total atención—. ¿Mañana me puedes dejar en casa de Bonnie para que podamos estudiar matemáticas?

Alexis vio a Henry, buscaba su aprobación.

—Yo no tengo problema.

—Lo que pasa es que debo dejarlo temprano porque los sábados y domingos son los días en los que me dedico a mi segundo trabajo. Así que lo dejaría en tu casa sobre las 9 a.m. y pasaría por él a la hora de la comida.

—Está bien. Bonnie tendrá que levantarse temprano, yo siempre estoy despierto a las 7 a.m.

Floyd sonrió en grande y volvió a la mesa para darle la noticia a Bonnie.

Henry observó a su hija y se preguntó si le gustaba Floyd.

Alexis sonrió divertida.

—No le gusta.

Él parpadeó un par de veces y vio con desconcierto a Alexis.

—¿Cómo sabes lo que pensaba?

—Eres hombre y padre, es fácil deducirlo. Son solo amigos. Floyd me contó que a ella le gusta otro chico pero no me dijo quién. Y Floyd no parece estar interesado en chicas ahora.

—¿Es bueno en matemáticas?

—Mucho.

—Genial, porque Bonnie es maravillosa en los deportes, no en los cálculos y yo suelo perder pronto la paciencia —Alexis vio el reloj que llevaba en la muñeca. Pasaban de las 10 p.m. y ya era hora de irse a casa—. Sí, mejor vayamos saliendo de aquí. Te ayudaré con los gemelos.

Henry se dio cuenta de que ella se relajó ante su ofrecimiento.

¿De dónde había salido esta madre que no sufría el síndrome de la madre perfecta?

Le parecía una mujer auténtica que se dejaba ver tal cual era ante el mundo.

Se dejaba ayudar y no se sentía como un ser superior capaz de hacer miles de cosas al mismo tiempo.

La curiosidad de Henry despertó, casi sin él darse cuenta, creándole la necesidad absoluta de descubrir más de ella.

V

El sábado en la mañana, Alexis se despertó como si un camión le hubiese pasado por encima, tal como despertaba cada día de su vida desde que tuvo a Floyd.

Cerró los ojos y resopló con fuerza cuando escuchó a su hijo mayor quejándose porque los gemelos no le dejaban dormir, entonces, Alexis se atrevió a rectificar sus pensamientos porque la realidad era que Floyd era un niño tranquilo desde que había nacido, en cambio los gemelos...

Floyd se quejó de nuevo y luego pidió por la ayuda de su madre.

Sí, cada día, desde que habían nacido los gemelos, Alexis se levantaba con la sensación de haber sido arrollada mil veces por un tractor.

¿Cómo un niño podía guardar tanta energía dentro?

Arrastró los pies hasta la habitación de los niños, la que compartían los tres, y se detuvo en el umbral de la puerta para observar lo que ocurría.

Floyd no tenía buena cara y los gemelos se peleaban una vez más por quien tenía el derecho de despertar a Floyd o no.

Alexis se frotó el rostro con ambas manos pidiendo en su interior que la fuerza llegara ella de alguna manera. De algún lado.

Era agotador ser madre.

Entonces los niños corrieron a ella y le abrazaron de manera cariñosa sonriéndole con esas diminutas bocas medio desdentadas que le robaban el aliento día tras día.

Como en ese momento, que su pensamiento sobre lo agotador que era ser madre quedó en el olvido tras ver la carita risueña de sus pequeños diablillos.

El corazón le rebozaba de alegría con esos gestos de los niños.

Aunque el cuerpo no respondiera con la energía que ella quería.

Sí, la maternidad era agotadora y frustrante pero también era una experiencia única llena de aprendizajes y momentos de amor, como ese en el que le dio un beso a los dos pequeños y los arrastró hasta su cama para jugar con ellos un poco y que dejaran dormir media hora más a Floyd que merecía un poco de privacidad.

La casa en la que vivían solo les permitía tener privacidad en el baño, y era por tiempo limitado porque un solo baño para cuatro personas... cuando dos de ellos eran aún muy pequeños... sí, era por tiempo muy limitado; y Floyd, empezaba a ser un adolescente que exigía un poco de respeto y privacidad.

Bien le gustaría dárselo pero cómo lograrlo cuando la casa no lo permitía.

«Algún día» pensó. Tal como lo pensaba miles de veces. Algún día ella podría darles lo que soñaba darles o simplemente ellos dejarían el nido y estaba segura de que conseguirían grandes cosas que ella no pudo conseguir por la vida que había tenido.

Los gemelos se quedaron cinco minutos en reposo, un reposo que sabía era solo para recargar un poco la batería interna y retomar las actividades de costumbre: pelearse, batallar, jugar a que uno era el malo y el otro el bueno; «¿en dónde veían tanta violencia?» se preguntaba Alexis con frecuencia y sospechaba que todo venía de alguna caricatura que los niños veían en la TV.

Le gustaría tener el tiempo para descifrar cuál era y prohibirla para ver si, con ello, el comportamiento de los niños mejoraba.

Sin embargo, ahí estaba su problema con el tiempo y la falta del mismo para todo.

Si no tenía tiempo ni para buscarles a la hora indicada a la salida del colegio, ¿Cómo pensaba que obtendría tiempo para ver todas las caricaturas que veían los niños en la TV?

Y no les podía prohibir la TV al completo porque era lo que le salvaba de enloquecer en días como ese, por ejemplo, que necesitaba tomar una ducha, tener un poco de privacidad en el baño y no quería interrumpir de nuevo a Floyd.

Aunque apenas cerró la puerta, escuchó a su hijo mayor arrastrar sus pies hasta el salón y sentarse con sus hermanos.

Era un niño maravilloso su hijo mayor. Dulce y bondadoso con todos, en especial con ella y sus hermanitos a quienes protegía con dedicación y sin que ella tuviera que solicitar su ayuda.

Muchas veces, lamentaba que Floyd tuviera que ayudarle tanto con eso porque sentía que ponía en su espalda un peso que no era su responsabilidad.

Un niño de la edad de Floyd no tenía por qué hacerse cargo del cuidado de sus hermanos pequeños. No tenía la madurez y tampoco la obligación de hacerlo. No eran sus hijos.

Sin embargo, el niño lo hacía de corazón porque sabía que eso le aliviaba a ella la carga de hacer las tareas de casa, con las que también le ayudaba, y con los trabajos que tenía que lidiar para sacar a la familia adelante.

Abrió la llave de la ducha que hizo un sonido extraño antes de que saliera el agua y le recordó que las tuberías empezaban a protestar.

Desde que compró la casa, aun sabiendo en las condiciones en las que la adquirió, le hablaba para que entendiera que no podía exigir reparaciones porque ella no tenía el dinero para hacerlas.

La casa se acopló a sus condiciones al principio; aunque, desde hacía un tiempo, o años, no lo sabía muy bien porque evadía el asunto cuanto podía, las tuberías hacían ruidos extraños, el cableado no estaba en condiciones y sentía el olor a humedad saliendo de alguna pared.

Nada bueno, mas no podía pensar en eso porque si lo hacía, se vendría abajo moralmente ya que una reparación de esa envergadura le costaría una fortuna que no tenía.

Ya le preocupaba mucho el grifo de la cocina que había empezado a gotear hacía unos meses. Sabía que en cualquier momento reclamaría una reparación pero Alexis siempre le hablaba al grifo y le pedía que aguantara, que toda la familia debía hacer sacrificios y que la casa, también era parte de la familia.

Se dio una rápida ducha y agradeció por todo lo que tenía. Si bien le hablaba a la casa con carácter, también sabía agradecerle todo lo que hacía por ellos.

Salió con la toalla enrollada en el pecho y el pelo recogido en un moño alto. No era momento para lavárselo.

Resopló divertida. ¿Cuándo lo era? Si nunca tenía el tiempo suficiente o las fuerzas necesarias para acicalarse como era debido.

Su melena era tan buena y comprensiva que aprendió a adaptarse a las faltas de tiempo, las necesidades de los niños y su eterno cansancio.

Poco hacía por ella, por su piel, en fin...

Se conformaba con poder tener una noche reparadora y ni eso conseguía.

Resopló divertida de nuevo mientras escuchaba a los pequeños lavarse los dientes en el baño y Floyd intentando que no se tragasen la pasta dental o que ninguno empezara a saltar con el cepillo entre los dientes.

Se vistió de prisa con ropa cómoda y fresca porque su trabajo del sábado sería en gran parte al aire libre y no quería morir del calor cuando el sol

estuviese en su máximo momento sobre ellos.

Después, fue a la habitación de los niños, sacó ropa ligera también para ellos y cuando fue a hacerlo para Floyd, el chico rezongó por lo bajo haciendo que ella retrocediera y le dejara a él elegir su propia ropa. Ya no era un niño, no debía olvidarlo.

—A vestirse pronto que voy a tener listo el desayuno en unos minutos.

Anunció y los niños corrieron a vestirse dejando a Floyd el baño libre para que este pudiera disfrutarlo con tranquilidad.

Le sonrió a su madre y cerró la puerta.

Los gemelos estuvieron listos en tanto ella batía los huevos para el desayuno y decidió asignarles tareas para mantenerles ocupados aunque fuera por cinco minutos.

Disfrutaron de la comida sin prisas y luego todos subieron al coche para encaminarse a sus respectivos destinos.

Dejarían a Floyd en casa de Bonnie y luego iría con los gemelos a la casa de los López como cada fin de semana, para hacer sus tareas como cuidadora de la casa.

Alexis admiró el cielo a través del parabrisas del coche.

Estaba azul, radiante. Sería un buen día.

Quizá, al finalizar sus labores, se llevaría a los niños un rato a la playa. No era tiempo aun para bañarse, pero un paseo por la orilla del mar, siempre caía bien y, con suerte, los pequeños llegarían agotados y listos para tomar un baño, comer la cena e irse a la cama.

—No hagas tonterías en casa de Bonnie, Floyd, ¿entendido? Y haz caso a todo lo que diga su padre.

—No te preocupes mamá, me portaré bien.

Ella le vio los ojos a su niño de reojo.

Llevaba su mochila, estaba preparado para estudiar con Bonnie, todo saldría bien.

No solía dejar a sus hijos en casa ajena.

Un poco, porque nadie le invitaba; y porque, tanto ella como Floyd, pocos amigos tenían.

Los del trabajo no solían ser amigos fuera del trabajo, además, Alexis no tenía tiempo para hacer vida social fuera de su horario de trabajo.

Alguna que otra vez, Floyd estuvo en casa de algún compañero estudiando.

Estaba segura de que le sobrarían dedos de la mano si tuviera que contar esas ocasiones.

Cuando dobló en la esquina siguiendo las indicaciones de la mujer del GPS se enfiló en *Junco Way* una calle que la abstraía de inmediato de sus problemas económicos, su caótica vida y la trasladó a un momento perfecto en el que ella tenía una casa allí y vivía con una familia hermosa conformada por un esposo que la adoraba con intensidad y que amaba profundamente a esos niños que ella tenía.

Posiblemente era un padre, biológico y de crianza, el mismo para los tres.

Nada tendrían que ver en esa vida sus antiguas parejas; el padre de Floyd y el de los gemelos.

La casa sería hermosa. De esas que tienen un tamaño apropiado para una familia numerosa, con un buen salón familiar en el que pasarían mucho tiempo conversando, jugando juegos de mesa y planificando la vida de los más pequeños.

Tendrían un gran jardín como ese que veía ahora, en el que los gemelos correrían con libertad y ella podría dedicarse a cocinar delicias en la cocina porque...

No.

Detuvo sus pensamientos.

Ella no se metería en la cocina porque odiaba cocinar y porque no dejaría de trabajar aunque tuviera una vida perfecta como la que soñaba.

Al contrario, buscaría la forma de crecer en lo profesional.

Parpadeó un par de veces al darse cuenta de que la puerta de la casa se abría y salía Henry sonriente con dos tazas de café en mano.

Era su casa.

Suspiró.

Los gemelos querían salir a correr por el jardín pero ella los ignoró.

Saludó al hombre con la mano y él terminó de acercarse a ella tendiéndole una de las tazas de humeante café al que no pudo resistirse.

—Gracias, buenos días —tomó un sorbo que le sentó de maravilla. Floyd le dio un beso fugaz para bajarse del coche—. Pasaré el próximo sábado para que vuelvas a darme otra taza como esta. Lo habría hecho antes de haberlo sabido —bromeó con Henry y este le sonrió con sinceridad y diversión.

—Buenos días, señor Price —Floyd se detuvo ante él para saludarle.

—¡Hola! ¡Hola! —los gemelos no paraban de hacerse notar desde la parte

trasera del coche.

Henry arrugó la cara aun sonriendo y abrió la puerta del coche dejando escapar a los gemelos de sus asientos.

—¿Qué haces? Será imposible hacerles entrar de nuevo.

—Según me ha dicho Bonnie, los chicos imposibilitan tu trabajo de los sábados.

Alexis se preguntó qué tanto sabía Bonnie de ella y su familia.

¿Qué tan amiga era de su hijo para saber esas cosas?

No era que le avergonzara pero le costaba hablar con otros de su realidad. Sentía que era su vida...

—No quise ser entrometido, me disculpo por eso.

Henry la observaba con confusión.

—No, lo siento, Henry. No me esperaba ese comentario —sonrió ahora con sinceridad—. Es que no sabía que nuestros hijos fuesen tan amigos —suspiró y tomó otro sorbo del café—. La verdad es que limpiar una casa con estos dos —señaló a los gemelos— es todo un reto y a veces no consigo mi objetivo.

—La casa a la que tienes que ir, ¿en dónde está?

—Cerca de este vecindario.

Henry asintió.

—Te tengo una propuesta.

Ella soltó una carcajada.

—La última vez que me propusieron algo, me quedé en estado de ellos dos.

Henry no pudo evitar reír divertido.

—No es esa clase de propuestas. Es una que creo que te va a gustar más.

Ella entrecerró los ojos.

—Me quedo con ellos hoy —Ella frunció el ceño y sintió que le jugaban una broma—. Es en serio.

Alexis soltó un bufido y lo vio a los ojos.

—No quiero sonar desconfiada, Henry, no son niños fáciles y...

—¿No me crees capaz de cuidarlos?

—Sí, claro que si —pensó en los días en los que se habían visto y él jugó con los niños, incluso consiguió mantenerlos ocupados y que se portaran bien.

Entonces le entró el pánico que se le presenta a toda madre cuando deja a

sus niños con desconocidos.

Él le sonrió con tranquilidad y ella percibió que esa sonrisa le quedaba muy bien a ese rostro de hombre rudo que tenía.

Barba descuidada, pelo desordenado, y un look relajado en general que, a decir verdad, transmitía confianza.

¿Y si los dejaba? ¿Y si se permitía un día en libertad?

Sintió un cosquilleo en la barriga producido por los nervios de una madre que no quería dejar a sus pequeños al cuidado de otro y a la vez, esos cosquilleos eran producto de la emoción de saber que podría estar todo un día a solas.

A-solas. Muchas-horas-a-solas.

Casi no podía creérselo.

Suspiró.

—Bonnie y Floyd no podrán estudiar como es debido con ellos al rededor. Floyd está acostumbrado, pero no tu hija y...

—¿Vas a decirme que no de una vez o vas a seguir dándome excusas?

Ella lo vio ofendida.

No eran excusas... ¿o sí?

—¿Y si surge una emergencia?

—No tienes que explicarme lo que debo hacer en las emergencias, creeme que las he tenido graves y no por mi hija. Compañeros de trabajo y empleados me han hecho pasar unos cuantos sustos. Llamar al 911 es la prioridad y luego, te llamaré a ti. Solo dime si son alérgicos a algo.

—Al orden, a la limpieza y a poner atención cuando les pides que hagan algo —respondió ella alegre y sarcástica. Él rio divertido.

—Muy bien. Vuelve cuando quieras entonces —le abrió la puerta del coche—. Llévate la taza y me la traes luego.

Ella vio a los niños y sintió que la emoción se acentuaba en la boca de su estómago. ¿Lo haría?

Su yo interno daba saltitos de emoción.

—Niños, vengan a despedirse de mamá —Henry los llamó y ellos le hicieron caso al instante. También le vieron con desconcierto—. En la parte de atrás —señalaba hacia el patio trasero de la propiedad— tengo una casa en un árbol y podemos jugar a los soldados. Ese será nuestro fuerte.

Los niños saltaron con tal emoción que ella sintió entonces que le desplazaban de semejante diversión.

Le abrazaron y siguieron corriendo por el jardín.

—¿Estás seguro de esto, Henry?

—Lo tengo bajo control desde ahora, tu ve a trabajar o... a dormir —le hizo un guiño y le cerró la puerta dejándola allí y permitiéndole observar cómo cumplía su función de macho *Alfa* con los pequeños diablillos que le saludaron con las manitos y entraron en la propiedad cerrando la puerta tras ellos.

Alexis respiró profundo.

¿De dónde salió tanto silencio?

Sonrió como una niña traviesa.

¡Estaba sola!

¡Sola!

No se lo podía creer. Tomó otro sorbo de su café y suspiró de nuevo.

Encendió el coche y se puso en marcha. Tendría tiempo para hacer una limpieza a fondo y podría disfrutar del jardín, quizá se prepararía un mojito o tomaría una cerveza...

«Ve a trabajar... o a dormir» recordó las palabras de Henry antes de marcharse.

¿Y si se volvía completamente loca y le hacía caso en todo?

Sería una completa irresponsabilidad por su parte pero nada que no se pudiera arreglar el domingo o el siguiente fin de semana.

La casa de los López podía aguantar una semana más sin limpieza y ella podría conseguir dormir profundamente todo el tiempo que necesitaba.

Después de todos esos años...

Sería como un sueño hecho realidad.

Giró en la esquina y se puso en marcha hacia su casa.

Aprovecharía esa gran oportunidad que la vida le daba, tal como si hubiese sido la ganadora del premio gordo de la lotería.

Henry estaba pasando una mañana deliciosa en compañía de los niños.

Le gustaban los niños en general pero Toby y Dylan, además de ser unos gemelos geniales y muy inteligentes, se estaban convirtiendo en un agradable reto que lo mantenía activo y ocupado.

Cosa que no le ocurría con Bonnie. Su hija representaba un reto pasivo,

de esos por los que tienes que devanarte los sesos para darle la vuelta y conseguir, con suerte, algo.

Exacto, con suerte.

Cosa que nunca parecía estar de su lado cuando se trataba de Bonnie.

En los últimos tiempos, su hija era como una bomba de tiempo de esas complejas que no sabes cómo manipular, tratar, o cuál cable cortar porque el resultado siempre será el mismo: explotará. No importa cuánto cuidado pongas.

En cambio los gemelos, representaban la bomba con temporizador que en los últimos diez segundos consigues poner bajo control. Era más de actividad física que mental y eso le gustaba a Henry.

Lo mantenía distraído.

Así que, mientras los pre adolescentes estudiaban en la cocina y los observaba desde el jardín trasero, los gemelos se encargaron de mantenerle corriendo de un lado al otro librando una batalla que los dejó a todos agotados y rendidos en el salón cerca del mediodía.

Henry reposó un poco mientras los gemelos se engancharon a una serie de dibujos animados que era acorde para ellos y luego se fue a la cocina con los mayores a preparar algo para comer.

—Los gemelos son malos comiendo vegetales, señor —comentó Floyd viendo que Henry preparaba una ensalada fresca de col y zanahoria.

—Yo también lo era y cuando iba a casa de otras personas me lo comía todo para dejar en ridículo a mi madre —Bonnie sonrió divertida.

—Me imagino todo lo que decía la abuela luego —comentó, imaginando a la mujer con la mirada analítica y reprobatoria que llevaba casi siempre encima.

—¿A ti te gusta? —le preguntó Henry a Floyd y este asintió—. Bien, probaremos a dárselo a los gemelos también. A ver cómo nos va y así podemos contarle algo impresionante a tu madre cuando regrese.

—Sería genial, se va a alegrar si lo logramos —Floyd vio hacia el salón para chequear que sus hermanitos estuviesen aun ahí, tranquilos—. Ha sido un día diferente para ellos y para mamá también. Nunca se separa de todos al mismo tiempo —vio a Henry—. Algún día le pagaré las vacaciones a un lugar relajante por todo lo que hace por nosotros.

Henry se volvió a ver a Floyd y pensó en lo orgullosa que debía sentirse Alexis de su hijo.

—Muy bien pensado, muchacho. Pero por los momentos, creo que lo que más le importa a ella es que estudies, te conviertas en un hombre exitoso y puedas ser capaz de mantenerte sin problemas. Estoy seguro que eso hará mucho más feliz a tu madre que un viaje.

—Puedes regalarle el viaje también —acotó Bonnie observando a Floyd con seguridad.

Henry sonrió y negó con la cabeza.

«Mujeres» pensó.

Unos segundos después, el timbre de casa los interrumpió.

—Bonnie... —Henry vio a su hija para que fuera a encargarse de la puerta pero los gemelos se adelantaron.

—Yo me encargo de ellos, señor. Lo siento —Floyd saltó de la silla para regañar a los niños que abrieron la puerta de la propiedad sin consultar, tal como lo hacían en casa y Alexis ya no sabía cómo explicarles que no debían hacerlo.

Henry dejó la cocina y fue al salón para darse cuenta de que su día había cambiado drásticamente y de haber sido un día perfecto, pasaría a ser medio día perfecto porque la cara de su madre dejaba en claro muchas cosas.

Detestaba que su madre se presentara en su casa sin consultar antes si él tenía ganas de recibir visitas.

—Madre, no te esperaba.

—No empieces con tus tonterías, Junior. Sabes muy bien que no voy a ceder a ellas.

Henry respiró profundo.

Bonnie saludó a su abuela con un abrazo y luego hizo lo mismo con su abuelo, padre de Henry.

—Pasábamos por el vecindario y... —Henry padre, intentó colocar una excusa ante su hijo por la visita sorpresa que le estaban haciendo a su hijo cuando su mujer lo fulminó con la mirada y este cerró la boca.

—No tengo porqué colocar ninguna excusa —Debra Price vio a los hombres a los ojos—. Vengo a casa de mi hijo las veces que sea necesario y cuando así lo decida yo. Sobre todo cuando tengo cosas importantes que discutir con él.

Henry resopló y vio a los gemelos a los ojos que, de estar correteando por el salón, se quedaron tranquilos al momento del contacto visual.

Debra los observó y sonrió de lado con sarcasmo.

—¿Y estos niños?

—Hermanos del amigo de Bonnie —respondió Henry sin fuerzas, luchar contra su madre era agotador. Prefería quedarse con mil niños como los gemelos.

—¿Y no tienen una madre que los cuide? —Preguntó Debra observando a los niños con asco al darse cuenta de que la ropa estaba sucia de tierra.

Floyd observó a Debra Price con recelo y se contuvo de responderle algo que no sería correcto y por lo cual haría quedar a su madre muy mal.

Henry vio la cara de Floyd y sintió pena por él.

—Lo siento, Floyd —comentó frente a todos—. Mi madre no suele medir sus palabras —entonces volvió la cara hacia ella y la vio a los ojos—. Los niños están conmigo porque así lo quise.

—Son tuyos.

—Ay, madre, por dios. ¿Qué diablos quieres? Hablemos para que puedas ir a casa a comer que ya casi es tu hora de sentarte a comer.

—Nos quedaremos para comer en familia. Supongo que ellos tendrán una casa a donde...

—Van a comer a aquí —fue lo último que le dijo Henry con la mirada furibunda.

Bonnie cogió de la mano a Floyd y lo llevó al jardín junto con los gemelos para dejar a los adultos a solas. Sabía cómo podían ponerse las cosas de intensas entre su abuela y su padre.

El viejo Henry salió con los niños al aire libre. No estaba de acuerdo con ese control obsesivo de su mujer pero no le quedaba más remedio que aceptarlo si quería llevar la fiesta en paz con ella.

Henry Jr. Dejó a su madre en el salón y se fue a la cocina, sacó una cerveza y se la bebió hasta la mitad de un sorbo.

Su madre podía llegar a sacar lo peor de él.

Más cuando venía con ganas de pelea y de hablar sobre el tema tan escabroso que había en la familia.

Finn.

El inútil de su hermano pequeño.

Henry terminó de preparar la comida mientras Debra inspeccionaba el estado interior de la vivienda.

—Tienes que aplicarte un poco más con la limpieza de este sitio.

—Lo que digas, madre.

—Lo digo por tu bien.

—Ajá.

Debra se asomó a la ventana y vio a los niños de nuevo.

—¿Por qué tienes a esos niños aquí?

—Porque es mi casa y hago en ella lo que me plazca.

Ella sonrió a medias con sarcasmo.

—Todo lo que tienes te lo hemos dado tu padre y yo.

La clásica historia.

Estaba harto de ella.

—No, madre, todo lo que tengo, es mío, me lo he ganado yo. Ustedes me dieron lo que todos los padres están en la responsabilidad de darle a sus hijos: una casa, comida y buenos estudios. El resto, lo hice yo solo.

—Y amor.

—Ajá —respondió seco Henry de nuevo. Su madre creía que daba amor, sin embargo, todos menos Finn sabían que su madre lo que hacía era controlar y ahogar a la gente que tenía a su alrededor. Finn no lo veía igual porque, a muy corta edad, se dio cuenta de que si complacía a Debra en todo, ella velaría por él y por su falta de compromiso ante la vida.

Lo que ella parecía entender por «dar amor».

El timbre de casa sonó de nuevo.

Henry dejó a su madre en la cocina sin más y fue a la puerta.

Alexis le sonrió y al verlo la amargura en el rostro de Henry, cambió la sonrisa por seriedad.

—Te dije que no sería buena idea quedarte con ellos.

Henry respiró profundo y la vio a los ojos.

—No se trata de los gemelos. Han sido unos niños estupendos.

Entonces sintió a su madre de pie, detrás de él y percibió la curiosidad de Alexis.

Se hizo a un lado.

—Madre, ella es Alexis, la madre de Floyd y los gemelos.

Alexis extendió la mano para saludarle y Debra se negó a responder al gesto de ella analizando su aspecto.

—Por tu aspecto, puedo deducir que estabas durmiendo mientras mi hijo cuidaba a los tuyos —enarcó una ceja y vio a su hijo para preguntarle—: ¿Lo estás haciendo por sexo?

—¡Madre!

Alexis abrió los ojos con sorpresa pero no pudo evitar sonreír. La diversión en su mirada, casi convertida en burla, sorprendió a Henry relajándolo.

Ayudándole a hacerle el proceso menos vergonzoso.

—No le dejaría a mis hijos al hombre con el que tengo sexo, si quiero seguir teniendo sexo con él, señora —Alexis arrastró la *ese* de la palabra y vio a Debra con indignación.

Henry dejó escapar una carcajada sincera y su madre frunció el ceño de inmediato.

—Lamento responderle así a tu madre, ella se lo ha buscado. ¿En dónde están mis hijos?

—En el jardín trasero, pasa.

—Oh, no ni te molestes. Aquí está la taza de café de esta mañana —vio a Debra con ironía y Henry observó la escena divertido porque sabía que la insinuación era a propósito, para que su madre se creara falsas historias. Tendría tanto por lo cual disculparse con Alexis luego—. Voy por fuera —lo vio a los ojos—. Nos veremos en otro momento y gracias por todo.

Henry asintió sin dejar de sonreírle, no quiso agregar nada más que su madre pudiera utilizar para hacer conjeturas indebidas e insultar a Alexis.

Por su parte, Alexis apreció la vergüenza en la mirada de Henry y sabía que el hombre buscaría la forma de disculparse luego con ella. Disculparse por algo que no tenía culpa. Él no tenía la culpa de tener una madre que, de seguro, se llevaría genial con Bethany Malone.

Serían las mejores amigas del mundo.

Henry observó a Alexis alejarse y cerró la puerta de la casa.

—Todo eso fue completamente innecesario y muy, muy humillante por tu parte, madre.

—No tengo la culpa de que las mujeres holgazanas existan.

Henry negó con la cabeza y siguió ocupándose de la comida mientras su madre le pisaba los talones y empezaba a sumergirse en un torbellino de historias sobre los hijos de sus amigas que eran mucho mejores hijos que él, por supuesto.

Era todo un preámbulo que Henry se conocía de memoria.

Todo llevaría a conversar sobre la mala situación por la que atraviesa Finn que, si lo conocía bien, estaba sin empleo una vez más, por alguna «injusticia» en el trato que le dieron; según Henry veía con irónica certeza, ya

que el cretino se creía de la realeza.

Y luego, vendría la parte en la que su madre le explicaría que él, como hermano mayor, debía darle trabajo en su compañía y ayudarle.

No supo cuándo pasó el tiempo porque estaba sumergido en sus pensamientos evadiendo el tema por completo del que su madre hablaba.

En medio de un incómodo silencio se dio cuenta de que estaban sentados a la mesa, los platos estaban vacíos y sucios, lo que indicaban que ya habían comido y Bonnie estaba sacando un bote de helado del congelador.

Debra lo veía con reprobación, como siempre.

—Te hice una pregunta, Junior, y exijo que me respondas.

«¿Cuál era la pregunta?» se preguntó viendo a su padre sonreír de manera discreta sabiendo que evadir las conversaciones de Debra era un recurso muy usado entre ellos, vio a Bonnie hacerse la desentendida; y a su madre con la ceja levantada hasta el cielo, con la mirada desafiante de una cobra que está dispuesta a atacar.

Finn.

No había que ser un genio para saber lo que le estaba pidiendo para Finn.

—No tengo trabajo ahora para él.

—Siempre hay algo que puedas hacer por él. No tiene cómo mantenerse y la novia esa inútil y descuidada lo abandonó.

Henry abrió los ojos y ladeó la cabeza dejando en claro con su expresión, que no era de sorprender la situación de Finn.

—Podrías colocarlo como supervisor.

Henry largó una real carcajada.

—Y me quedo sin empresa entonces, porque Finn sabe de manejo de personal lo que yo sé de lacas para uñas.

—Tu hermano no ha tenido una vida fácil.

—No es culpa mía, madre, tampoco es mi responsabilidad.

Debra respiró profundo dejando ver que estaba por perder la paciencia.

—Henry Junior, no puedes abandonar a tu hermano.

Henry se frotó los ojos y deseó poder desaparecer de ahí en ese momento.

—Quizá podría pintar la casa que tus inquilinos dejarán la semana que viene —finalmente, su padre dijo algo y no era del todo descabellado.

El viejo Henry Price se encargaba de la parte legal de la compañía de su hijo mayor. Por ello sabía cuándo vencían los contratos de alquiler de la propiedad extra que poseía Henry.

—Está bien, encárgate de hacerle un contrato por ese trabajo.

—¿Le harás un contrato? —protestó su madre de inmediato.

—Sí, madre, lo haré porque la última vez que le ayudé, por petición tuya y en calidad de «hermano» se tomó algunas atribuciones que no ha debido tomarse y esta vez, no volverá a ocurrir —le dejó ver a su madre la seguridad en su mirada—. Dentro de mi compañía será un empleado más con sus deberes y derechos, tal como los demás. ¿Está claro?

—Es inaceptable tu conducta.

—Entonces que se busque la vida en otro lado o llama a tus magníficas amistades para le ayuden. Voy a preparar café.

Se levantó de la mesa dejando en claro que era su palabra final y que no habría nada más que discutir, ya bastante le habían arruinado el día para seguir poniéndolo peor.

VI

Alexis corría detrás de los gemelos en el corredor de la entrada del colegio cuando el Sr. Martin salió de su oficina con prisa y Dylan casi se estampa contra él.

—¿No deberían estar ellos en otro lugar?

Alexis tomó de la mano a ambos niños.

—Si tuviera con quién dejarlos, créame que lo haría —Alexis respondía con rabia y la respiración agitada por las carreras. No entendía cómo un hombre así podía ser director de una escuela.

Escuchó pasos tras ella y se dio la vuelta.

¡Genial!

Bethany Malone venía acompañada de Henry.

Bueno, en realidad, Henry intentaba parecer cortés con ella pero se le notaba en la expresión lo incómodo que estaba.

Alexis había aprendido algo nuevo de él cuando estuvo en su casa el sábado anterior buscando a los niños y se encontró con la madre de Henry que parecía la madre del director de la escuela y no de ese hombre amable y simpático que ella conocía.

Ese día, aprendió a distinguir en el rostro del hombre, cuándo estaba cómodo, avergonzado y furioso sin necesidad de que dijera una sola palabra.

Era expresivo y sus ojos hablaban por él.

Alexis sonrió por lo bajo; su sonrisa se cortó cuando Bethany saludó al Sr. Martin y luego la vio a ella con asco sin dirigirle una sola palabra.

—Mis chicos han terminado, Sr. Martin. El viernes empezaremos a pintar.

—Eficiente como siempre, Sra. Malone. Estoy seguro de que los niños aprenderán la lección después de estas actividades.

—Estaba pensando en que ya se acerca el baile de fin de curso, quizá podríamos empezar a organizar lo que será el evento.

El director de la escuela sonrió complacido.

—Siempre al pendiente de todo, Sra. Malone.

Alexis sintió una náusea repentina al ver como la mujer se hinchaba de orgullo propio por el reconocimiento que le hacía el director.

—Mamá, quiero hacer pis.

Alexis parpadeó y asintió a sus niños.

—Permiso —se excusó con los presentes—. Los niños casi terminan en el baño con la tarea asignada.

—Le recomiendo que para cuando empiecen a pintar la institución entre todos, los pequeños no estén presentes. No quiero males mayores ¿entendido?

Alexis lo vio con rabia. No pudo disimularlo ¿Con quién diablos los iba a dejar?

—Mami, me hago pis —Dylan exigía de nuevo su atención y decidió asentir con la cabeza y no decir nada.

—Te acompaño —agregó Henry.

—¡Oh no, Henry! —Bethany le colocó la mano en el antebrazo al hombre—. Me he enterado de que se te da muy bien el trabajo con la madera y necesito de tu ayuda para lo que tengo pensando hacer con la decoración del baile de fin de curso. Nos vendría muy bien tenerte en el equipo.

Alexis no pudo escuchar más porque dobló en la siguiente esquina y la voz de Bethany quedó muy atrás, sin embargo, sonrió divertida porque se podía imaginar la cara de Henry debatiéndose entre ser cortés o deshacerse de Bethany tal como lo había visto minutos antes.

Ya se enteraría luego de todo lo que le había dicho y se encargaría de jugarle bromas al respecto porque estaba claro que Bethany, con esa propuesta, le estaba dando el acceso a su exclusivo club de padres perfectos.

Dejó a los gemelos en el baño y estos hicieron lo que necesitaban hacer.

Alexis revisó la instalación muy bien, chequeando que Bonnie y Floyd hubieran limpiado todo como era debido.

Luego, salieron de ahí hacia los cuartos de baño del extremo opuesto y los jóvenes salían de este llevando el carrito que contenía todos los productos de limpieza.

Alexis dio una ojeada a los baños, que estaban bien y luego al carrito chequeando que todo estuviese limpio y ordenado en él.

Camaron en silencio un par de metros.

—¿Crees que los baños del colegio están peor que los del hotel que tuviste que limpiar una vez, mamá? —Alexis resopló con fatiga cuando vio a

los gemelos corriendo de nuevo frente a ella ¿no se cansaban?

También recordó la vez que tuvo limpiar un baño lleno de vómito gracias a una fiesta privada que el huésped de la habitación se montó con dos rubias que había conseguido en un bar cercano.

O los preservativos que muchas veces debía tirar a la basura porque los puercos los dejaban sobre las cómodas o mesas de noche de la habitación.

—Los del colegio están mil veces en mejor estado, cariño.

Bonnie la vio con curiosidad.

—¿De verdad tuviste que limpiar baños en un hotel?

Ella le sonrió a la chica y la vio a los ojos.

—Durante casi cinco años lo hice.

—Guao. Yo no sé si podría.

Alexis sonrió de nuevo.

—Mejor es que estudies mucho, así estarás bien preparada y no tendrás que hacerlo en el futuro. Aunque no es tan malo como se cree. Es un trabajo honesto.

—Pero asqueroso.

—Sí, lo es —todos rieron. Dieron vuelta en la esquina para acceder al corredor principal y Alexis vio a Henry con las manos en los bolsillos escuchando a Bethany.

Mejor dicho, fingía escuchar porque no parecía estar prestándole atención real.

—Si yo tuviera una madre como ella, enloquecería.

Alexis vio de reojo a Bonnie y le sonrió a medias.

—Soy la menos indicada para hablar de esto, no sé lo que es tener una madre.

Bonnie la vio con normalidad y hasta con respeto. Una mirada que nadie le dedicó antes. No había lástima, compasión, ninguno de esos sentimientos que Alexis estaba tan cansada de ver después de una confesión como esa.

—Bueno, yo, que sí tuve una, y me recuerdo de ella muy bien, puedo asegurarte que era todo lo contrario a Bethany. Mi madre inspiraba y estaba siempre dispuesta a darle cariño a todo el mundo. Hasta a la abuela Debra que siempre le dejaba saber que no era la mujer perfecta para papá.

—Una mujer muy valiente porque tuve el placer de conocer a tu abuela el sábado y...

—No hace falta que digas nada. Papá estaba furioso con la abuela.

—Se le pasará.

—Lo dudo.

Y dejaron de hablar viéndose a los ojos, entendiendo que la conversación quedaría para otro momento porque ya estaban muy cerca de Henry y Bethany.

Floyd corría detrás de los gemelos a modo de juego para mantenerlos ocupados.

Bonnie saludó a su padre y luego dejó el carrito de la limpieza en el cuarto que correspondía.

—Alexis —su nombre en la boca de Bethany siempre, siempre le producía escalofríos—, le estaba comentando a Henry que ya que estamos en esto de las labores sociales, deberíamos participar todos en la organización del baile de fin de curso. Se me ocurre que podrías hacerte cargo de la limpieza, ya que eres tan buena en ello.

Esas últimas palabras las dijo con una mirada llena de cinismo que produjo un efecto muy negativo en Alexis.

No sabía si era el cansancio físico que tenía encima o el cansancio emocional de que siempre le trataran como a una incompetente, como a alguien que era menos que todo el mundo, como si fuera un ser insignificante.

Tal vez era que estaba en esos días del mes en los que sus hormonas le hacían más sensible a las palabras de todos.

Tal vez era un poco de todo lo que se acumuló en su interior y quiso estallar en forma de llanto descontrolado.

Un llanto que se negó a soltar aunque sintió el escozor en los ojos y Henry lo notó de inmediato.

En cuanto Bethany también notó el sentimiento de Alexis y se sintió complacida al cumplir con su misión, se acercó a Bonnie.

—Cariño, quiero que sepas que si necesitas ayuda para comprar un hermoso vestido, puedes acudir a mí. Estaré encantada de acompañarte de compras.

—No necesitaré un vestido

Bethany sonrió por compromiso y vio a Henry, que permaneció con el ceño fruncido por la duda.

—Cariño, debes verte hermosa para el baile de fin de curso, podríamos hacerte un peinado precioso y Dede podría ayudarte a...

—No creo que sea posible que Dede me ayude a nada, no somos amigas y no vamos a serlo —Bethany empezaba a contraer el rostro por la rabia—. Y en caso de que necesite algo les pediré ayuda a mis abuelas o a la madre de Floyd que también se ha ofrecido y me cae muy bien. Gracias de todas maneras por sus buenas intenciones.

Vio a su padre que se debatía entre sentir orgullo y sentirse avergonzado por lo osada de su respuesta a una mujer a la que le debía respeto pero sabía que Bethany se estaba ganando sola las cosas que Bonnie le decía porque estaba claro que no lo hacía con buenas intenciones.

Por su parte, Alexis se olvidó de sus repentinas ganas de llorar y por poco aplaude la respuesta de Bonnie.

Bethany se sentía tan incómoda al verse rechazada de una forma tan radical, cosa que nunca nadie le había hecho en la escuela, que no sabía cómo actuar a continuación.

—En fin... —dijo viendo al resto con consternación, esperaba que alguien le ayudara con Bonnie pero parecía que nadie estaba por la labor de ponerse de su parte—. Te llamaré cuando tenga todo bien estructurado para ponernos manos a la obra con la decoración.

Henry solo asintió sin decir nada.

Y todos se quedaron viendo cómo Bethany Malone se alejaba de ellos a paso acelerado.

—Estoy segura de que hoy va a idear un plan para atraparte —Alexis le dijo a Bonnie con seriedad—. Bethany no soporta no tener el control de todo. Ya consiguió sumar a tu padre al club de su gente perfecta.

—Es una arpía.

—¡Bonnie! —protestó Henry—. No está bien que digas esas cosas. Y no me ha sumado a ningún club.

—No estoy diciendo nada que no sea real. Es hipócrita y no la soporto. Lo del vestido lo dije en serio —vio a Alexis y esta le sonrió con complicidad sintiéndose más relajada.

—Y estaré encantada de ayudarte si tus abuelas se niegan a hacerlo.

—Lo de las abuelas era una excusa —comentó Bonnie divertida—, jamás me atrevería a pedirle un favor de vestimenta a la abuela Debra a menos de que quiera parecer la presidenta del país y a la abuela Cheryl... —arrugó la nariz—, le removería los recuerdos junto a mamá y sé que la lastimaría.

—¿Y yo? —Henry protestó de inmediato—. ¿Acaso no cuento?

—Si la fiesta es de disfraces y decido convertirme en Bonnie la contratista, creeme que te pediré consejos, en tanto, puedes buscarle un traje apropiado a Floyd. Iremos juntos.

Floyd la vio con sorpresa.

—Yo pensé que irías con...

—Eres mi mejor amigo, iré contigo.

—Mamá, tenemos hambre —gritaron los gemelos desde la puerta.

—¿Quién quiere hamburguesas?

Todos levantaron la mano y los niños pequeños empezaron a correr felices de excitación.

Alexis dejó ver la incomodidad nuevamente en su rostro.

—No te atrevas a decir que no van a ir que estoy seguro de que necesitas comida basura tanto como yo después de este contacto con esa mujer. Un poco de grasa y dulce te hará sentir mucho mejor.

Alexis sonrió divertida.

Henry tenía razón. Ya vería cómo podría retribuirle todas esas invitaciones y el cuidado que le dio a los gemelos unos días antes, permitiéndole a ella tener uno de esos sueños reparadores que tanto había anhelado tener en años.

Henry tenía la barriga llena y estaba feliz. No solía abusar de sus comidas chatarra favoritas pero cuando lo hacía, realmente lo disfrutaba.

Compró muchísimas patatas fritas para todos, aros de cebolla y *brownie* casero con helado para el postre.

Era el mejor lugar para comer hamburguesas y *brownie* en la ciudad.

—¿Eres de aquí?

—Desde principios de 1900 los Price se instalaron en Savannah y desde entonces, no nos hemos movido de aquí; un poco más al sur o al norte, pero siempre dentro de los límites.

—¿Y tu esposa? ¿También era de aquí?

—No. Jennifer y su madre vivían en Jacksonville —Henry se perdió entre sus recuerdos y la sonrisa adorable de su difunta esposa—. Trabajaba para la compañía inmobiliaria que decidió contratar mi empresa para hacer algunas reparaciones pequeñas en varias de sus propiedades puestas en venta. La

compañía para la que ella trabajaba opera en varios estados del país, y todavía mantengo trabajos con ellos por esta zona —le sonrió con nostalgia a Alexis—. La extraño cada día.

—Debe ser difícil superar algo así.

—Fue devastador para todos. Nos despedimos una mañana y luego recibí la llamada. Una falla en su coche le hizo salir de la vía y... —suspiró—. Son casi dos años de eso. Supongo que nunca dejaré de extrañarla.

—No tienes por qué hacerlo, fue una persona muy importante en tu vida.

—Hablando de personas importantes en mi vida, aunque mi madre no sea mi favorita, es importante y siento que te debo una disculpa por lo que te dijo el otro día.

Alexis le sonrió y no supo si era una sonrisa de diversión, irónica o una mezcla de ambas cosas.

—Quiero pensar que no es así todo el tiempo.

Fue Henry quién lanzó una carcajada.

—Cuando se trata de mi madre es mejor que siempre, siempre, esperes lo peor.

—Lo tendré en cuenta aunque espero que no tenga que toparmela de nuevo. No sé si la próxima vez seré tan cortés en mi respuesta.

—Digas lo que le digas, estarás en tu derecho de hacerlo. Mi madre siempre te dará el motivo para tu tener ese derecho.

Alexis rio recordando su respuesta.

—Gracias por cuidar de los niños ese día, por cierto. Tu madre tenía razón, estaba durmiendo mientras tú los cuidabas.

—Lo sé; mi plan era que te quedaras en casa a comer y ya ves que no pudo ocurrir.

—¿Por qué eres tan bueno con nosotros?

—Por qué no serlo. No tiene nada de malo que alguien sea bueno con uno de vez en cuando. Además, veo que no tienes mucha gente a tu alrededor que destaquen tus puntos positivos en vez de los negativos a cada momento.

—Tú también te diste cuenta de que mis pequeños demonios hacen conmigo lo que quieren.

—No hay que ser un genio para darse cuenta —Henry sonrió divertido—. No te juzgo, porque no sé muy bien cómo mejorar la relación con mi propia hija. Ya ves lo que dijo de elegir el vestido para el baile.

—Y yo estaré encantada de ayudarle. Quizá Bonnie lo que necesita es una

figura femenina ajena a su familia que no la vea con lástima y que no intente ser su madre.

—¡Ah! Suena como un buen plan —le sonrió—. Podríamos aliarnos. Yo te ayudo con los gemelos y tú me echas una mano con Bonnie.

—Vas a salir perdiendo, y no necesito hacer ningún trato contigo porque les ayudaría sin pedir nada a cambio —Alexis suspiró y observó a Bonnie riendo sentada en una mesa aparte y alejada de los mayores en compañía de Floyd que parecía estarle contando un chiste—. Mi infancia fue dura, Henry. No tuve nunca una familia, no sé cómo se tiene una familia de esas en las que todos se quieren y apoyan.

—Yo creo que no existen.

—Estoy segura de que las hay. Debe haberlas. Siempre pienso que en el mundo hay muchas cosas buenas que nos negamos a ver a veces. O que las creemos tan buenas que nos parecen absurdas e irreales —Henry la observaba mientras hablaba. Alexis era una mujer sencilla pero profunda y eso le causaba gran curiosidad al hombre. El tono sombrío en su voz cuando hablaba de su infancia, la tristeza que se marcaba en su mirada cuando decía que le habría gustado tener una familia que le apoye y le dé el cariño que quizá nunca tuvo. Ella clavó su mirada en la de él y percibió el sarcasmo que venía a continuación, ese que también parecía formar parte de ella y que la hacía tan única—: Sin embargo, he de acotar que después de ver a madres como la tuya o como Bethany, casi prefiero estar como estoy ahora.

Henry bufó y sonrió. Entendía su punto.

—No te culpo. La mayoría de las veces, la familia es la que crea conflictos a nuestro alrededor.

—Díselo a los que no tienen sangre real y han intentado unirse a la realeza.

Ambos rieron.

—Tus hijos necesitan actividades que los mantengan concentrados. Sé que no puedes pagar por actividades extraescolares.

—Y no voy a permitir que lo hagas tú.

—Tampoco iba a proponerte eso. Sé hasta dónde debo entrometerme.

Ella lo observó curiosa y se mostró interesada en seguir escuchando.

—Creo que los niños podrían drenar su energía y desarrollar la creatividad si les enseño a trabajar con madera. Un poco cada día. Yo podría buscarles en el colegio y llevarlos a casa, enseñarles algunas cosas mientras

tu sales con calma del trabajo. Solo te pido que, de vez en cuando, hables con Bonnie. Le caes bien, lo noté antes, la conozco y sé que contigo se abriría. Quizá eso le ayude a mejorar el humor y nuestra relación también pueda mejorar.

—Lo de Bonnie son las hormonas, Henry, y tienes que dejar de tratarla como si fuera una niña que va a romperse. Pero no tendría problema alguno en tener citas de chicas con ella para ver cómo nos va. No te prometo nada, eso sí. ¿Estás seguro de que este trato te parece justo? Los gemelos van a darte mucho trabajo.

Él sonrió complacido.

—Y me encantará mantenerlos distraídos, construiremos un anexo de la casa del árbol. Necesitan aprender a cumplir órdenes y creo que haciendo algo que les llame la atención, conseguiré mi objetivo.

—Solo te pido que me des el secreto si lo consigues. Sería genial poder tener un poco de control sobre ellos.

—Solo si me cuentas los secretos de Bonnie —ella lo vio indignada; Henry le mantuvo la mirada. Bonnie podría confiar en ella y en cierto modo, eso a él le gustó. Algo le decía que la compañía de Alexis, sería perfecta para Bonnie.

Y con intentarlo, no se perdía nada.

VII

El teléfono sonaba sin cesar.

Alexis estiró la mano sobre la mesa de noche y tanteó el espacio hasta encontrar con el aparato.

Abrió un ojo y cuando leyó en la pantalla «Familia López» se activó de inmediato.

Los gemelos ya estaban saltando en su cama.

Respondió.

—Buen día, Leti.

—Alexis, cariño. Espero te encuentres muy bien y que no te haya despertado.

—Con tres niños es imposible dormir hasta tarde un sábado, Leti. Todo bien por aquí. ¿Pasó algo con la casa?

—¡Oh. No! Nada de eso. Es solo para avisarte que llegaremos a Savannah hoy en la tarde. Pasaremos una semana allí, para descansar un poco. Tengo una copia de las llaves, esta vez si la traje —la última vez que los López pasaron de sorpresa por la ciudad, no llevaban con ellos las copias de las llaves de la propiedad y Alexis tuvo que esperarles allí hasta que llegaran para dejarle su copia de llaves—. Te llamaba solo para avisarte que estaremos allí. Nos gustaría merendar contigo y los niños alguna de estas tardes. ¿Te parece bien?

—Estaremos encantados.

—Genial, llevamos algunos obsequios para los niños. Espero no te incomode.

—Para nada, Leti, estoy segura de que ellos estarán felices de verles; y de recibir obsequios, no se diga.

Ambas mujeres rieron.

—Bien, te llamaré entonces a principios de semana para ponernos de acuerdo.

—¿Quieres tener algo en casa para cuando llegues? —preguntó Alexis con tranquilidad aunque empezaba a preocuparse porque sabía que no tendría

tiempo suficiente para poder limpiar la casa y poner en orden el jardín de la propiedad antes de que sus dueños llegaran. La semana anterior no había ido para hacer sus tareas como era debido, solo estuvo el domingo por la mañana para regar las plantas y poco más.

—No, cielo, gracias. Con que me dejes todo limpio será más que suficiente.

—Perfecto. Cuenta con ello, entonces.

Se despidieron y Alexis metió el móvil en su bolso de una vez.

Corrió al baño y desde ahí, empezó a darle órdenes a los niños de que se levantaran, cambiaran y vistieran porque tenían que salir de inmediato de casa.

—Pero tenemos hambre, mamá.

La ducha ya dejaba correr el agua cuando Alexis se asomó detrás de la puerta para ver hacia la habitación de sus chicos que ya estaban coordinados haciendo lo que ella les había pedido.

Floyd, como siempre, les estaba ayudando.

—Voy a ducharme rápido, dejaré abierta la puerta para que Dylan y Toby vengan a lavarse los dientes y la cara ¿Entendido? y en cuánto salga, preparo algo de comer, ¿ok?

—Pondré cereal, mamá, dúchate tranquila.

Alexis se puso manos a la obra, no tardó mucho en salir del baño y vestirse con ropa cómoda para las tareas del día.

Los niños pequeños estaban aún lavándose dientes y cara en el baño; Floyd, en la ducha, ese día no tendría la privacidad que tanto le gustaba.

Lo sentía por su hijo mayor, a veces la vida era así y había que correr.

Hizo ella muy mal en haberse ido a dormir el sábado pasado en vez de hacer sus respectivas tareas. Se sentía un poco culpable por ello. Por haber descansado en vez de trabajar como correspondía.

No lo haría de nuevo.

Sintió tensión en los hombros porque parecía que ella no se merecía ese derecho de descansar.

Fue a la cocina, la mesa ya estaba servida. Floyd se había hecho cargo.

Los niños salieron del baño corriendo y se sentaron a la mesa para recibir su dosis de cereal.

—No demoren —dijo Alexis mientras servía un tercer plato para Floyd que ya salía vestido de su habitación—. ¿Tienes todo listo para ir a casa de

Bonnie?

El niño asintió llevándose una cucharada colmada de cereal a la boca.

—Bien, voy a prepararme un café.

Sacó la jarra de vidrio para lavarla y, con las prisas, fue brusca al momento de abrir el grifo de la cocina lo que hizo que este saliera despedido por la presión del agua que corría en su interior.

Los niños empezaron a reír viendo a su madre como intentaba cerrar la fuga de agua, haciendo presión en el boquete en un vano intento por que la cocina no quedara inundada.

Floyd corrió en su ayuda, ella decidió que debía soltar la fuga de agua y accionar la llave de paso para cerrar por completo el flujo del líquido.

Cuando lo hizo, fue que se percató del desastre a su alrededor.

Entendió que ese día sería uno de esos que empezaban mal y, de seguro, que acabarían peor.

Las lágrimas se le escaparon de los ojos. No pudo evitarlo. Los sentimientos de rabia y molestia con ella misma por no hacer las cosas como era debido le llevaron a ese momento en el que su cocina parecía un lago y no tenía tiempo para secarla ni dinero para arreglar el grifo.

Quiso gritar también, de desesperación. En vez de que las cosas se le fueran solucionando, siempre acababan enredándose más.

Mientras sollozaba, fue secando como pudo el desastre. El resto quedaría para luego porque ahora debía correr a cumplir con su deber si quería mantener esa entrada extra de dinero.

Ninguno de los niños hablaba. Sí la observaban con pesar, sobretodo Floyd que ya entendía lo que afligía a su madre y que de alguna manera se sentía inútil por no poder ayudarla a solventar la carga económica que tenía encima.

En silencio, Alexis recogió todo de la mesa cuando los niños terminaron. No quería verles a los ojos, odiaba que le vieran débil y triste por no darles una mejor vida.

No era justo lo que les pasaba.

¿El maldito grifo no podía esperar hasta que ella tuviera dinero para repararlo?

Suspiró intentando calmarse un poco pero el nudo en su garganta se fortaleció.

Corrió al baño, cerró la puerta y se sentó en la tapa del váter a llorar como

una chiquilla. Necesitaba drenar la rabia de esa mañana, el sentimiento de culpa por haberse tomado el atrevimiento a descansar un día, cuando sabía muy bien que en su vida no había cabida para descansos de ningún tipo.

Y una cosa trajo a la otra, como siempre ocurría cuando le tocaban esos días nefastos.

Lloró por estar sola, por no sentirse comprendida, por todos los que le juzgaban en su comportamiento como mujer y madre. Lloró por todas y cada una de sus imperfecciones, por sus vacíos, por sus sueños frustrados, por lo que no podía darle a sus hijos, por lo que no podía darse a sí misma.

Lloró como tenía tiempo sin hacer porque solía acumular para luego drenar de esa manera.

Unos ligeros golpecitos en la puerta le hicieron volver a la realidad.

—Mamá, se nos hace tarde para ir a casa de Bonnie —había olvidado que debía dejar a Floyd en casa de Henry de nuevo.

Ella sollozó con ganas de quedarse ahí el resto de la vida, llorando. Sintióse humana por una vez, dejando que el cansancio y las angustias le vencieran.

Eran lujos que no se podía permitir una madre soltera con tres niños, una casa que se caía a pedazos y dos trabajos a los que debía aferrarse con la propia vida si era necesario.

No, ella no podía darse el lujo de llorar y drenar un día.

Se lavó la cara, y salió del baño.

—Dejaremos lo sucio dentro del fregadero, cuando volvamos, veremos cómo arreglar esto —señaló el grifo.

Subieron al coche y recorrieron el camino en silencio.

Alexis sumergida en sus pensamientos e intentando aclararse porque tenía que tener en mente lo que debía hacer en cuanto llegara a la propiedad de los López para actuar con mayor eficiencia y rapidez.

Pensó, en algún momento, en llevarles a los niños lápices de colores y un libro de colorear para mantenerles distraídos un poco, al menos mientras limpiaba el interior de la casa. Pero con todo lo acontecido, lo olvidó.

Tendría que inventarse un juego o cualquier otra cosa para mantenerles ocupados y que le dejaran hacer las tareas necesarias en tan poco tiempo.

Aparcó frente a la casa de Henry cuando este abrió la puerta y salió, tal como el sábado anterior, con dos tazas de café. Le dio una a ella y frunció el ceño de inmediato.

—¿Qué ocurre? —dio una ojeada al asiento trasero para cerciorarse de que los niños estuvieran bien. Floyd se despedía de los pequeños y se bajó del coche.

—Buenos días, señor —luego fue junto a su madre y le dio un beso—. ¿Prefieres que vaya contigo?

—No, de ninguna manera, tu a estudiar, yo a lo mío.

El niño asintió y entró en la propiedad.

Alexis tomó un sorbo de su café y vio a Henry a los ojos.

—¿Podemos quedarnos, mamá?

—No.

Henry la vio con seriedad.

—Te hice una pregunta hace un rato y ni creas que lo he olvidado.

Alexis respiró profundo y sintió el nudo en la garganta.

—No tengo tiempo ahora —le sonrió de lado y le devolvió la taza—. Ni ganas; gracias por el café. Pasaré por Floyd más tarde.

—¡Queremos quedarnos aquíiii!

Alexis, intentando contener la calma, se giró y vio a los niños con molestia.

—Dije que no. Punto.

—Por mí no hay ningún problema —Ella lo vio de nuevo a los ojos y Henry percibió el enrojecimiento que ella se negaba a dejar aparecer por completo—. Solo quiero ayudarte. Veo que no has tenido una mañana fácil y si no quieres hablar, puedo entenderlo —Hubo un silencio incómodo en el que Alexis se aferraba al volante para olvidar las ganas de llorar que tenía—. Mira, veo que no eres muy dada a recibir favores sin tener que pagarlos de alguna manera —Henry notó que ella apretaba más las manos al volante y supo de inmediato que estaba en la dirección correcta—, tengo que hacer la compra en el supermercado más tarde; así que te propongo cuidar de tus hijos ahora y luego vas con Bonnie a hacer la compra de casa, así le doy a ella responsabilidades.

Alexis lo vio a los ojos de nuevo.

Y rompió a llorar.

Los gemelos se quedaron en silencio de inmediato y Henry se puso las manos en las caderas, bajó la cabeza y respiró profundo.

¿Por qué las mujeres eran como una maldita bomba de tiempo?

Abrió la puerta del coche y dejó salir a los niños.

—Enciendan la TV y quédense en el salón, ¿entendido?

Ellos asintieron felices y fueron directo a hacer lo que se les pedía.

Henry se agachó junto a la puerta del conductor, Alexis lloraba sin consuelo en el interior del coche.

Esos momentos, para Henry, eran desesperantes porque no sabía cuándo era buen momento para hablar y menos, qué era lo apropiado para decir.

Cualquier cosa que dijera podía ser buen o malo.

Así que prefirió esperar hasta que ella se calmara un poco.

—¿Por qué no te vas a casa a descansar?

Ella lo vio con furia.

—Por eso es que tengo este día de mierda.

—¿Por descansar?

—Hice eso el sábado pasado y ahora mira en lo que estoy metida. Trabajo atrasado, los dueños de la casa llegan hoy de sorpresa y...

Ahhhh entonces eso era. Henry lo entendió. Tenía trabajo atrasado y sentía que no alcanzaría a lograrlo.

—Estoy seguro de que una casa que permanece cerrada gran parte del tiempo puede quedar reluciente sin mucho esfuerzo.

—¿Y el jardín?

—¿Qué ocurre con el jardín?

—También tengo que cuidarlo.

—¿No me dijiste que lo regaste la semana pasada? —Ella asintió entre sollozos—; entonces no habrá gran cosa que hacer.

Los hombres siempre veían todo con tanta simplicidad que podían llegar a ser irritantes en un momento así como el que Alexis atravesaba.

—¿Y el grifo? ¿Qué demonios hago con el maldito grifo que no tengo dinero para reparar?

Ahhhhh, entonces, Henry pudo entender el panorama completo y a pesar de que le causó mucha gracia la forma en la que las mujeres se ahogaban en un vaso de agua, entendió que la presión del dinero estaba causando todo ese drama en una mujer que él no consideraba dramática en lo más mínimo.

Estaría acumulando cosas y entonces, el grifo roto y la falta de dinero, rebosaron su capacidad de acumular y ahora estaba drenando.

Le sonrió con compasión.

—No me tengas lástima, por favor.

—No la tengo, me quiero reír de ti y tu drama pero no lo hago por

respeto.

Ella lo fulminó con la mirada y luego sonrió divertida pero con los ojos llorosos.

Henry siempre se preguntaba cómo las mujeres podían pasar del drama a las risas en micro segundos.

—¿Por qué te quieres reír de mí?

—Porque con pedir un poco de ayuda, todo se soluciona.

—No estoy acostumbrada a hacerlo, Henry, en parte porque no tengo a quien solicitársela y cuando lo he hecho, han querido aprovecharse de mi de alguna manera.

—Y crees que yo también voy a hacerlo.

—Nada es gratis.

—Bueno, no puedo decirte que no lo haré porque no vas a creerme pero puedo demostrártelo —abrió de nuevo la puerta del coche y sacó las sillas de los gemelos.

—¿Qué estás haciendo?

—Iré con todos los chicos a hacer la compra en el supermercado. Te esperaremos aquí para comer y luego iremos a tu casa a reparar el grifo.

Alexis se sintió intimidada por Henry, le pareció que estaba siendo un poco mandón.

Él lo percibió de inmediato.

Bonnie solía verlo de la misma manera cuando decía lo que se debía hacer.

—No te estoy mandando, te estoy ayudando que no es lo mismo.

—Prometo ayudarte con Bonnie las veces que lo necesites.

—Y te lo agradeceré. Ahora me conformo con que dejes de llorar, con que entiendas que somos amigos y que los amigos se ayudan sin cobrarse los favores.

—Gracias, Henry. De verdad.

El hombre sonrió complacido al verla más calmada.

—Enciende el coche y vete, que si no, no te va a dar tiempo de nada y vendrás llorando de nuevo y mi paciencia no es infinita.

Alexis sonrió sincera con ese comentario.

Sospechaba que Henry tenía paciencia infinita y una bondad pura, de esas que pocas personas mantienen en estos tiempos y que a ella nunca le había tocado presenciar.

Los gemelos corrían por el jardín cuando el móvil de Henry sonó.

Sonrió al ver la pantalla y respondió con emoción.

—¡Cheryl! ¿Cómo estás?

—Muy bien, cariño. Muy bien. ¿Y ustedes?

—Bien, espera un momento —le dijo y se apartó el móvil para darles unas instrucciones a los gemelos que de inmediato acataron. Eran traviesos pero sabían hacerle caso—. Lo siento, Cheryl, es que estoy cuidando a unos gemelos hermanos de un compañero de Bonnie del colegio...

—Floyd —respondió esta y Henry pudo percibir la sonrisa.

—¿Te lo ha contado Bonnie?

—Sí. Y me ha dicho que la madre de Floyd es encantadora y que le admira.

Henry frunció el ceño.

—¿Por qué no me cuenta eso a mí?

Cheryl soltó una divertida carcajada.

—Porque es adolescente, se le pasará te lo prometo.

—Lo mismo dice Alexis; yo, cada vez lo dudo más.

—¡Bah! Ya los verás. Mi dulce Jennifer era igual y luego se convirtió en una mujer conversadora y divertida.

Henry sonrió con gran nostalgia recordando a su querida esposa y sintió la forma en la que el corazón se le contrajo del dolor.

—La sigo extrañando cada día.

—Yo también —respondió la mujer resignada—. Pero debemos seguir adelante. Es lo que nos toca seguir viviendo y demostrarle a Bonnie que a pesar de las adversidades, podemos elegir vivir siendo felices.

Henry sonrió ahora optimista.

—Tenemos tiempo sin vernos —comentó Henry a su suegra.

—Y por eso te llamo. Me gustaría pasarme unos días con ustedes.

—Por supuesto, Cheryl, el tiempo que quieras —Henry pensó en las diferencias entre su propia madre y su suegra. Cheryl era una mujer discreta y siempre trató a su hija con gran respeto. Más, después de que se casaran. Siempre les decía que los casados formaban una nueva familia y que ella no era quien para interrumpir sus planes con visitas inesperadas e inoportunas y

mucho menos, diciéndoles qué hacer o qué no hacer.

Mientras su propia madre no respetaba nada de aquellas pautas.

Cheryl le indicó el día en el que tenía pensado llegar y cuánto tiempo se quedaría con ellos.

—Me parece genial. Iremos por ti a la estación.

—Siempre tan atento y encantador. Mi pequeña tuvo gran suerte de toparse con un hombre como tu, nunca me cansaré de decirlo.

Sonrieron ambos recordando de nuevo a Jennifer.

—Dale un beso a Bonnie.

—Lo haré.

Se despidieron y colgaron.

Unos minutos más tarde, entraba en casa con los niños para darles un poco de limonada fresca y revisar las actividades de los mayores.

—¿Les falta mucho?

—No señor —respondió Floyd con gran respeto—. Ya casi terminamos.

—Perfecto porque tenemos que ir a hacer la compra al supermercado y luego, preparar la comida para cuando llegue tu madre. También pasaremos por la ferretería para comprar lo que necesitemos para reparar la grifería de tu casa.

—Gracias, señor.

—¿Es muy vieja la propiedad?

Floyd asintió.

Henry sabía lo que iba a encontrarse, lo único que esperaba era que no fuera tan grave como lo estaba imaginando.

Una propiedad vieja implicaba muchas reparaciones que de seguro Alexis no tenía para cubrir y esas reparaciones que se dejaban de hacer, representaban peligro inminente para toda la familia.

Humedad, moho, plagas y otras cosas en las que prefirió no pensar.

Cuando Alexis llegó a casa de Henry y Bonnie le abrió la puerta indicándole que estaban en la terraza trasera disfrutando del día y preparando barbacoa, se imaginó a los gemelos atados a un árbol y a Floyd cuidando de que ninguno de los dos se soltara porque si no, ¿cómo más podría sobrevivir una barbacoa estando ellos al rededor o cómo podrían ellos salir ilesos de las

brasas estando estas tan cerca e hirviendo?

Lo que se encontró al llegar al jardín fue...

Abrumador. Sorpresivo. Inesperado.

Se sintió sobrecogida por un sentimiento que desconocía pero del que escuchó hablar por años y que le parecía un mito.

El escenario, mostraba a Floyd junto a Henry asando la carne, le enseñaba a hacerlo; mientras que Bonnie y los gemelos estaban a cargo de los vegetales crudos y la joven tenía controlados a los dos pequeños.

—Bien chicos, lo están haciendo genial.

Los niños sonrieron y luego saludaron con besos fugaces a su madre.

Alexis no salía de su asombro. Atrás quedaron el cansancio y las pocas ganas que tenía de estar entre personas en casa ajena.

Ahora se sentía renovada y quería descubrir más de eso que la rodeaba en ese momento.

Sonrió.

Así debía ser tener una familia y se conmovió porque nadie nunca había tenido el gesto de cuidar de sus hijos, prepararle una comida.

Vio a Henry como si fuera un extraterrestre y este soltó una carcajada frente a todos.

—Deja de verme así que empiezas a preocuparme.

—¿Eres de verdad?

—Completamente.

—Es que tú y todo esto parecen una fantasía.

Henry sintió pena por ella y su sorpresa. No era nada lo que estaba haciendo, estaba solo teniendo una atención amable con una mujer que se lo merecía.

—Trae cervezas de la nevera, por favor. Ni creas que vas a quedarte ahí de brazos caídos —le hizo un guiño de ojo lanzando una mirada hacia los gemelos que seguían concentrados en sus actividades—. Aquí el que quiere comer...

—¡Tiene que ayudar! —Gritaron los niños al unísono y Alexis abrió los ojos con sorpresa.

—¿Estuviste en el ejército?

—No —ambos adultos rieron—. Aunque hice mi inscripción, nunca necesitaron de mí, afortunadamente. Sin embargo, he tenido que trabajar mucho tiempo con grupos de personas y pronto aprendí que si no estableces

jerarquías, estarás mal en poco tiempo.

Alexis buscó las cervezas y le dio una a Henry.

Sonó un pequeño *chin* cuando chocaron las botellas a modo de brindis.

—Es impresionante.

—¿Nunca antes los habías puesto a que te ayudaran en casa?

Alexis levantó los hombros.

—Creo que son pequeños todavía y la verdad es que son tan inquietos que me da temor que se corten o se quemen o cualquier otra cosa.

Floyd rio.

—Incluso le da miedo que me ocurra algo a mí.

Henry negó con la cabeza y sonreía irónico.

—Las madres a veces son las culpables de que los niños no sepan resolver cosas que pueden resolver, sin problemas, a su edad.

Alexis lo vio con seriedad y Henry entendió el mensaje.

—Estoy diciendo algo que considero real en todas las madres, no te lo tomes a modo personal —Ella bajó un poco la guardia, sabía que él tenía razón en lo que decía—. ¿Cómo te fue en la casa?

—Bien —respondió Alexis con calma y más tranquila.

—Genial, ahora podrás descansar un poco y luego iremos a tu casa a ver lo que ocurre con el grifo.

—No tengo dinero para...

Henry la vio con muy mala cara y ella decidió que era momento de cerrar la boca pero le incomodaba que él le estuviese invitando todo el tiempo y comprándole cosas.

La última vez que un hombre había hecho eso, terminó seduciéndola y metiéndola en la cama para después hacerle mucho daño emocionalmente cuando se dio cuenta de que las ayudas que le daba eran para conseguir sexo casual.

Y ella no era una prostituta.

«¿Crees que voy a quererte en serio con esos tres demonios que tienes de hijos?» «Te quiero a ti, no a ellos» «No has pensado en dejárselos a sus padres» «Serías más feliz sin ellos» «Nosotros seríamos más felices sin tus hijos»

Esas eran las clases de cosas que le decían los hombres a los que se atrevió a darle un poco de confianza y salir con ellos.

Esos momentos ingenuos en los que soñaba tener una pareja, sentirse

querida, deseada y respetada.

Aceptada al completo, eso incluía a sus hijos porque eran parte de su vida y porque jamás los dejaría a un lado para ser feliz.

Ellos hacían su felicidad.

Por su parte, Henry notó el silencio repentino de Alexis y vio el dolor reflejado en su mirada. No le hacía falta que la mujer le dijera en voz alta lo que pensaba.

—Floyd, lleva esto a la mesa y entre Bonnie y tú terminen de organizar todo.

El joven hizo lo que se le indicaba y Henry le dio la vuelta a la carne sobre el asador.

Vio a Alexis de reojo, esta tomó un sorbo de su bebida.

—No tengo intenciones de acostarme contigo —ella bajó la mirada con vergüenza—. Y no porque no seas atractiva —entonces ella levantó la vista y la clavó justo en los ojos del hombre agradeciéndole con esa interesante chispa en los ojos el comentario que le había hecho—. No soy esa clase de hombres que van buscando aventuras. Para que te quedes tranquila, algún día me devuelves el dinero del grifo y todo lo que me quieras devolver. Guardaré las facturas y te las daré con todo gusto.

Ella le sonrió y Henry la imitó, deseando que los hombres que se aprovecharon de ella desaparecieran de la faz de la tierra porque era injusto lo que hacían con Alexis y quién sabía con cuántas más.

VIII

Cuando Henry entró en la calle en la que vivía Alexis y vio las casas que se encontraban allí, supo lo que iba a encontrarse al llegar a la propiedad de la mujer y aunque el jardín que circundaba la casa era sencillo pero hermoso y estaba muy bien mantenido, su ojo profesional detectó al momento que solo se trataba de una pantalla para que los ojos curiosos y los vecinos creyeran que todo iba bien con la edificación cuando no era así.

Suspiró resignado sabiendo el estado de la casa en el interior incluso antes de entrar.

Sacó su caja de herramientas, se colgó un cinturón de compartimientos en las caderas y les dio a los niños pequeños las cajas de las compras para reparar el grifo de la cocina.

Arreglar el grifo roto no fue tan complicado. Los niños le sirvieron de apoyo para pasarles las herramientas necesarias, mientras Bonnie, Alexis y Floyd recogían lo que quedaba de agua en esa habitación y se ocupaban de poner en orden el resto de la casa.

Una vez terminaron, Henry le pidió permiso para echarle un vistazo a la casa y empezó a hacer algunas preguntas de rutina, así como otras que no lo eran pero que quiso hacerlas de todas maneras porque quería saber más de la situación de ella y los niños dentro de aquella casa.

—La compré por un precio realmente ridículo cuando me mudé a Savannah.

—Pensaba que eras de aquí.

Ella negó con la cabeza mientras iban recorriendo el recinto y Henry descubría el mal estado de la vivienda.

—No, nací en Arizona y crecí en varias casas de acogida en Atlanta, mi madre murió al yo nacer y no tengo la más mínima idea de cómo fui a parar a Atlanta. Nadie lo sabe o lo saben y no lo dicen porque es algo confidencial — Alexis lo observó sin darle mayor importancia al asunto—; la verdad es que nunca me he interesado por saber de mi pasado. Soy de las que se anclan en el presente porque es lo que importa —suspiró y le sonrió con dulzura—.

Además, mis experiencias en casas de acogidas no fueron las mejores, es por eso que prefiero no hablar de ese pasado. Cuando tuve a los gemelos, tenía un poco de dinero reunido —bufó—, no sé cómo porque ahora no puedo ahorrar ni un centavo, y con ese dinero vinimos a Savannah. Vi una casa en venta y aunque por el precio ya debía imaginarme cómo estaba, no me importó. La tomé, era eso o quién sabía en dónde íbamos a vivir. No tenía un trabajo estable y —suspiró de nuevo—... en fin... me quedé con ella. Es lo que puedo pagar.

Henry le sonrió con compasión. Ahora sí que sentía pena por ella y pensó en las injusticias de la vida.

No era justo que le pasaran cosas como esas a una buena mujer mientras que, su hermano, por ejemplo, era un parásito que chupaba de quien podía.

Henry siguió observándolo todo.

Y en cada paso que daba, cada crujió de la madera bajo sus pies, cada espacio que inspeccionaba se sentía peor porque debía ser sincero con ella y a la vez no quería hacerlo porque le haría sentir mal.

La situación de la mujer era difícil.

El techo tenía filtraciones, el olor a humedad no se sentía tan fuerte pero él sí que lo podía detectar porque los años de experiencia le daban las herramientas para saberlo.

—Ni falta hace que digas que la casa se cae a pedazos o que me hables de la humedad que hay. Yo también lo sé, no soy tonta.

Henry sonrió aliviado y sintió un impulso de proponerle ayuda rápida para darle un lugar digno para vivir. Lo poco que conocía de ella le hacía ya saber que la mujer se negaría a penas él mencionara dicha ayuda.

Tendría que buscar otra forma de hacerlo para que ella no pudiera negarse.

Y estaba seguro de que conseguiría su objetivo.

Henry entró a su casa después de pasarse toda la mañana chequeando las reparaciones que debía hacer en la segunda propiedad que tenía y que estaba junto a la suya.

Hacía unos años, recién mudados a esa zona, Jenny y él encontraron en la casa contigua a la suya una buena oportunidad de negocio y no se lo pensaron

dos veces para solicitar otro préstamo y adquirir la propiedad. Una jugada buena que generaba dinero extra y que en el futuro, una vez el préstamo estuviese saldado sería una buena entrada de dinero.

La alquilaba a parejas jóvenes o familias pequeñas, era una casa de dos habitaciones, una cocina amplia, un jardín pequeño y salón comedor perfecto para pasar tiempo en familia.

Por supuesto, la mantenía en perfecto estado para poder arrendarla mejor y los contratos los hacía por periodos cortos. Tuvo suerte al encontrar buenos inquilinos desde que compraron la propiedad y decidieron colocarla en alquiler, sin embargo, su meta era conseguir a alguien que quisiera pasarse una larga temporada en ella o quizá, el resto de la vida.

Le gustaba conocer a la gente que tenía a su alrededor y cuando los encontraba dignos de su confianza y admiración le gustaba conservarlos junto a él.

Henry era de los que querían ayudar a todo el mundo.

En cierto modo, lo hacía.

Una vez al año, desde que se había casado con Jenny, cruzó esfuerzos con la compañía para la que ella trabajaba para reconstruir o reparar casas en mal estado de familias que realmente lo necesitaran.

Era un especie de sorteo que tenían entre los residentes de varias zonas de bajos recursos, como esos programas de TV en los que un equipo entero llega a casa de una familia que vive en muy malas condiciones y que, además, han tenido muy mala suerte en la vida y les regalan un poco de felicidad y dignidad mejorando el lugar en el que viven.

No era ni por asomo tan grande como lo que se veía en los programas de TV pero a ellos les bastaba para ser mejores seres humanos y para aliviar un poco el tema del pago de los impuestos porque eso lo hacían valer como obras benéficas.

Para Henry valían más las sonrisas que le dedicaban cuando veían una casa en condiciones que lo que le descontaban de los impuestos anuales.

Respiró profundo y recordó la casa de Alexis que bien podría ser una candidata para ser reparada ese año por ellos como obra benéfica. Sin embargo, estaba seguro de que ella se negaría.

Porque creería que le estaba regalando todo y aunque llevaba varios días y sus noches pensando en el asunto, no encontraba la forma correcta de abordarla para que ella accediera a salir de ahí y dejarles a ellos hacer su

magia con las reparaciones.

Lo único que conservaría de esa casa era el jardín que le había gustado mucho.

Alexis le comentó que era su pasatiempo favorito, salir al aire libre y cuidar del espacio.

Y el tiempo que pasó esa mañana en la casa vacía, estuvo observando el jardín de esta y se le ocurrieron varias ideas que quería consultarle a Alexis para ver si podían mejorar el espacio.

Le pagaría, por supuesto, porque lo consideraba una asesoría aunque ella no fuera paisajista profesional, sospechaba que sería una lucha con ella porque estaba casi convencido de que la mujer se negaría a recibir el pago por lo que él ya había hecho por ella y sus hijos.

Suspiró de nuevo.

—Veo que es el día de los suspiros y tú, empiezas a preocuparme.

Su suegra, que llevaba varios días con ellos, estaba sentada a la mesa de la cocina disfrutando de un café a media mañana.

Le sirvió uno a él y se sentó de nuevo en su lugar.

—Es que no paro de pensar en algo que me atormenta, Cheryl.

Procedió a contarle todo el asunto de Alexis y lo mal que se encuentra el lugar en el que vive con los niños.

Lo mucho que podría hacer por ella.

Y lo mucho que ella se negaría a aceptar su ayuda.

—Bueno, ante todo, es madre y estoy segura de que no se negará a tener una mejoría para sus hijos —Ambos suspiraron y sonrieron luego con complicidad. Cheryl siempre representó para Henry esa persona sabia, llena de experiencia y buenos consejos—. Teniendo en cuenta lo que me cuentas del jardín de su casa, podrías traerla aquí con la excusa de arreglar el de la casa de al lado, ahora que tu hermano empezará a pintarla, podrías incluir a Alexis en los consejos para mejorarla y, a su vez, puedes ir sembrando dudas sobre lo mal que está que ella siga viviendo en su casa.

—¿Te expliqué que ella está consciente de todo?

Cheryl le sonrió con sorna.

—Dos veces y también me dijiste que es testaruda. Toda madre con dudas acaba cediendo y deberías asegurar de inmediato la remodelación de caridad de este año con la inmobiliaria para que no tengas inconvenientes una vez que ella acepte. Porque, querido, si lo haces bien, acabará cediendo.

El móvil de Henry sonó.

Él apenas lo vio, volvió los ojos al cielo.

—Lo siento, Cheryl, es mi hermano y debo atender porque de seguro me va a dar una excusa para no venir hoy.

—Siempre ha sido un bueno para nada. Me disculpas que sea tan franca.

—Nada que disculpar, eso sí, no lo digas delante de mi madre.

Ambos sonrieron divertidos y Henry atendió la llamada en modo automático porque su pensamiento estaba enfocado en Alexis y en toda la ayuda que él quería proporcionarle.

Alexis estaba teniendo una semana tranquila y parecía que Bethany Malone olía su tranquilidad incluso en la distancia.

Por ello, cuando su móvil sonó y vio de quien era la llamada volvió los ojos al cielo deseando tener un superpoder para eliminar a esa irritable mujer de su vida.

Iba de camino a casa de Henry porque buscaría allí a sus hijos y porque el hombre le había dicho que quería hacerle una consulta.

Además, quedó con Bonnie para salir de paseo solo ellas dos a ver vestidos para el baile de graduación. Faltaba mucho aun pero era mejor ir con calma, sobre todo por el poco tiempo disponible que ella tenía entre el trabajo y sus hijos.

Atendió la llamada.

—¿Qué te traes con Henry Price?

—Buenas tardes, Beth, espero estés muy bien.

—Para ti soy Bethany o Sra. Malone. Beth soy para mis amigas y tú, no lo eres.

—Exacto —Alexis sonrió divertida—, por eso es que no tengo por qué explicarte lo que me traigo con Henry, porque eso lo comparto solo con mis amigas y tú, no lo eres —Escuchó un pequeño gruñido al otro lado y sonrió, ahora con malicia.

—¿Tienes amigas, Alexis? ¿Estás segura? —el sarcasmo en su voz hizo que Alexis dejara de sonreír.

—¿Qué quiere la Sra. Malone esta vez? —fue seca y directa.

—Entender cómo es que una mujer que es un desastre como tu puede

lograr embaucar a un hombre como Henry.

—No creo que me hayas llamado para eso porque creo recordar que tú tienes un marido y poco podría importarte mi vida y la de Henry. No tengo tiempo, Beth, así que dime-de-una-maldita-vez ¿qué-diablos-quieres?

—Que hagas bien tu trabajo limpiando todo lo que necesito que limpies para la fiesta de fin de curso y que ese día, te encargues de los baños.

Alexis soltó una molesta carcajada. Esa mujer le hacía hervir la sangre.

—He limpiado muchos lugares en mi vida, Bethhhhh —arrastró las palabras a propósito para hacer enfurecer a su interlocutora— pero no pienso limpiar nada en la escuela porque para eso tienen personal y yo voy a acompañar a mi hijo en calidad de madre y chaperona de él y de Bonnie, quien también irá con Henry —hizo una pausa y luego añadió—; ¡Oh! Mira qué casualidad, Henry y yo iremos juntos.

—Eres ingrata e insoportable.

—¿Eso es todo lo que tenías que decirme?

—No vas a poder conmigo, estúpida. No sabes hacer nada bien, ni siquiera eres buena madre ¿cómo crees que podrías conquistar a un hombre como Henry? Estaría mejor con mis ami...

Alexis le dejó ganar y se alteró de tal manera que colgó la llamada, lanzó el móvil hacia el asiento del copiloto y gritó dándole ligeros golpes al volante del coche mientras conducía por la autovía.

Menos mal.

De haber sido otra calle, ya estaría la policía tras ella para preguntarle si todo iba bien.

Gritó de nuevo y lanzó una retahíla de insultos en contra de la excelentísima Sra. Bethany Malone.

Esa mujer sacaba lo peor de ella, sobre todo cuando le decía que no era buena madre.

Y le atacaron las ganas de llorar.

Porque sabía que, en muchas ocasiones, no era buena madre.

El estrés hacía que le gritara a sus hijos más veces de las que le gustaría, no sabía cómo hacer para que los niños le prestaran atención, no eran maravillosos estudiantes, siempre iban con la ropa arrugada y a veces rota porque no tenía dinero suficiente ni una casa decente ni...

Respiró profundo y gritó de nuevo.

Se detuvo una calle antes de *Junco Way*, la calle en la que vivía Henry,

porque no quería llegar con esa impotencia y frustración en su interior ni con la cara llena de lágrimas por la rabia que sentía gracias a la imbécil de Beth.

Esperó unos minutos mientras hacía fuertes y profundas inspiraciones a ver si así conseguía relajarse un poco. Se conformaba con parar de llorar.

Y lo consiguió, recordando que les daba amor a sus hijos y los niños la veían con ojos dulces cada noche cuando ella les daba un beso de buenas noches y le decían cuánto le amaban.

Consiguió calmarse recordando en que sí, muchas veces perdía la paciencia y les gritaba pero que casi todas las madres lo hacían.

Se calmó más cuando recordó la vocecita de Dylan, esa mañana, diciéndole que siempre le echaba de menos cuando lo dejaba en el colegio cada día.

Y sintió la necesidad inmediata de abrazar a sus hijos con fuerza y decirles que los amaba por sobre todas las cosas en el mundo.

Arrancó de nuevo el coche y cruzó en la esquina para llegar hasta casa de Henry que llegaba al mismo tiempo de ella con todos los niños en su camioneta.

—¿Todo bien? —Le preguntó ella al verle la cara que traía y él negó con la cabeza.

—No he tenido un día fácil. Es la tercera vez en esta semana que mi hermano no viene a trabajar y Bethany me abordó en la escuela para hacerme preguntas que no venían al caso...

Se quedó en silencio y la vio a los ojos. Alexis notó su cambio, se estaba dando cuenta de que algo no iba bien con ella tampoco.

Le sonrió con gran esfuerzo y abrazó a sus niños tal como lo quería hacer desde hacía unos minutos.

—¿Sigue en pie nuestra salida? —preguntó Bonnie con alegría.

—Claro, cariño, tu padre y yo vamos a conversar algo pendiente y luego nos iremos —le hizo un guiño a la niña que le regaló una sonrisa cargada de ilusión.

—Se lo diré a la abuela —corrió dentro de casa y Alexis vio con espanto a Henry que finalmente sonrió con diversión.

—No se trata de mi madre, es mi suegra.

Alexis se llevó una mano al pecho.

—No quiero más drama por hoy.

—Te llamó, ¿verdad? —preguntó el hombre con gran seriedad y Alexis

asintió bajando la mirada.

—Es insoportable. ¿Qué te dijo?

—Lo mismo de siempre, que no soy buena madre, etc.

—¿Y tú se lo crees?

—¿Y cómo no hacerlo, Henry? No tengo dinero suficiente, mi casa se está viniendo abajo, estoy completamente sola y mis hijos no me hacen caso. No tengo su vida perfecta. No sé cómo tenerla.

—Yo veo que lo haces muy bien y no me vengas con la historia de la lástima porque estoy hartado de ella. No te tengo lástima. Te admiro —Ella lo vio sorprendida—. Esa mujer me hizo exasperar más que ninguna otra persona. ¿Por qué ustedes nos creen incapaces de cuidar de los niños, la casa y lo demás? ¿Es que acaso solo ustedes pueden hacerlo? Es realmente muy injusto que piensen así para ser supuestas luchadoras por la igualdad de géneros.

—Pura mierda esa lucha —Alexis respondió relajada—. No creo en ella hasta que no seamos todos iguales de verdad, como bien lo dices. Y me gustaría quedarme aquí echando pestes en contra de Bethany pero ya arruinó mi tarde y no me da la gana de dedicarle ni un segundo más. Además, quiero regresar temprano con Bonnie.

Henry asintió y la guio hacia la casa que colindaba con la de este.

Los niños se escuchaban dentro de la propiedad riendo y jugando.

—¿Tu suegra no tendrá problemas con ellos? —Henry bufó alegre.

—Cheryl fue maestra de kínder así que sabe tratar con ellos muy bien.

Alexis se relajó y siguió a Henry en la entrada de la propiedad que estaba vacía.

Henry le dio un tour por la misma, su intención era que ella se familiarizara con el lugar.

Luego salieron al jardín trasero.

—Vi en tu casa que se te da muy bien la jardinería y quería que me aconsejaras sobre qué hacer con este espacio.

Alexis lo observó con los ojos entrecerrados.

Se cruzó de brazos.

Algo le decía que Henry le ocultaba algo y este, que se vio descubierto, se puso nervioso al momento.

—Voy a darte los consejos —estudió con más profundidad su mirada. ¡Oh sí, ahí escondía algo!—. Luego me dirás qué escondes.

—Si tú me prometes que escucharás sin predisponerte y lo más importante, te tomes varios días para analizar cada una de mis palabras.

Alexis no sabía qué hacer porque se debatía entre su curiosidad y las ganas de retroceder antes de que él si quiera empezara a hablar.

Pudo más su intriga y movida por ella, extendió el brazo.

Henry sonrió y apretó su mano con firmeza.

—¿Estamos cerrando un trato, Alexis?

—Sí —respondió ella con seguridad porque en su interior sabía que podía confiar en él, no solo por las cosas que ya le había demostrado, no.

Había algo más que la animaba a escucharle, como una extraña emoción que por algún motivo mejoraría la vida de sus hijos.

Y haría cualquier cosa por sus pequeños.

—Creo que de los tres vestidos que me probé hoy me quedo con el rosa.

Alexis arrugó la nariz con el comentario de la chica.

Consideraba que el rosa era el menos favorecedor para ella.

—No te gustó ese ¿no? —Alexis negó con la cabeza, aun arrugando la nariz—. A mí tampoco —Bonnie soltó una carcajada divertida y sincera—. Solo quería ponerte a prueba.

Alexis abrió los ojos con sorpresa.

—¿No confías en mí?

—La verdad es que confío mucho en ti, desde que te vi por primera vez. Y te conozco porque Floyd cuenta cosas maravillosas de ti. Pero noto que estás muy distraída y esto es un asunto importante.

Alexis la seguía viendo con asombro.

—¿Floyd te habla de mí?

—Mucho. Siempre dice cosas buenas. Eres buena con ellos, los amas y quieres darles lo mejor.

—Gracias, Bonnie, tus palabras me hacen feliz en este momento.

Bonnie sonrió complacida.

—Lo sé. Las madres a veces se sienten inseguras y creen que lo están haciendo muy mal cuando en realidad es al contrario.

—Eres muy madura para tu edad.

—Soy observadora, creo que no soy tan madura como crees. Mamá solía

decirle a papá que ella a veces sentía que no hacía suficiente por mí —Bonnie le sonrió con nostalgia—. Era la mejor del mundo para mí.

—La debes echar mucho de menos.

Bonnie asintió.

—Sobre todo cuando papá insiste en querer saberlo todo de mí. Mamá respetaba más mis procesos y mis ganas de hablar o no. Con papá a veces me siento acorralada u obligada a decirle cualquier cosa para que me deje en paz y se quede tranquilo —Alexis sonrió con pesar—. Por ello quería hacer estas salidas contigo. Floyd me aseguró que tu podrías entenderme.

—Somos chicas, siempre podremos entendernos.

—Pero entiendes que no te quiero para que seas una madre para mí, ¿no?

—Por supuesto, tu y yo solo seremos amigas, eso sí, tendrás que tenerme paciencia porque soy un poco mayor que tú y quizá te de consejos que te parezcan anticuados.

Bonnie sonrió divertida.

—Lo entiendo y lo acepto —hubo un silencio entre ellas mientras seguían viendo los escaparates de las tiendas en el *Savannah Mall*—. ¿Fue difícil crecer en casas de acogida?

—Un poco. Aunque no tengo punto de comparación porque nunca llegué a estar con mi verdadera familia o con una familia que me quisiera como parte de ella. ¿Entiendes?

La preadolescente asintió con la cabeza.

—Yo estuve molesta mucho tiempo con Dios por quitarme a mamá de repente. Pero al menos tuve la suerte de conocerla y saber quién era. De saber que me amaba. Aún tengo a papá y a las abuelas. ¿No tienes curiosidad por saber de tu familia?

—Quizá cuando tuve tu edad sentí esa inquietud pero después de darme siempre contra un muro de burocracia y políticas de privacidad, me di por vencida y me dije a mí misma que, en el futuro, formaría una familia a la que cuidaría con las uñas de ser necesario.

Bonnie le sonrió con sinceridad.

—Y lo haces, aunque los gemelos son revoltosos pero papá siempre consigue mantenerlos en la línea del orden. Es bueno para ello, aunque reconozco que yo no le estoy haciendo las cosas fáciles. ¿Podrías conversar con él y decirle que no esté todo el tiempo sobre mí queriendo saber cómo me siento, qué me ocurre, qué pienso?

Alexis entrecerró los ojos mientras la observaba de reojo.

—Puedo intentarlo si tú me dices que intentarás ser un poco más comunicativa con él. No lo sé, quizá podrías contarle cómo te fue en la escuela sin que él tenga que preguntártelo o si te sientes triste quizá podrías decírselo y pedirle que solo te escuche.

Bonnie levantó los hombros con indiferencia.

—Suena fácil cuando lo dices tú, podría intentarlo.

—Genial.

Ambas sonrieron y Bonnie la tomó de la mano para arrastrarla dentro de una tienda en la que había vestidos de noche hermosos. La chica empezó a hablar de colores, tallas, bordados, estilos y Alexis no pudo evitar perderse de nuevo en los pensamientos que la mantenían distraída esa tarde.

La propuesta de Henry le puso el mundo de cabeza porque jamás se habría esperado una propuesta semejante y menos, sin que ella tuviese que invertir un centavo.

Aun no se lo creía por completo.

El ofrecimiento de Henry para vivir por unas semanas en la casa que le había enseñado, mientras su casa, la que se caía a pedazos, era reparada por la compañía de Henry y sus asociados bajo la figura de labor social, le parecía algo de fantasía.

Cuando el hombre se lo comentó, ella soltó una larga carcajada creyendo que él le jugaba una broma y entendió que todo era muy real cuando Henry la vio con seriedad y le dijo que jamás, jamás, le jugaría una broma como esa.

Al momento, le temblaron las piernas; tanto, que pensó que se desvanecería, aun le temblaban; le costó gran esfuerzo controlar los temblores, el nudo en el estómago por los nervios, la emoción que la embargó por la suerte que consideraba estaba teniendo en ese momento y la ilusión le llenó el alma cuando se dio cuenta de que la oportunidad que le ofrecía ese buen hombre, le iba a ayudar a mejorar su vida y lo más importante, mejorar la vida de sus hijos.

Henry no quiso que ella le respondiera al momento y lo aceptó porque quería pensar en frío los pro y los contra del asunto.

Que por más vueltas que le daba no encontraba ningún contra.

Todo era positivo.

—¿Me estás escuchando? —Bonnie la observaba con una sonrisa.

—No, lo siento.

La chica dejó el vestido que tenía en las manos en el mismo lugar en el que había estado antes y se interesó por saber lo que pensaba Alexis.

Le llamaba la atención la forma en la que se perdía en sus pensamientos sin ser consciente de lo que ocurría a su alrededor.

—¿Por qué papa te enseñó la casa de al lado?

Alexis no sabía si contarle todo lo que habían conversado ella y Henry.

—Porque le gustó mucho el jardín de mi casa y quiere saber cómo lo hice. Lo ayudaré a que el jardín de esa casa se vea mejor.

—Mmmm —la joven se cruzó de brazos esperando saber el resto. La veía directo a los ojos, con mirada analítica—. ¿Sabes que papá te admira mucho?

Alexis ladeó la cabeza y la vio con duda.

—¿En serio? Me lo ha dicho pero no sabía que fuese tanto así.

—Eres madre soltera, tienes dos trabajos y desde que lo conociste nunca te has compadecido de él por estar solo con su hija; y, además, punto importante que hizo que ganaras mi confianza, no te acercaste a papá con intenciones de ser su novia o de convertirte en una madre para mí.

Alexis abrió de nuevo los ojos con sorpresa. Bonnie era mordaz y le gustaba esa sinceridad.

—Bueno —Alexis permaneció pensativa—, no le tengo lástima a tu padre por criar en soledad a una niña, está en mi misma condición y por ello lo trato como a un igual, aunque sí siento compasión por él y por ti porque no es justo lo que les tocó vivir. Y tu padre es un hombre muy atractivo, no voy a engañarte —Bonnie la vio con sorna—, además es educado, respetuoso y sobretodo muy bondadoso. Pero yo no estoy interesada en chicos en este momento.

—Me parece bien, tienes la casa llena —comentó la chica y ambas rieron—. Papá va a ayudarte con tu casa, ¿cierto? —Alexis asintió siendo incapaz de hablar porque un nudo repentino se formó en su garganta—. Me parece bien, a la gente buena deben pasarle cosas buenas. ¿Lo sabe Floyd?

—No —Alexis respiró profundo—. ¿Podrías no decirle nada hasta que decida si voy a aceptar?

—Seguro, es lo que hacen las amigas, ¿recuerdas? —Alexis sonrió con cariño—. Pero aceptarás, ¿verdad?

Y fue entonces cuando Alexis asumió que sí, aceptaría a la propuesta de Henry porque milagros como esos no ocurrían todos los días.

IX

Alexis estaba en su casa recorriendo todo por última vez, grabando en su memoria cómo se veía su casa antes de que Henry hiciera su magia con todo el equipo que traería de apoyo para arreglar su hogar y el de sus hijos.

No sabía cómo agradecerle a Henry todo lo que estaba haciendo por ella, se sentía conmovida, esperanzada, feliz.

Floyd no podía creerse la suerte que estaban teniendo.

Los gemelos pasaron una semana de hiper actividad debido a la emoción que contenían pensando en que tendrían un hogar nuevo.

Esa casa que ahora tenía las paredes llenas de humedad, que tenía las tuberías roídas, gastadas; una casa noble, anciana; que merecía que alguien se ocupara de ella.

Alexis sabía que no podría hacer lo que haría Henry, no en ese momento, no en el futuro próximo y dudaba que en el futuro lejano pudiera llegar a tener la posibilidad de ocuparse de semejante inversión colocando dinero propio.

A menos de qué se ganará la lotería, obviamente. Era un imposible que ganara algo porque ni siquiera le alcanzaba para comprarse un ticket y probar suerte.

Desde que Henry le explicara la propuesta y después de mucho pensarlo, darle vueltas y más vueltas, se dejó de tonterías y le comunicó a Henry su respuesta.

Una positiva, por supuesto.

Se lo había dado a entender a Bonnie en la salida de chicas que tuvieron, suponía que a ella se le escaparía algo con su padre, pero no. La chica guardó con recelo lo conversado en esa salida y Alexis se dio cuenta de que estaba creando una conexión con ella.

Henry se alegró con su respuesta y le aseguró que no se arrepentiría, que todo saldría bien.

Se alojarían esas semanas en la casa anexa a la de Henry.

Alexis sugirió el pago de un alquiler y después de verle la cara de pocos

amigos al hombre tras su comentario, desistió de la idea instándole a que ella se encargaría de decorar el jardín de esa propiedad sin que él pusiera un centavo.

Él solo se limitó a soltarle un escueto «Ajá» que dejó en claro que ella no pondría más que su opinión y si quería, su dedicación en el jardín.

Lo haría, cómo no hacerlo. Henry se estaba comportando con ellos como nunca antes nadie lo había hecho así que ella se sentía en el deber de retribuirle de alguna manera.

Fue una semana agitada. Entre el trabajo, recoger las cosas para la mudanza, para la remodelación, dejarlo todo listo.

Los niños, las labores sociales de la escuela que el director Martin las aumentó dando por hecho que, entre todos, debían organizar el baile de fin de curso.

Lo que quería decir que tenía que ver, y hablar, más seguido a Bethany, quien, esa semana, la castigó con el látigo de la indiferencia mientras envolvía en halagos hipócritas y llenos de algún macabro interés a Henry, quien se divertía en grande siguiéndole la corriente a la mujer.

Alexis no conseguía entender cómo lo hacía porque ella nada más de pensar en hacer algo semejante, se le revolvía el estómago.

Henry le dijo que se le daba mejor seguir la corriente que llevar la contraria, al final, él siempre conseguía hacer lo que quería. Lo aprendió con su madre, aunque a veces le costaba salirse con la suya cuando se trataba de su madre.

No lo ponía en duda.

Esa semana también había tenido la mala suerte de toparse con la señora Price y tuvo que aclararle, de nuevo y en un tono más amargo que la primera vez que la vio, que ella y Henry no tenían nada. Que solo eran amigos.

Por supuesto, ella no quedó satisfecha con la respuesta y el resto del rato que coincidieron en casa de Henry, la señora Price le dedicó miradas que indicaba muy bien lo que pensaba de ella.

Que era un completo desastre y quizá, sus pensamientos no eran el problema, no.

El problema de Alexis era que lo que pensaba la señora Price era cierto y ella no veía una clara solución para su desastre de vida.

Henry le estaba poniendo un poco de orden pero eso no cambiaba la falta de dinero, lo poco que los niños atendían a sus órdenes, la culpa que siempre

llevaba encima por querer ser mejor madre para sus hijos y no saber cómo hacerlo.

Esperaba que con esa decisión de dejar que Henry y sus asociados hicieran labor social con su hogar sirviera para expiar la culpa que la acompañaba siempre.

Les daría una mejor vivienda a sus hijos. Eso debía contar en algo ¿No?

Le costó mucho pensar qué quería llevarse de su casa. Le costó aún más deshacerse de sus muebles viejos. De esos muebles de segunda mano que reparó con sus propias manos después de rescatarlos del basurero de alguien que había decidido que ya no los quería más.

Henry hablaba de reparar el esqueleto de la casa y luego se le metió en la cabeza que también haría los acabados de decoración. Ella quiso impedirselo mas el hombre le dijo que no se negara, que pensara en los niños y le dejó ver una mirada que en el momento hizo sentir a Alexis como una gelatina.

Una extraña sensación que no experimentó con nadie antes, bueno, sí, con sus hijos y, por supuesto, en una versión diferente.

Los niños le ablandaban pero sin temblores. Algo de lo más extraño que no quiso darle importancia, todo lo atribuía a las emociones que vivían esa semana de ansiedad por la mudanza y por lo nuevo que encontrarían en el mismo lugar que ahora llamaban hogar.

Un antes y un después.

Tenía el pequeño presentimiento de que su vida y la de sus hijos cambiaría a partir de ese momento.

La esperanza, definitivamente, se albergaba en su pecho y después de una semana de grabar en su mente una vez más cada rincón del hogar que le pertenecía, recoger las pocas cosas que tenía y recoger las pocas cosas de sus hijos, llegó con los niños a la casa provisional y se instalaron en un día.

La segunda propiedad de Henry era preciosa. Justa de espacios y con mucha iluminación natural, algo que Alexis adoraba y que su viejo hogar no tenía.

¿Lo tendría el nuevo?

Sonrió pensando en las preguntas que no dejaba de hacerse.

¿De qué material sería el suelo?

¿Conservaría el mismo espacio la propiedad?

¿Acabarían con su jardín?

Los niños también la enloquecían con preguntas que bien sabía que

también le hacían a Henry y este, en vez de responderles, lo que hacía era indagar más sobre lo que querían los pequeños y lo que le gustaría a ella.

Por vergüenza, Alexis dejó de decirle cosas en cuanto notó su juego.

¿Qué estaba haciendo con su propiedad?

No quería nada de lujo, nada enorme y se lo dejó saber a él en cuanto aceptó la oferta del hombre.

¿Estaría cumpliendo sus peticiones?

Y la pregunta que no le podía faltar era: ¿Le gustaría lo que vería?

El trabajo final, ¿Le gustaría?

Claro, no tenía el derecho de ponerse exigente porque ella no estaba invirtiendo un centavo allí, y lo único que podía era estar muy agradecida por lo que hacían por ella y sus niños.

Lo estaba, más que agradecida, de igual manera la pregunta no dejaba de hacerse presente en su mente.

Sospechaba que todo saldría bien. Henry no parecía tener mal gusto y aunque no le comentó nada a nadie, había investigado a sus asociados para saber con quién estaba tratando y las propiedades que estos tenían en venta y que eran de construcción propia, eran hermosas.

Tenía que encontrar la manera de desconectarse de esos pensamientos porque le esperaban algunas semanas antes de poder ver el resultado final de la obra y sería un acto masoquista pensar cada día, cada hora, en cómo quedaría la casa, si le gustaría, si le gustaría a los niños, si cuidaría el jardín.

El jardín.

Su mirada se posó en el jardín de la propiedad de Henry que ahora ocupaba ella con Floyd y los gemelos y entonces tuvo la primera idea para que aquel jardín, que era pequeño en comparación al que tenía Henry en su casa, se viera acogedor.

Su visión para los jardines o las áreas verdes de las casas no era exactamente elegante o moderna.

No.

Alexis creía que en un hogar, estos lugares eran especiales. Una conexión con la naturaleza al alcance de la mano para poder disfrutar cada día de una agradable taza de té, una tarde de juego con los niños o un picnic en el fin de semana cuando el dinero no da para más.

Sonrió de nuevo pensando en las aventuras que ella y sus niños han vivido juntos.

Bebió un sorbo de su café y apuntó en una hoja lo que necesitaría para empezar a hacer lucir diferente aquel verde espacio.

La puerta de la entrada de la propiedad se abrió y ella levantó la mirada.

Henry se llevó esa mañana a todos los niños a la escuela porque Alexis había pedido unos días de vacaciones y le dijo que, durante esos días, él los llevaría a la escuela y ella debía recogerles porque él estaría ocupado con las supervisiones de la remodelación de su casa.

¿Podía negarse después de todo lo que Henry hacía por ella? No. Así que aceptó sin problemas.

Henry le advirtió que su hermano, Finn, debía terminar de pintar el salón de la propiedad que ahora ocupaba pero que quién sabía cuándo lo haría porque Finn era especial y hacía lo que le venía en gana.

La verdad era que Alexis no tenía una buena imagen de Finn en su cabeza, sin embargo, todo cambió cuando lo tuvo frente a ella y el hombre le sonrió con sinceridad y alegría.

—¿Tú debes ser la chica de la labor social? —Le preguntó curioso.

—¿Y tú debes ser Finn? —Respondió ella haciendo que él entrecerrara los ojos.

—No quiero saber que te dijo el gran Henry de mí.

Alexis, que permanecía deslumbrada por la encantadora sonrisa de Finn, parpadeó un par de veces deseando romper el hechizo que sabía que la había atrapado para poder responder; no funcionó y él fue capaz de darse cuenta.

Así que amplió su sonrisa porque entendía que era su arma para seducir a las mujeres.

Era parecido a Henry en altura aunque era más delgado. El tono de la voz ronco y grave le quedaba muy bien a ese aspecto descuidado de hombre sexy recién levantado de la cama al que no quieres dejar escapar.

Tenía un buen bronceado, por cierto.

Y un trasero decente.

Lo detalló en cuanto se puso de perfil y vio cuánto se pronunciaba la curva en la parte baja de su espalda en el momento exacto en el que él levantaba su camiseta para quitársela y empezar sus labores de pintura del salón.

Alexis tragó grueso y sintió un calor que la estremeció.

¿Cómo ese hombre tenía tanto poder de encantamiento sobre ella?

Parpadeó de nuevo y él ahora la veía con gracia.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió ella intentando no delatarse aunque sospechaba que Finn era capaz de leer hasta sus más remotos pensamientos —. Necesito salir a hacer unas compras. Nos veremos luego —dijo sin más y salió casi corriendo de la propiedad preguntándose qué diablos pasaba con ella; exigiéndose un alto a esos pensamientos que ahora tenía en la cabeza sobre Finn porque era el hermano de Henry que era su amigo, el amigo que le estaba ayudando a tener una vida mejor.

Además, no debía olvidar que ella no debía interesarse en ningún hombre. Así lo decidió hacía años y nada podía cambiar en ese aspecto de su vida. Nada. Ni siquiera el trasero Finn y mucho menos, su mágica sonrisa.

Finn pintó dos paredes del salón cuando decidió que era momento de un descanso en el jardín para poder fumarse un cigarrillo con tranquilidad. Quizá también se bebería una cerveza.

Abrió la nevera de la casa en la que trabajaba y no encontró cervezas, en realidad, encontró muy poco dentro y se preguntó de qué diablos vivía la mujer con sus hijos si el refrigerador estaba casi vacío.

Era guapa, no podía negarlo; aunque la encontró simple para el estilo de mujeres que a él le gustaban.

Sabía que la había conquistado con su gancho mortal para las mujeres.

Su sonrisa. Sí, un cliché de telenovela pero le había servido todos esos años para llevarse a las chicas a la cama sin que generaran problemas luego y así vivir la vida que siempre soñó sin compromisos ni ataduras.

Y si la sonrisa no cumplía su trabajo completo, pues le dejaba ver el culo que tenía y de inmediato se les nublaba la mente dejándole cabida a sus manipulaciones.

Sí, sí, puros clichés pero qué más daba si funcionaban.

Le dio una calada al cigarrillo mientras atravesaba el espacio que separaba la propiedad que su hermano alquilaba de la que vivía con su hija Bonnie y accedió a la misma por la puerta trasera que, por regla general, permanecía abierta.

Fue directo a sacar una cerveza del refrigerador cuando escuchó la camioneta de su hermano aparcarse frente a la puerta del garaje de la propiedad.

Salió, casi corriendo, al jardín para que el gran Henry no le echara la bronca por fumar dentro de su casa. Destapó la botella con lo primero que encontró que podía servirle de destapador y luego bebió un sorbo largo.

El día estaba caliente.

Tan caliente como su cuerpo pensando en el encuentro que tendría más tarde ese mismo día con la mujer que le enloquecía desde hacía unos meses.

Desde que entró a trabajar allí como jardinero y la vio por primera vez en la piscina, sintió la tensión adecuada en su entrepierna que lo instó a seducirla y llevarla a la cama en la casa de invitados de la propiedad.

Cosa que ya se había vuelto una rutina y su fachada seguía siendo la jardinería.

En realidad, iba a regar y mimar a la mujer desatendida por su marido y que estaba derretida por todos sus clichés.

Una mujer de la que de alguna manera no sabía desligarse y sabía que era porque le gustaba más de lo que pensaba. Sin embargo, hacía de tripas corazón porque sabía que nada podía hacer para cambiar su condición de amante de ella.

Jamás abandonaría a su marido y su vida estupenda por él que no tenía nada y tampoco tenía intenciones de hacer nada porque sus padres hacían todo por él, y la vida así se vivía muy bien.

No era perfecta... ¿qué cosa lo era?

Exacto.

La puerta de la propiedad se abrió y él le sonrió de lado a su hermano mientras botaba el humo por la nariz como un toro embravecido.

—¿Cuántas veces te he dicho que no fumes dentro?

—Estoy afuera.

—Sí, con una cerveza de mi refrigerador en las manos y tu estela de humo se quedó aquí. Es asqueroso, con un demonio —Henry lo vio con el ceño fruncido, como siempre, parecía que lo odiaba—. ¿Te estás tomando un descanso de haber llegado hace media hora al trabajo?

—No llegué hace media hora y casi termino de pintar el salón. Quizá mañana lo termine —Las orejas de Henry se enrojecieron y eso motivó a Finn a seguir sumando rabias al día de su perfecto hermano—. Y tuve que tomar la cerveza de tu casa porque la chica —señaló hacia la casa de alquiler—, no tiene en su nevera. De hecho, poco tiene en ella.

Finn cumplía con su objetivo al verle el rojo encendido en el rostro a

Henry.

—No se te ocurra tocar nada de allí y cumple con tu maldito trabajo porque voy a echarlo si no lo haces.

Finn bufó divertido.

—Sabes que no lo harás porque tendrás que verte luego con mamá.

—Tienes un contrato firmado, Finn, no me pongas a prueba.

—Soy tu hermano.

—Exacto, mi hermano, no mi maldita obra de caridad perpetua.

—¡Ah! ¿Un desconocido si puede serlo?

Henry se pinchó el puente de la nariz y Finn se dijo que era momento de bajar la presión de su ataque porque lo siguiente sería que Henry acabaría dándole un par de puñetazos como ocurrió años antes cuando Finn quiso tomarse atribuciones en la compañía que dirigía su hermano.

Bueno, una de las tantas veces que lo hizo.

Le divertía y solo aquella vez, Henry se fue de bruces contra él porque la verdad era que él cruzó todos los límites. Lo reconocía. Henry no pasaba por un buen momento con la muerte de Jenny y no era capaz de controlar sus emociones.

—En fin... —Finn quiso cortar por lo sano lanzando una pregunta que no tenía ni idea que iba a molestar tanto a su hermano—. ¿No te gusta no? ¿La chica? ¿Cómo se llama? No me lo dijo.

Henry levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Finn.

Centelleaban.

¿Qué ocurría con Henry?

Se acercó a él y le habló entre dientes como un perro rabioso y amenazante.

—Se llama Alexis, Finn, y te voy a exigir que te mantengas alejado de ella.

Finn bufó otra vez con diversión e ironía.

—¿Eres su padre? Porque la vi bastante mayorcita como para que estés exigiendo cosas por ella, a menos de que, claro, la estés metiendo en tu cama —se acercó más a su hermano para retarle—. Si no es así, me gustaría conocerla. Es guapa y se ve simpática.

Henry cerró los ojos de nuevo y respiró profundo.

—Voy a olvidar que eres mi hermano si llegas a lastimarla a ella o a los niños, ¿Quedó claro?

—¿Te gusta?

Henry parpadeó un par de veces y Finn sonrió sarcástico. Estaba dudando de lo que sentía, se lo dejó saber en la mirada.

—No. No me gusta, es una buena mujer y solo quiero que tenga un poco de paz en la vida dura que le ha tocado vivir.

Henry se dio la vuelta y caminó hacia su casa con los puños apretados.

Finn se terminó el cigarrillo y tiró la colilla al jardín sin mayor reparo.

La aplastó y luego sonrió con malicia porque pensó en que sería divertido quitarle a su hermano a la mujer que le gusta.

Nunca antes lo hizo porque no tuvo oportunidad con Jenny pero ahora...

¿Quién podría impedirselo?

Henry vio a su hermano alejarse.

«Imbécil» pensó.

Abrió la nevera para sacar una cerveza y se dio cuenta de que el imbécil se bebió la última que quedaba.

Cogió las llaves del coche para ir al supermercado a comprar más.

También compraría algunas cosas que hacían falta en casa y aprovecharía para comprar algunos filetes de carne como le gustaban para hacer una barbacoa para la cena.

A Bonnie le encantaban y quizá Alexis y los niños se unirían a ellos.

Ahora que eran vecinos, no había nada de malo en que compartieran alguna barbacoa ¿no?

Mas si era cierto lo que le comentó el idiota de su hermano sobre el contenido en el refrigerador de Alexis.

¿Y si necesitaba dinero para comida?

Negó con la cabeza. No le parecían cosas de Alexis, de seguro sería que con todo lo de la mudanza no había comprado provisiones para la semana. Era una mujer muy responsable y no permitiría que sus hijos pasaran hambre.

La barbacoa le serviría para conversar un poco más con ella al respecto. Además, tenía que ponerla sobre aviso con Finn porque su hermano era inestable en todos los aspectos de su vida y usaba a las mujeres como si de un calzoncillo se tratara. Cada día, uno nuevo.

Como hacía con el dinero; con su vida en general.

Dio un portazo al salir y vio que Alexis llegaba a la casa contigua a la suya. La mujer se aparcó y se bajó del coche mostrándole una sonrisa.

Él no se percataba de que la veía con el ceño fruncido y las manos en las caderas.

—¿Ocurrió algo? —ella se acercó un poco.

—No.

—No tienes buena cara. ¿Es por la casa? Henry si es mucho problema, lo dejamos todo como estaba y...

Respiró profundo y trató de calmarse.

¿Por qué quería comportarse como un troglodita cuando pensaba en que Finn podía acercarse a Alexis?

Además, ella era una mujer inteligente y se daría cuenta enseguida de la clase de hombre que era su hermano y con las intenciones con las que quería acercarse a ella.

De igual manera, se sentía en la obligación de advertirle.

—De verdad, Henry, no pasa nada si... —Alexis se veía realmente preocupada.

—No —la interrumpió—, disculpa mi actitud. Ahora tengo prisa pero podríamos conversar mejor en la cena. Estaba pensando en una barbacoa con los niños, necesito un buen filete en mi organismo y mi hija también, lo mencionó anoche —le sonrió, un poco más tranquilo, a Alexis—. ¿Qué me dices? ¿Barbacoa para librarte de cocinar para los niños?

La puerta de la que era la casa provisional de la mujer se abrió y salió Finn sonriente con ese sarcasmo que lo caracterizaba.

—¿Barbacoa? ¿De la tuya? —vio a Alexis con interés y Henry sintió un ardor repentino en el pecho—. Me encantaría estar ¿A las seis les viene bien?

Alexis sonrió con sinceridad a Finn que le observaba los labios y Henry sintió que se quemaba por dentro.

¿Qué carajo ocurría con él?

Alexis volvió el rostro para verle a los ojos.

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Sí —pronunció entre dientes y luego vio a Finn amenazante—. ¿No tienes nada más que hacer esta noche?

El más pequeño de los hermanos Price arqueó los labios hacia abajo y negó con la cabeza fingiendo que pensaba.

Alexis vio de nuevo a Henry a los ojos y este leyó su mirada tan bien que

se asombró.

Ella quería que Finn estuviese allí.

Entonces le gustaba.

Todas sus alarmas saltaron porque era urgente que le advirtiera sobre Finn.

—Como te atrevas a venir con las manos vacías te juro que yo mismo te corto en pedazos y te echo al asador. ¿Está claro?

Finn sonrió con diversión y victoria.

—Haré lo que pueda.

La chica se dio la vuelta y le sonrió con nerviosismo a Finn, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja. Algo se dijeron que Henry no pudo entender por el extraño pitido que le bloqueó los oídos.

Eso pintaba peor de lo que él pensaba.

Finn y su sonrisa ya habían hecho efecto en Alexis, así como en las miles de chicas que habían pasado por los brazos de su hermano en el pasado.

La diferencia era que Alexis no era como las demás mujeres y no se merecía un hombre como Finn.

—¿Vas a dejarnos una piscina en casa? —Dylan interrogaba a Henry mientras este adobaba la carne para ponerla sobre el asador.

Toby lo veía expectante, con el brillo de la ilusión marcada en los ojos y sí, si era por él les habría puesto una piscina pero no quería abusar de la confianza que Alexis le estaba dando al permitirle darle un poco de alegría a su vida.

Entendía que ella no sabía confiar en la gente y las pocas veces que lo intentó no le salió bien, así que no quería hacerle sentir más avergonzada de lo que ya sabía que estaba por no poder pagar ella misma todo lo que empezaría a hacer en su casa esa semana.

Los permisos se retrasaron un poco porque los asociados de Henry no se esperaban que la obra social se llevara a cabo tan pronto.

Henry no quiso esperar a obtenerlo todo porque sabía que ese tiempo podía influir en que Alexis cambiara de decisión y no le dejara actuar en casa.

La notó decidida a dar el paso, siempre existía la posibilidad de que se echara para atrás.

No entendía muy bien qué le ocurría con ella y por qué sentía una necesidad abrumadora por ayudarle.

Quería verla sonreír y que estuviera libre de preocupaciones.

Quizá se debía a que le habría gustado que alguien tuviera el mismo gesto con su querida Jenny en caso de que hubiese sido él el fallecido y ella la que debía hacerse cargo de todo, sin tener una compañía propia ni una casa.

Desde donde él lo observaba, Alexis se lo merecía y él, sin aun saber por qué, quería llevarse el crédito de ese cambio en la vida de la mujer y de los niños.

Le engañó un poco con respecto a la remodelación pero ella le dejó ver, desde el día uno que la conoció, que era una chica lista y sospechaba que algo así se podía esperar encontrar... algo diferente a lo que él sugirió como reparaciones al esqueleto de la casa.

Se podía decir que fue honesto aunque no formuló la frase por completo: Reparaciones al esqueleto de la casa... con arreglos en el interior de la misma.

Tenía todo un equipo destinado a la reconstrucción y decoración de la nueva casa de Alexis y los niños.

Les gustaría. Lo que estaba puesto en los planos y bosquejos decorativos dejaba ver mucha iluminación natural, espacios amplios y acogedores, un techo fuerte que les resguardara siempre y una estructura completamente nueva.

Esa mañana, al estudiar a fondo la estructura de la casa con un equipo especial, decidieron que les convenía mucho más echar todo abajo y levantar una estructura nueva sobre los viejos cimientos. Menos dinero, sin duda. Sería más tiempo trabajando cosa que incomodaba un poco a Henry porque le dijo a Alexis que en un mes podía ir a su nuevo hogar.

Sin embargo, todo lo que hablaron ese día con los expertos en cada área, daba como pronóstico más tiempo para hacer las obras y era algo que debía comunicarle a ella.

—¿Habrá o no piscina? —preguntó su hermano rompiendo sus ideas, pensamientos y planes en mil pedazos. Es que el solo sonido de su voz era capaz de amargarle el momento y Finn estaba batiendo record ese día amargándole la existencia desde el mediodía.

Desde que llegó a su casa y le mencionó que quería salir con Alexis.

Desde que ella parecía que se sentía a gusto conversando con él.

Alexis preparaba la ensalada junto a Finn y lo vio con preocupación.

—Has estado muy raro hoy y espero que no haya piscina.

Sus ojos decían tantas cosas ese día.

¿Siempre habían sido así?

No recordaba las veces anteriores cuando estuvo frente a ella.

—No. No habrá piscina y estoy raro porque hay un cambio de planes respecto a la casa.

Alexis soltó todo y se plantó frente a él con mirada inquisidora y los brazos cruzados en el pecho.

—Explícate.

Los gemelos lo veían con ansiedad.

Él se sintió interrogado por un escuadrón de la CIA.

—Bueno, verás —le dio la espalda a Alexis y empezó a colocar los filetes en el asador mientras hablaban—, es sencillo pero complicado porque habíamos pensado una cosa y ahora resulta que es otra y...

—Papá, déjate de rodeos.

Cerró los ojos y deseó que Bonnie se mantuviese con la boca cerrada de vez en cuando.

Colocó todos los filetes y bajó la tapa del asador.

Se volvió para ver a Alexis a los ojos.

—Mira, sé que te dije que debían ser unas cuatro semanas para estar aquí pero...

—Algo se complicó y será más tiempo.

Henry asintió.

—¡Henry! Pensé que me dirías algo peor —ahora ella se colocó las manos en las caderas—. ¿Puedes dejar de actuar de esa manera tan extraña?

—Está nervioso —intervino Finn y Henry lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué? —preguntó Bonnie con interés.

—Porque esta mañana le pregunté si Alexis salía con él.

Todos rieron menos Henry que se mantuvo serio viendo a su hermano a los ojos con ira mientras este lo observaba con burla.

—Me estoy cansando de esta suposición que hay en tu familia sobre nuestra relación que es solo amistosa —Alexis lo vio con sincera diversión y luego se dirigió a Finn—. Tu madre tiene la obsesión de que Henry y yo... tu sabes... —vio a su alrededor para dar a entender que no diría las cosas con claridad porque habían niños allí con ellos.

Finn cambió su mirada y sonrisa cuando la dirigió a ella y Henry sintió que la sangre le hervía.

¿Cómo era tan hábil y manipulador?

—Pues me alegra que esté muy claro porque debo confesar que me pareciste muy atractiva desde que te vi esta mañana y la verdad es que me gustaría conocerte mejor —Finn dejó escapar esas palabras en un susurro cercano a Alexis.

Ella sonrió avergonzada y bajó la cabeza para no demostrar que estaba sonrojada.

Henry sabía todo lo que ocurría a su alrededor aunque no se movió ni un centímetro y su rostro aún permanecía contraído por el disgusto que le estaba causando su hermano.

Alexis, por un momento, entendió que algo no andaba bien entre ellos y por lo poco que conversó ese día con Finn y lo que llevaba conociendo a Henry que aunque no era mucho parecía conocerle bien, entendía que ambos eran muy diferentes.

Los propósitos de vida de uno y de otro eran polos opuestos.

Y sí, Finn era muy atractivo para ella, sin embargo, ella no quería involucrarse con nadie en ese momento de su vida.

—Por mi estará bien si solo somos amigos, Finn. No estoy interesada en romances en este momento de mi vida —lo vio a los ojos y se arrepintió porque él le enseñó esa encantadora sonrisita que tenía que parecía seducirla por completo.

—Bueno, me conformo con eso por ahora.

Henry escuchó cada uno del intercambio de palabras entre su hermano y Alexis y sintió un gruñido que se le escapaba de la garganta.

Agradeció que nadie más pareciera notarlo porque se estaba comportando de forma totalmente irracional.

Ya había escuchado a Alexis. Ella no estaba interesada en romances en su vida, ni con Finn ni con nadie.

Si su misión era protegerla de Finn, pues ya podía quedarse tranquilo.

Apretó los puños y sintió otro espontáneo gruñido escapar y esta vez, Finn sí lo percibió y lo vio con esa mirada que sabía lo que indicaba.

El rechazo de una mujer para Finn se convertía en un reto que hasta que no la desnudaba y la metía en la cama no lo daba por completado.

—Te ayudaré a servir la comida —Alexis posó un mano en el brazo de

Henry sintiendo la tensión que acumulaban sus músculos.

Henry asintió sin perder de vista a su hermano, manteniéndolo lo más ocupado y alejado posible que podía de Alexis.

Y eso haría a partir de ese día para protegerla.

Otro gruñido escapó de su interior y Alexis lo observó confundida.

—Estoy bien. Solo es que tengo hambre. Vamos.

Alexis observaba en silencio a Henry.

Los gemelos ayudaban a Floyd y Bonnie a recoger todo y a limpiar los trastes en la cocina mientras Henry tenía la mirada perdida en el azul oscuro de la noche y suspiraba a cada momento.

—¿Me vas a decir qué te ocurre en realidad o tendré que hacerme una historia en mi cabeza?

Henry río con ganas, las preguntas y ocurrencias de Alexis siempre le sacaban una sonrisa.

—Me preocupa que le gustes a mi hermano.

Alexis lo vio con duda y sarcasmo.

—¿Es en serio?

—Mucho.

—No soy una niña, Henry, y sé cuidarme de los hombres como Finn.

Henry negó con la cabeza. No tenía ni idea de lo que decía

Alexis sabía que Henry actuaba con buena intención, sin embargo, le pareció un poco exagerado.

—Finn no es un buen partido, Alexis —suspiró y la vio a los ojos con tal intensidad que la mujer sintió que su temperatura corporal aumentaba—. No le gustan los compromisos, las responsabilidades, las ataduras y tu vida lleva un poco de todo eso. Sé cómo es mi hermano y sé cómo funciona con las mujeres.

—He lidiado con hombres como él, Henry.

Alexis no se estaba enterando de nada nuevo.

Finn le gustaba y sabía los riesgos que corría estando con un hombre así.

Por ello le insinuó, más temprano, esa misma noche, que ella prefería mantenerlo como amigo.

Así como prefería mantener de amigo a todos los hombres que se

acercaban a ella.

Claro, ninguno le duraba.

A excepción de Henry, que estaban claras sus intenciones hacia ella.

No le interesaba en lo más mínimo como mujer y por ello se comportaba con ella como un muy buen amigo.

En fin, nada era perfecto en la vida.

Suspiró.

—Quizá es lo que necesito en mi vida.

—¿Cómo?

Parpadeó y se dio cuenta de que estaba pensando en voz alta. No sé retractó ni se disculpó. Sentía que tenía la confianza suficiente con Henry cómo para hablar claro y fuerte.

Era una de las cosas que le hacía sentirse tan a gusto estando junto a él desde que se conocieron.

—Pensaba en voz alta —dijo a modo de excusa. Él le prestaba la atención necesaria frunciendo el ceño de nuevo, como si no le gustará su comentario—. Creo que quizá lo que necesito es un poco de aventura en la vida. A veces creo que alejar de mí a hombres como Finn es lo correcto porque no quiero más complicaciones de las que tengo pero —vio a Henry a los ojos que escudriñaba los de ella como si le extrañara que ella pudiera pensar de esa manera— ¿y si eso es lo que necesito para relajarme un poco?

Henry frunció aún más el ceño.

—¿Por qué te molesta tanto?

—Porque Finn siempre se sale con la suya y acabarás cediendo.

—Es tu hermano, Henry. Aunque quisiera empezar a relajarme y tener una aventura con alguien, no sería con él. No puedo negar que me atrae físicamente pero creo que lo correcto es no involucrarme con él.

Henry resopló.

Ella lo notó incómodo.

—¿Eso tampoco te gusta? —preguntó con calma y él negó con la cabeza. Movía las piernas con nerviosismo, como si tuviera un tic nervioso—. Te considero un buen amigo, Henry, diría que llevas el listón de «Mejor Amigo» en mi vida, quizá el único que he tenido en mucho tiempo o en toda la vida —dijo pensativa y él sonrió—, no pienso dañar nuestra amistad por tener una aventura con tu hermano.

—No cambiaría nada entre nosotros. Lo que no quiero es que te lastime.

—Nada va a pasar, no te preocupes.

Él asintió y luego hubo un silencio entre ellos. Los niños se habían sentado frente a la TV en el salón.

Henry suspiró de nuevo y volvió el rostro hacia ella

—Siendo honesto, preferiría que nada ocurriera entre ustedes, pero no soy quien para impedirselo a ninguno de los dos. Me estoy comportando sobreprotector contigo y creo que estoy exagerando.

—Un poco —comentó ella divertida.

Henry negó con la cabeza y sonrió levantando las cejas.

—Te estoy cuidando —ella asintió manteniéndole la mirada intensa con la que la veía esa noche— y, de verdad, pase lo que pase entre ustedes, puedes estar tranquila porque no cambiará nada entre nosotros.

Alexis chocó el pico de su botella con la de Henry a modo de brindis por sus palabras.

Ahora fue ella quien dejó escapar un suspiro y, de reojo, notó como Henry la analizaba.

No quería verlo a los ojos de nuevo porque quedaría en evidencia.

Evitaría a toda costa tener una aventura con su hermano pero la verdad era que el hombre le gustaba y no estaba muy segura de poder mantener controlada la atracción que sentía por Finn.

X

Unos días más tarde, Alexis y Bonnie caminaban por la ciudad en la búsqueda del vestido definitivo para el baile de fin de curso de la chica.

Alexis nunca pensó que sería una misión tan compleja y entendía la ilusión de Bonnie por verse espectacular ese día.

En el centro comercial no encontraron nada que le gustara, así que decidieron explorar las tiendas locales.

Cuando Alexis le dedicaba tiempo a la ciudad como ese día, la recorría con calma y la admiraba de nuevo como la primera vez, cuando llegó allí a vivir enamorándose de ella una vez más.

Savannah estaba llena de plazas con grandes robles en estas, una elegante arquitectura y mucha calma.

Por supuesto, esos no fueron los motivos por los que llegó allí, porque por mucho que le gustara una ciudad, si no le era rentable vivir en ella, tendría que largarse.

Su economía era lo que prevalecía. Y Savannah, por fortuna, además de ser hermosa y guardar esa nostalgia sureña, estaba considerada una de las mejores ciudades para vivir dentro del país, tanto para criar niños como para poder tener una economía decente.

La de Alexis siempre era más bien «justa» pero de seguro era mil veces mejor que lo que hubiera sido en Atlanta o cualquier otra ciudad grande.

Se sentaron un poco en *Whitefield Square*, una de las plazas favoritas de Alexis, se refrescaron bajo la sombra de los árboles y conversaron sobre los encantos que tenía la ciudad en general.

Mientras hablaban, Alexis detalló a Bonnie, que destacaba del resto de las chicas de su edad no solo por su belleza física con sus ojos almendrados ambarinos que le hacían ver como una muñeca y con esa gracia que tenía al caminar que era muy natural en ella. También destacaba por la capacidad de análisis que tenía en su joven cerebro y por la forma en la que planteaba temas o situaciones que quizá otro chico de su edad no habría sabido manejar.

Tenía madurez muy superior a la que se dice que se tiene en esa época de la vida.

No podía compararlo con Floyd aunque consideraba que su hijo también era muy maduro para los años que tenía, Bonnie le sobrepasaba con creces.

La chica le sonrió y ella le pasó el brazo por los hombros.

—Falta poco para el baile. Lo conseguiremos, ya verás —habían retomado su recorrido e inspeccionaban los escaparates de las tiendas.

—Eso espero, Alexis —la chica observó uno de los escaparates con modelitos que eran bonitos pero ninguno se parecía a ella—. Sigamos, aquí no veo nada.

Alexis sonrió divertida.

Toda vía no se creía toda la suerte que tuvo al toparse con Henry y que este se volviera en una parte importante en su vida.

Tantos cambios positivos para ella y sus hijos eran responsabilidad de él.

Le debía tanto que no le alcanzaría la vida entera para pagarle por todo lo que hacía.

Henry le pidió expresamente que no se pasara por su antigua propiedad porque quería que fuera una sorpresa el cambio completo.

Alexis accedió a esa parte del trato. Le pareció justo respetarla, era lo menos que podía hacer.

Y ser vecina de Henry resultaba tan positivo que sabía que cuando volviera a su antigua y renovada propiedad les echaría de menos a él y a Bonnie.

Los niños también les echarían de menos.

En esos días compartieron cenas, almuerzos, paseos por la playa al atardecer después de que todos cumplieran con sus deberes.

Era la primera vez en su vida que formaba un equipo con alguien y que resultaba tan bien todo.

Los niños estaban por concluir las clases y con ellas, las labores sociales en la escuela a causa del castigo impuesto por el director; así como la decoración del gimnasio para la fiesta de fin de curso para la cual faltaba poco.

Bethany era la que daba las órdenes y por supuesto, a ella le ponía más trabajo que a nadie, no le importaba lo hacía con gusto y además, Henry, que siempre quedaba absuelto de todo, se ponía a su lado para ayudarle a que todo quedara listo antes.

Lo que irritaba mucho a Beth y divertía a Alexis que le parecía una idiotez no asignarle más responsabilidades a Henry porque tal como ella lo decía «tienes mucho con lo que te toca llevar día a día»

Alexis notaba que, desde hacía unos días, Bethany se movía de forma singular cuando estaba frente a Henry y movía la boca de una manera ridícula creyendo que se veía sensual.

No se podía negar que tenía un gran atractivo en ese cuerpo de guitarra que envolvía en sus perfectos y bien planchados vestidos de ama de casa digna y ejemplar que empezaba a parecer todo lo contrario a lo que Alexis creía que era ella.

Parecía que su perfecta felicidad, después de todo no era tan cierta y desde que detecto esos ligeros cambios en ella empezó a sentir menos ganas de tener una vida como la que tenía.

Aun ponía en duda lo que veía porque le costaba creer que alguien tan correcto y ejemplar como Bethany Malone que se pavoneaba restregándole a todos, y en especial a Alexis, lo perfecta y estupenda que era su vida, lo mucho que ella podía con todo porque era mujer y era su deber, estuviese lanzándole señales de seducción a Henry.

Eso decía mucho acerca de lo que escondía en la vida real que tenía.

Si era capaz de tan solo insinuársele a otro estando casada era porque todo en su vida marchaba muy mal.

Sintió lástima por ella de ser así.

Negó con la cabeza pensando en que era imposible eso. ¿Por qué Bethany fingiría tener una vida perfecta si no era así? ¿A quién quería impresionar?

Bonnie hablaba del traje de sus sueños mientras Alexis seguía recapitulando su vida en esas últimas semanas.

Había reído mucho, se sentía más descansada porque tenía menos estrés con los horarios ya que Henry le ayudaba también con eso y los niños.

Los gemelos lo adoraban. Estaban construyendo junto a él un anexo nuevo de la casa del árbol y parecían pequeños duendes organizados y muy trabajadores cuando estaban bajo el mando de Henry.

Y en cierto modo, cuando no estaban con él también se les notaba colaboradores y últimamente no tenía que reñirles tanto por pelearse porque ya casi no lo hacían lo cual le confería un aura más tranquila a su pasajero nuevo hogar.

Le llenaba de ilusión seguir pensando en la casa nueva. En cómo se vería

en los nuevos momentos que construiría ahí junto a sus hijos y a su nuevo equipo que ya sentía como una familia.

Sonrió.

Le dio un apretón a Bonnie pensando en eso porque eso sentía que ella y su padre se habían convertido de algún modo en familia.

No pensaba lo mismo de Finn.

¡Oh no!

Finn despertaba cosas en ella que nada tenía que ver con amistad y menos con asuntos familiares.

Henry no se mostraba receptivo en el tema y prefirió no hablar más de esto aunque tampoco le escondía su atracción por su hermano.

Porque era obvia y sería muy tonta esconderla a alguien.

Sin embargo, para no crear problemas decidió que mantendría a Finn alejado cuando este le invitó a salir con él un par de veces y ella rechazó por falta de tiempo.

Que no era del todo mentira.

Él asumió los rechazos con gran normalidad y parecía que decidió dejar de insistirle porque llevaba muchos días sin verle y sin saber nada de él.

Henry poco hablaba de Finn o de sus padres.

—Estoy feliz de que la abuela Cheryl venga de nuevo en unas semanas.

Alexis regresó a su realidad para darse cuenta de que Bonnie no paraba de hablar y se perdió la mitad de la conversación.

—Una mujer encantadora.

Se limitó a decir Alexis mientras recordaba su encuentro con esta.

Claramente, tenía la tristeza marcada de por vida en su mirada debido a la muerte de su única hija, sin embargo, era alegre y optimista. Cariñosa con los niños que quedaron encantados con ella y su pastel de manzana y canela.

Henry hablaba siempre maravillas de ella, se notaba que le tenía gran aprecio.

—¿Qué te parece este? —Bonnie le enseñó un vestido turquesa de corte princesa.

Alexis sonrió asintiendo.

—Creo que te verías maravillosa, pruébatelo.

Mientras Bonnie se cambiaba en los probadores, Alexis pensó también en lo mucho que le chica había avanzado con sus salidas femeninas.

Le gustaba pasar tiempo con Alexis y a ella también le agradaba mucho

de ese tiempo a solas con ella.

Era agradable tener una amiga aunque no podía contarle la mitad de sus pensamientos porque no estaban acordes a su corta edad.

Cuando Bonnie apareció ante ella, Alexis entendió el significado de esa emoción que sentían las madres al ver a sus hijas crecer y convertirse en hermosas mariposas.

Estaba preciosa.

El vestido casi iba a juego con sus ojos y el rubio de su cabellera le caía en ondas surferas sobre los hombros.

Sonrió al pensar en ondas surferas. Un término que Bonnie le enseñó lo que significaba y le prometió que le ensañaría a hacerse ese y otros peinados.

Se puso las manos en el pecho y sintió una emoción sobrecogerle el pecho.

Le tenía mucho cariño a la joven.

—¿No me digas que vas a llorar?

Alexis carcajeó divertida.

—No cariño, no te haría eso. Lo reservo para cuando estemos en casa la noche del baile.

Bonnie se movió a un lado y al otro.

—¿Y?

—Preciosa. Es el vestido.

La chica sonrió en grande y aplaudió feliz mientras daba brinquitos de alegría.

—¿Qué vas a llevar puesto tú? —Alexis esperaba esa pregunta desde hacía mucho y aun no tenía respuesta.

—Algo encontraré en el armario.

Silencio.

Alexis agradeció que Bonnie no preguntara nada más al respecto. No quería dar señales de que no tenía nada para ponerse ese día porque sabía que acabaría recibiendo una nueva obra de caridad por parte de los Price y ya no quería nada más de eso.

Nada más.

Tenía un viejo conjunto de traje y chaqueta en el armario que estaba segura de que le quedaría un poco ajustado porque había sido el uniforme de un trabajo previo a los gemelos y bueno, después de los kilos ganados en ese embarazo, su cuerpo nunca más volvió a ser el mismo.

Se vio al espejo.

Sí, había grasa en donde se suponía no debía haber, una prominencia en la parte baja de su vientre y el pecho no estaba en su lugar original.

Podía verse mucho mejor, sin duda. Pero para eso necesitaba tiempo que no tenía.

Y no iba a mortificarse por sacar ese tiempo de algún lado a menos de que su medico le dijera que por salud debía emplear cambios en su estilo de vida.

Así como estaba, se sentía bien.

Eso era lo más importante.

Bonnie salió del probador con el vestido y fueron a la caja.

Pagaron y salieron de la tienda conversando en el peinado de la chica para el baile cuando se chocaron con alguien que también venía distraído en sus pensamientos.

—¡Tío! —exclamó Bonnie divertida y abrazó a Finn que le respondió el abrazo de inmediato sin quitarle la vista de los ojos a Alexis que se removió nerviosa en su sitio.

—Alexis, ¿Cómo estás? —ella sonrió avergonzada y bajó la cabeza para luego responder con un «Bien» susurrado.

No quería dejarse en evidencia por sentirse atraída por Finn que parecía ya notarlo a kilómetros de distancia por la mirada pícara que le dedicaba.

—¿Qué hacen por aquí? —preguntó a la chica y Bonnie le sonrió alegre.

—Mi vestido de la fiesta. Es espectacular.

—Me lo imagino. ¿Quieres comer un helado? —vio a Alexis—. Si no te importa que vayamos.

—No, por supuesto que no, por mi estará bien si Bonnie acepta.

La chica asintió con la cabeza y cruzaron la calle en la búsqueda de una heladería que les gustaba a los Price.

Alexis la conocía solo de paso. Sus sueldos no alcanzaban para esa clase de lujos.

Se pidió una barquilla con chocolate, su sabor favorito en cualquier versión y se sentaron dentro porque la tarde estaba caliente.

—¿Cuándo es el baile?

—En unos días —anunció Bonnie que comía gustosa su helado.

—Solo chicos, supongo.

—Y chaperones —agregó Alexis.

—¡Tío! ¿Todavía pinchas música como lo hacías antes?

—Claro, querida.

—Alexis, podríamos poner a tío Finn como el dj esa noche. ¿Qué dices?

—No soy yo quien lo organiza pero supongo que podríamos mencionarlo.

—Le diré a papá que lo sugiera —la niña le hizo un guiño de ojo a Alexis a modo de complicidad—. Ya sabes que Bethany siempre lo escucha a él.

Alexis ladeó la cabeza. Entonces ella no era la única que se estaba haciendo falsas escenas en su cabeza.

Parecía que Bethany sí estaba dándole más interés a Henry del que debía darle.

Interesante.

—¿Están en el comité de organización? Te refieres a Bethany Malone ¿No? —preguntó curioso Finn.

—Sí —Alexis volvió los ojos al cielo—, como si no tuviera más nada yo que hacer en la vida, el director nos ha puesto a trabajar en esto ¿Conoces a Bethany?

—Sí, soy su jardinero desde hace un tiempo —Finn sintió un poco de rabia en su interior que disimuló cuanto pudo con gestos familiares. Vio a su sobrina y le tocó la punta de la nariz con el índice, la joven sonrió con vergüenza—. De todas maneras, es posible que tu padre no mueva un dedo por mí.

Ahora fue Bonnie la que volvió los ojos al cielo.

—Quizá se alegra de que quieras formar parte de ese día especial en la vida de Bonnie.

Finn vio a Alexis divertido y negó con la cabeza.

—Lo dudo aunque estaré encantado de poder ser el dj si eso me permite bailar unas canciones con esta jovencita —repitió el gesto en la punta de la nariz de Bonnie— y con esta hermosa dama —tomó por sorpresa la mano de Alexis que descansaba en la mesa y se llevó el dorso de la misma a los labios. Le dio un beso suave y provocativo al tiempo que atrapaba su mirada y le dedicaba un guiño.

Alexis se sonrojó más que nunca antes en su vida.

—Ahora debo irme. ¿Me llamarás para avisarme la fecha y la hora? —le preguntó a su sobrina.

—Claro —le sonrió— gracias por esto —levantó su helado y le lanzó un beso al aire que su tío fingió atrapar llevándose después la mano al pecho

como si estuviese guardando el beso en su corazón.

—Gracias —Alexis levantó lo que quedaba de su helado—. Nos veremos pronto, supongo.

—Espero —le dedicó un último guiño y salió del local dejando a Alexis sumergida de nuevo en sus pensamientos y en las emociones pasionales que despertaba ese hombre con su sonrisa y su trasero.

—Es un poco rebelde, pero el tío Finn es bueno a pesar de lo que dice papá.

Alexis se sintió sorprendida como si Bonnie hubiese adivinado sus pensamientos.

Bonnie le sonrió con diversión pensando que quizá Alexis y su tío podrían llegar a ser novios.

¿Y si ella se encargaba de unirlos?

Finn recogía la ropa del suelo en la oscuridad de la casa de visita mientras veía a su amante ir con prisa a recibir a su marido que llegaba de un largo viaje de negocios.

Habían discutido y odiaba discutir con ella.

Sabía que ella no dejaría nunca a su marido y él no esperaba que ella lo hiciera porque tenía muy en claro que no sería capaz de mantenerla como ella está acostumbrada a vivir, además, tendría que cargar con los cuatro hijos de la mujer y aunque se rebosara de amor por ella había cosas que Finn no estaba dispuesto a ser como, por ejemplo, el padre de los niños de otro e incluso propios.

No estaba en sus planes ser padre de nadie.

Él quería seguir siendo hijo, el pobre hijo desvalido que no ha encontrado su ruta en la vida y que sus padres siempre estarán dispuestos a mantener y ayudar de cualquier manera.

Sin embargo, tenía sentimientos muy elevados por Bethany.

Muy elevados.

Tanto, que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. Por eso cuando se enteró de su relación con Alexis y se dio cuenta de que Henry se sentía atraído por ella aunque el muy cretino no se hubiera dado cuenta, decidió que podría usar a Alexis para honrar a su amada y fastidiar a Henry

por siempre creerse superior a él.

Y todo iba muy bien aunque muy lento por la negativa de Alexis a quedar con él o aceptarle alguna cita en la que pudiera llevarla a la cama y luego desecharla como si se tratara de un objeto viejo.

Estaba convencido de que, con ese gesto, la atracción de Beth hacia él aumentaría y la volvería más ardiente de lo que ya era.

Beth se lo agradecería con besos, caricias y dedicándole mucho más tiempo a él ahí, en su lugar secreto.

No podía negar que se sintió muy incómodo cuando su sobrina le insinuó la fascinación que tenía su amante hacia su hermano y que estuvo a punto de delatarse ante la niña y Alexis.

Finn no quería que Beth tuviera más amantes. Ya bastante duro era pensar que tenía que compartirla con su marido.

Por fortuna no se delató, contuvo su incomodidad, drenándola con la misma Bethany en la casa de visitas, revolcándose con ella por varias horas en un sexo salvaje que dejó a la mujer extasiada.

Pero no era tonto y necesitaba aclararle algunas cosas a Beth, por eso, en medio de los jadeos le pidió explicaciones.

No sería la primera vez que le exigía un poco de consideración desde que conociera a Henry.

Casualmente, Finn le contó el cambio de escuela de Bonnie y le dijo que su hermano la inscribiría en la escuela en la que Bethany era la mano derecha del director.

La presidenta de la asociación de padres y representantes.

La que tomaba algunas decisiones de relevancia y era esa actitud poderosa y arrolladora lo que enloquecía a Finn desde que la conoció.

Desde que se atrevió a levantarle la voz y llamarlo igualado.

Finn la arrinconó y exploró su boca de manera tan inesperada y arrebatadora que Bethany por poco tuvo un orgasmo en ese primer contacto que tuvieron.

Y esa reacción convirtió a Finn en un adicto a ella, descubriendo que era una mujer ardiente que se escondía entre sus vestidos y su supuesta vida perfecta en la que era infeliz, confesión que le hizo ella mucho tiempo después de su primer encuentro sexual.

Desde entonces, nunca se hicieron promesas aunque era cierto y Finn llevaba mucho tiempo manteniéndose fiel a los encuentros con su amante

pensando que ella le respondía de la misma manera.

Pero desde que Henry apareció en ese maldito colegio y Bethany lo vio, Finn no hacía más que sentir esa asquerosa inseguridad de que su hermano le pueda quitar lo que es suyo; porque sí, consideraba suya a Beth y hubiese sido un golpe muy bajo que la mujer se confesara atraída por él.

No le contó nada del comentario de su sobrina, mucho menos de su plan con Alexis porque Bethany no medía sus palabras y se le podía escapar algo antes de tiempo.

Se sentía un poco mejor después de ver a Beth gemir por él, gracias a él y no a otro hombre.

Gritó su nombre en todos los orgasmos que le profirió y le hizo jurar que no se sentía atraída por Henry.

Ella lo vio a los ojos y le dijo «No». «Tú eres el único, cariño».

Le pidió que se calmara y que confiara en ella.

Le daría otra oportunidad a pesar de que algo en su interior lo invitaba a ser más observador. Agradeció también no mencionar nada sobre la propuesta de ser el dj de la escuela.

Beth se habría buscado a alguien más esa misma noche con tal de que él no pudiese estar tan cerca de ella porque temía que alguien se diera cuenta de que su relación iba muchísimo más allá de la jardinería de su estupenda casa.

Finn entrecerró los ojos fijando la vista en las ventanas de la cocina de la casa principal viendo como Beth atendía a su familia.

Sintió una punzada de celos repentinos y deseó que llegara el maldito baile y las vacaciones de verano para que Bethany no se encontrara con Henry de nuevo.

—Bonnie está emocionada con todo lo del baile.

—Lo sé. Ya estamos planificando el peinado de ambas para esa noche. Si es que antes, Bethany no me deja calva tratándome como si fuera su esclava.

—Es insoportable.

—¿Tu de qué hablas? ¡Si eres el niño mimado! —Ambos rieron a carcajadas—. Por cierto, creo que la mujer está algo más que preocupada por ti y tu pobre condición de padre soltero —Alexis levantó las manos—, sin ánimo de ofender, sabes que hablo forma irónica.

Henry la observó complacido porque sabía muy bien cómo se expresaba ella y cuándo lo hacía con ganas de ofender o cuándo no.

En esas semanas que Alexis llevaba allí en calidad de vecina mientras él reparaba su casa, sentía que la estaba llegando a conocer tan bien que casi le molestaba ser tan bueno conociéndola porque no entendía cómo era que ella le había despertado tanto interés.

Estaba molesto consigo mismo.

Sentía que traicionaba a Jenny pensando que quizá conocía muy bien a Alexis porque la mujer le gustaba.

Y también le irritaba que ella no mostrara el más mínimo interés en él y sí en su estúpido e inútil hermano.

¿Cómo era que las mujeres siempre se fijaban más en Finn si era un parásito?

Todas menos su Jenny, por supuesto que jamás tuvo ojos para otro que no fuera él. Sonrió recordándola como siempre lo hacía.

Alexis seguía hablando, concentrada en sus asuntos de jardinería.

El jardín de la casa que Henry le prestó estaba tomando mejor forma y le daría mayor atractivo a la propiedad para cuando decidiera alquilarla de nuevo.

Recordó entonces lo que le dijo Alexis de Bethany unos minutos antes.

—No creo que Bethany esté interesada en mí. Además, según deja ver, es feliz en su matrimonio y con su familia.

Alexis lo vio divertida.

—Podría estar engañándonos a todos, no sé. No soy quien para decirte qué hacer o no, sin embargo, te tengo cariño, Henry, y no me gustaría que ella te metiera en problemas.

—Ahora eres tu quien me aconseja.

—Eres mi amigo y es mi deber.

Henry sintió un pinchazo en el estómago que le molestó cuando escuchó aquella frase «eres mi amigo».

Tenía que dejar de sentirse así porque acabaría dañando la relación entre ellos.

—Mmm, me contó Bonnie que ayer se encontraron con Finn. Me llevé una buena sorpresa al enterarme de que es el jardinero de Bethany desde hace un tiempo —negó con la cabeza dejando ver su indignación—. Es increíble lo mucho que puede manipular a mi madre para que me atosigue y le consiga

trabajo porque él «supuestamente» no consigue ninguno. ¿Cómo diablos hace para engañar a mi madre de esa manera? ¡Yo nunca pude!

Alexis rio por el comentario.

—Bueno, al menos tiene un trabajo. Así que cuando tu madre te atosigue de nuevo, dile que él la engaña.

—Como si ella me fuera a creerme. Mi madre tiene la concepción de que como soy el mayor y el que ha usado la cabeza para algo más que para estupideces, que también las hice, pero hace muchos años, pues ella cree que yo soy responsable de darle una mejor vida a él.

Alexis lo vio con interés y sin saber que decirle.

—Me gustaría darte algún consejo sobre mi relación con mis hermanos o cómo nos llevábamos con mis padres; como comprenderás, al no tener nada de eso, soy la menos indicada para decirte algo. ¿Qué vas a hacer con la idea de Bonnie? ¿Le vas a decir a Bethany que lo coloque como Dj?

—No tengo más remedio que hacerlo, Bonnie me lo pidió con esos ojos de cordero y no pude negarme.

—Genial.

Henry frunció el ceño.

—¿Quieres que te cuente la otra idea de mi hija? —Alexis lo observó con interés—. Cree que puede hacer de celestina entre Finn y tú porque notó que Finn se siente atraído por ti.

—Son cosas de chicos, Henry. No me voy a convertir en la novia de nadie.

Henry soltó un gruñido cuando la escuchó decir que no iba a ser la novia de nadie.

¿Qué le ocurría a él con esa mujer?

Alexis lo vio confundida.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no debería estarlo? —quiso parecer despreocupado y por la cara de duda de Alexis. Entendió que no lo estaba consiguiendo. Respiró profundo y se sentó en el borde del suelo de madera que servía de porche a la propiedad mientras Alexis cambiaba algunas plantas a macetas más grandes—. Me ha dicho Bonnie que mi hermano pretende bailar contigo.

Alexis lo vio divertida.

—Es solo un baile, Henry —Alexis resopló y dejó caer los hombros mientras lo veía a los ojos—. No voy a permitir nada más. Lo prometo.

Henry asintió y ella le sonrió complacida colocándole una mano sobre el brazo.

—Gracias por cuidar tanto de nosotros.

Henry sintió en el pecho una explosión que lo confundió más cuando ella apretó un poco el contacto de su mano sobre el brazo de él.

Le sonrió y bajó la cabeza, avergonzado, porque no entendía muy bien qué diablos ocurría en su interior.

Resopló y trató de enfocarse en el asunto que lo había acercado a Alexis esa tarde de domingo.

—Escucha, hay algo de lo que quiero hablarte.

Alexis lo vio con atención dejando a un lado sus herramientas de jardinería.

—¿Qué ocurre?

—Bonnie ha tenido otra idea y quiero que sepas que estoy de acuerdo con ella.

—¿Qué se le ha ocurrido ahora?

—Algo que sé que le hará feliz hacer. Hablará contigo pronto, no te niegues al primer minuto —Alexis estaba intrigada y Henry sonrió divertido—. Te conozco y a cada cosa que te ofrecen le dices que no en un principio.

El reafirmar lo mucho que la conocía en voz alta le hizo sentir extraño en su interior.

¿Por qué la conocía tan bien?

—Dime al menos de qué se trata para ir pensándolo.

Él sonrió de lado y la vio a los ojos, alzó las cejas con sorpresa.

—Buen intento, pero no se me escapan las cosas tan fácil, Alexis. Ella me pidió que no te dijera nada. No lo haré, solo vengo a pedirte que escuches sus razones y luego respondas.

Alexis asintió sin apartarle la vista, los ojos de ella eran tan enigmáticos que Henry sintió que se podía quedar hipnotizado con ellos.

Frunció el ceño al pensar en futuro porque le pareció que hablaba en el tiempo equivocado.

Quizá no «podía» quedar hipnotizado porque «ya» lo estaba.

XI

Cuando Alexis llegó del trabajo esa tarde, entró en casa para refrescarse un poco y ponerse algo más ligero porque el calor estaba amenazando su paz mental.

Una vez fresca, fue a la cocina para empezar a preparar la cena. Peló las patatas y las cortó en pequeños trocitos para luego meterlas en un *bowl* cubierto con film transparente y dejarlas dentro del microondas por unos cuantos minutos para que se ablandaran.

Revisó que tuviera todos los ingredientes para preparar el resto de la cena y sacó una jarra de agua fresca, limones y preparó una dulce y refrescante limonada que llevó al jardín con varios vasos de plástico.

Dylan y Toby corrieron a ella en cuanto la vieron. Trabajaban en los detalles finales de la casa del árbol junto a Henry.

Floyd también se levantó para abrazarle en cuanto la vio y todos esperaron impacientes por la limonada.

—¿Qué tal tu día?

—Como siempre, cobrar en la caja del supermercado, sonreír y escuchar las actualizaciones de vida de los que llevan años viéndome allí.

Henry le sonrió con pesar.

—¿Te gusta, mamá? —Toby le preguntó señalando el anexo de la casa del árbol que ya casi estaba al completo.

—¡Me encanta!

Era una estructura cuadrada que se unía a la más vieja por una especie de puente por el que los niños se divertían pasando y ella se negaba a verles porque sentía que iba a caer en algún momento. La altura era poca, pero los huesos, sin importar altura, siempre estaban dispuestos a romperse.

El anexo tenía un par de ventanas y un letrero en el que decidieron pintar un aviso de «No Pase sin autorización».

Sonrió al ver los avances.

—Vamos a tomarnos un descanso chicos —los niños saltaron y corrieron a jugar en el jardín.

—¿Qué tal te fue en la escuela? —le preguntó Alexis a Floyd.

—Bien, lo de siempre para ser los días finales de clases. En el examen obtuve una A.

—Genial —Alexis chocó la mano con su hijo mayor, este tomó el libro para seguir leyendo y ella se volvió hacia Henry que bebía la limonada con tranquilidad. Tenía toda la camiseta manchada de sudor, el cinturón de herramientas se lo había quitado.

La mayor parte del tiempo, en esos días en los que empezaba a hacer más calor, Henry vestía *shorts* y pasaba mucho tiempo descalzo, sobre todo cuando estaba en el jardín—. ¿Qué tal tu día?

—Agotador. Los trabajos en tu casa avanzan muy bien, pronto estarán de regreso. Nos queda muy poco para terminar.

Alexis no pudo evitar sentir emoción por que llegara ese momento.

—¿Y todo bien en la escuela cuando los recogiste?

—Sí, me han dicho que Martin anunció que podemos terminar las labores el jueves con la nueva capa de pintura que pondremos en el corredor principal del colegio.

—Muy bien, finalmente acabaremos esta pesadilla —ambos sonrieron—. Y supongo que el viernes en la tarde terminaremos de montar el set para la fiesta.

Henry asintió.

—Eso está muy avanzado.

—Muy bien. Pues ya mismo vendrán las vacaciones y... —Alexis se desinfló— mi peor época porque no sé qué hacer con ellos.

Henry levantó los hombros y le sonrió.

—Yo puedo cuidarlos. Bonnie y yo no iremos a ningún lado este verano. Cheryl vendrá pronto y estaremos mucho tiempo en la playa.

—Gracias, Henry, ya veremos luego qué hacer —Alexis no quería seguir abusando de la confianza de Henry, no podía negar que la idea de que él cuidara de los niños mientras ella trabajaba era muy atractiva pero a cambio, ella debía aportar algo porque eso era lo justo. Quizá ella podría hacer la cena cada día. Y los fines de semana, cuando no tuviera que trabajar, podía llevarlos ella de paseo para que él descansara un poco. En fin, no iba a preocuparse por eso en ese momento—: ¿En dónde está Bonnie?

—¡Oh! Casi lo olvido, está en su habitación en una preselección de cosas —Alexis lo vio con curiosidad—. ¿Recuerdas que te dije hace unos días que

se le había ocurrido algo y que no le dijeras que no de inmediato? —Alexis asintió—. Bueno, es el momento de que descubras la idea y la escuches.

Cuando Henry le sonrió con tanta ilusión Alexis sintió un brinco en el estómago.

Se mantuvieron las miradas como solían hacerlo desde que se conocieron.

Esa acción, a Alexis le gustaba porque le transmitía tranquilidad y seguridad.

No entendía cómo esos ojos dulces y traviosos eran capaces de hacerle sentir tanta tranquilidad. Podía mantenerle la mirada por horas porque se sentía cómoda haciéndolo y lo disfrutaba.

Henry parecía disfrutarlo de igual manera.

«¿Qué le transmitirá mi mirada?» se preguntó Alexis en un impulso curioso que no sabía de dónde había salido.

—¿Vas a ir? —le preguntó Henry divertido sin dejar de verla a los ojos y señalando hacia la ventana de la habitación de Bonnie.

Ella sonrió sin dejar de verle y le notó un brillo en los ojos que nunca antes percibió.

—Por supuesto. Le llevo la limonada —levantó la jarra y el vaso limpio que le quedaba en la mano.

Alexis anunció la entrada a la casa y caminó con cautela hasta la habitación de Bonnie.

Conocía la casa mas no se sentía con tanta libertad como para transitar por ella como si fuera parte de la familia. Había cosas que le gustaba respetar.

La puerta de la habitación de Bonnie estaba entre abierta. La joven se encontraba sentada en el suelo rodeada de cajas de las que sacaba ropa que iba dejando en diferentes montones.

Como si estuviese haciendo una preselección. Tal como se lo indicó Henry minutos antes.

Con la base del vaso, Alexis tocó a la puerta y Bonnie levantó la mirada.

En cuanto la vio, le sonrió con alegría.

—¡Pasa!

Alexis entró, le sirvió la limonada en el vaso. Se la dio y la jarra, ahora vacía, la dejó en el espacio vacío del escritorio que había en la habitación.

—Mmmm está deliciosa —Bonnie se refrescó con la bebida.

—¿Qué haces?

—Llevo tiempo pensando en que esta ropa de mamá está guardada en el

ático, en estas cajas, llenándose de polvo y bichos que no permitirán que nadie pueda disfrutar de estos modelitos tan hermosos que ella tenía.

Le enseñó por encima algunas blusas que, para Alexis, no podían ser más que un sueño.

—Preciosas.

—Exacto —Bonnie la vio a los ojos y Alexis reconoció la mirada de Henry en ella, sumada al brillo auténtico que le daba su propia personalidad y algo más que Alexis identificó como bondad y confianza.

Confiaba en ella.

Se cruzó de brazos y bajó la cabeza para desviar la mirada y la atención a otro lado porque se sintió muy conmovida con todo lo que Bonnie le transmitió.

—A mamá le encantaba la moda, los accesorios, los zapatos —la chica vio a su alrededor y dejó salir la tristeza que la tocó en ese momento. Alexis le tomó las manos con fuerza y se mantuvo en silencio mientras Bonnie dejaba escapar algunas lágrimas—. Papá me dijo hace dos años que yo podría hacer con esto lo que quisiera. En un principio, decidí quedarme con todo y usarlo cuando sea mayor pero hace unas semanas, me dije que era un pensamiento absurdo y egoísta porque cuando sea mayor, querré usar lo que esté de moda, ¿no? —Alexis asintió comprensiva—. ¿Te recuerdas cuando te dije, que no quería que intentaras ser mi mamá porque no lo eras? —Alexis asintió—. Lamento haberte dicho eso, Alexis. Sigo pensando en que mi madre siempre será ella —señaló a una foto hermosa de Jennifer con Bonnie poco tiempo antes de que tuviera el fatal accidente según le contó Bonnie una vez que estuvo con ella en su habitación removiendo vestidos viejos de su armario—. Sin embargo, no estaría de más que te declare mi madre de repuesto.

Alexis sintió una fuerte presión en el pecho y la garganta se le cerró de tal manera que las lágrimas empezaron a saltar sin previo aviso. No se esperaba semejante declaración.

No sabía qué decir, solo lloraba muy conmovida. Sintió tantas emociones en ese momento. Dio las gracias en su interior por estar rodeada de personas tan maravillosas en ese momento de su vida.

Aparecieron de la nada y todo cambió para ella desde entonces.

Bonnie la abrazó con fuerza.

—Gracias por ayudarme con el vestido, escucharme sin juzgar y

sobretudo, por no verme como la niña pobre y desvalida sin madre. Me ayudaste mucho en estos meses que hemos pasado juntas y espero poder seguir con nuestras citas.

—Por supuesto, cari... ño —Alexis sentía que se le cortaba la respiración.

—En fin, todas estas palabras son reales —le sonrió con una mirada traviesa y sincera—, sin embargo, te las dije desde el principio porque me fijé que eres de la misma talla que era mamá y algo me dice que, para la fiesta, no tienes vestido; aunque me aseguraste que sí. Me gustaría que usaras este.

Se levantó y le enseñó un vestido que estaba tapado con un forro de protección.

Era sencillo, de gasa y muchos vuelos, en un tono rosa pálido muy elegante con pequeños cristales bordados en el escote que lo hacía ver sexi.

—No es un regalo —Bonnie le aclaró de inmediato y sintió que era una aclaración rápida, sin valor, lanzada con el propósito de que Alexis no se negara a llevar el traje puesto porque no podía aceptarlo como regalo—. Me encantaría que lo uses esa noche porque quiero que te sientas hermosa. Quiero compartir contigo el momento del peinado, el maquillaje y que te veas como una princesa.

—Dios mío, Bonnie, nunca antes me he puesto algo tan bonito y sé lo que significa para ti, no quiero arruinarlo. Siempre termino arruinando todo. Gracias por tu maravillosa intención y las palabras me las guardo en el corazón pero me parece que...

Bonnie volvió los ojos al cielo y Alexis percibió la tristeza en su mirada.

«No digas que no desde el principio» recordó las palabras de Henry «yo estoy de acuerdo con ella».

—Alexis, si se mancha o se rompe o se ensucia, no pasa nada. Mamá ya no va a poder usarlo nunca más y dudo que vaya a ponérmelo de mayor porque ya decretamos que el rosa no me va, en ninguna de sus tonalidades.

Alexis asintió colocando cara de asco.

—Exacto, entonces no pienso regalárselo a nadie más que a ti porque hoy eres una persona importante en mi vida.

Alexis lloró de nuevo.

La chica le estaba haciendo sentir tan querida que la conmovía profundamente.

Desde que Bonnie y Henry estaban presentes en sus vidas, todo era tan diferente, más fácil, ligero de llevar.

Alegre, divertido y esperanzador.

Se sentía tan afortunada de haberles conocido.

Bonnie sacó el vestido y la invitó a probárselo.

Alexis no pudo resistirse porque sentía curiosidad por verse envuelta en algo tan bonito.

Cuando Bonnie subió la cremallera del costado y llevó a Alexis con los ojos cubiertos hasta el espejo de pie que tenía en la habitación para luego contar tres y dejarle a la vista su reflejo en el espejo, Alexis era incapaz de creerse lo que veía y sentía.

¿Quién era esa mujer tan elegante que estaba frente a ella?

—¡Sabía que te quedaría perfecto! —Bonnie daba pequeños saltitos de emoción. Se asomó a la ventana y le gritó a los chicos—: ¡¡¡Se ve estupenda!!! ¡¡¡Lo sabía!!!

Alexis escuchó a los gemelos hacer una ovación y estaba segura de que no entendían muy bien por qué la hacían pero así eran los niños, hacían una algarabía de cualquier cosa. Se volvió para ver a Bonnie y después volvió a fijar sus ojos una vez más en la imagen de sí misma en el espejo.

—Es increíble cómo puede cambiar uno vestido así.

Bonnie asintió triunfante.

—Y deja que te arregle el pelo, busquemos los zapatos; porque creo que incluso llevas la misma talla de zapatos que mamá —la vio risueña y la abrazó tomándola por sorpresa—. Gracias por todo, Alexis.

Esta cerró su abrazo al rededor del delgado cuerpo de la pre adolescente y le besó en la coronilla.

—Gracias a ti por darme un espacio tan importante en tu vida.

El jueves en la tarde, Henry intentaba obviar la voz de Bethany a su lado.

La mujer, que no paraba de hablar, dar órdenes a los niños y hacerle ver lo bien que estaba quedando todo lo de la decoración del baile le estaba enloqueciendo y puso todo de sí para aislarse pero no estaba siendo efectivo en eso.

Así que cuando vio a Alexis entrar con prisa a la escuela y saludar a sus gemelos que corrieron hacia ella, sintió gran alivio porque sabía que podría alejarse un poco de Beth.

Sin embargo, esta tenía otros planes que llevó a cabo de inmediato irritando a Henry por la forma en la que empezó a hablarle a Alexis en cuanto la chica llegó a ellos y les saludó.

—Tú serás la encargada de acompañarle —señaló a Floyd— al depósito a guardar los botes de pintura mientras Henry y yo terminamos de afinar los detalles que arreglaremos en el gimnasio para mañana.

Alexis volvió los ojos al cielo.

—Yo puedo llevar los botes, Bethany y...

—De eso nada, tú ya tienes mucho con haber llegado a tiempo hoy aquí a la escuela y ahora tienes que volver a casa a preparar cena y atender a tu hija, además de todas las cosas que tienes que hacer —vio a Alexis con mirada retadora—. Alexis tiene experiencia almacenando cosas en depósitos. Aunque no entiendo cómo consigue dejar las cosas en orden si toda ella es... —la vio con asco de arriba a abajo consiguiendo que Alexis se minimizara, Henry lo percibió de inmediato en la mirada de ella—... es un desorden; no, no, es más. Un caos. Eso eres tú, cariño —ahora sonreía con malicia y Henry lamentó no poder darle un puntapié para defender a Alexis de semejante arpía —, eres un caos sin remedio. En fin...

Alexis apretó los puños y vio a Henry a los ojos.

No hacía falta conocerle a fondo ni fijarse con atención en ella para darse cuenta del enrojecimiento instantáneo en sus hermosos ojos café.

Henry notó cómo tragó grueso para no decirle tres cosas de las que pasaban por su mente a esa mujer que representaba una perfección que no existía.

Henry estaba convencido de que era para tapar lo infeliz que era en su vida. Lo vacía que se sentía, la poca atención y gratitud que recibía en casa por parte de su marido y de sus hijos, que parecían tan infelices como ella.

Se había encontrado con varias madres como ella desde que Bonnie entrara en el kindergarten. Jenny nunca se dejó intimidar por algunas de estas mujeres porque era muy segura de sí misma y admitía que no podía ser perfecta en nada porque nada era perfecto en la vida.

Eran mujeres que necesitaban esos halagos «que bien lo has hecho» «eres una mujer muy detallista» «una madre dedicada y comprometida con la crianza de sus hijos» «no sabemos qué haríamos sin ti»

Carencias. Eso era todo lo que tenían las mujeres como Beth. Henry estaba convencido de eso.

—Terminamos, mamá —la hija de Bethany se acercó a ella acompañada de su primo que no hacía contacto visual con Henry.

Alexis se alejó de ellos acercándose a Floyd y a Bonnie que le saludaron con una sonrisa divertida.

—Finalmente nos libraremos de los Malone hasta el nuevo curso —dijo Bonnie en un susurro y Floyd abrió los ojos dejando ver una sonrisa—. No puedo estar más feliz.

Alexis apenas sonrió.

Se cruzó de brazos y no dijo nada.

Henry apreció como su cuerpo se tensó de nuevo cuando Bethany se le acercó una vez más por la espalda.

—¿Alexis?

—Dime —no se dio la vuelta.

Bethany formó una línea con los labios negando con la cabeza para dejar en claro que estaba en completo desacuerdo con la actitud de Alexis.

Henry se acercó a ellas y se colocó junto a Alexis, observando a los chicos que estaban a punto de completar el área de pintura asignada. Se metió las manos en los bolsillos y se mantuvo en silencio.

—¿No piensas voltearte?

Alexis solo volvió la cabeza un poco.

—Habla de una maldita vez, Bethany, que no estoy de humor.

—Eres ineficiente, un caos y además de eso maleducada —Henry observó a Alexis cerrar los ojos y respirar profundo. Admiró la postura de ella porque él no habría sido tan amable con Bethany de estar en su lugar. Mínimo, la habría sacudido de los pelos un poco para bajarle los humos—. Mañana tienes que cubrir el turno de la mañana en el gimnasio porque las demás madres no pueden, tienen sus asuntos.

—Y yo tengo un empleo.

—Deja el drama y aprende a gestionar tu tiempo de mejor manera. Si lo hicieras, te daría tiempo de sobra para todo. Incluso para darle más atención a tus hijos que está claro que necesitan atención y mano dura...

Alexis tenía los ojos más enrojecidos y apretó los labios con fuerza. Henry sintió que era momento de intervenir.

—Mañana estaré yo en el lugar de ella.

—Ni pensarlo, tú tienes tus responsabilidades y son demasiadas para un hombre solo, así que... —La expresión de gran molestia de Henry le dejó en

claro a Bethany que era mejor dejar de hablar por lo que la mujer se cortó en el momento y levantó una ceja movida por la indignación—. Tú deberías pensar en tu hija, no en resolverle la vida a una mujer hecha y derecha.

—Ya tienes quien cubra el turno, Bethany —Henry no dejaba de verla a los ojos y sintió su voz ronca y amarga como salía de su garganta. Una voz que no era característica en él hasta que aparecían momentos injustos como ese—. Puedes ir a dormir tranquila. Hasta mañana.

Beth intentó decir algo más pero su móvil sonó y se alejó para responder seguida de su hija y su sobrino, al cabo de unos segundos, siguió su camino hacia la salida del colegio.

Alexis se dio la vuelta y empezó a recoger los botes de pintura que los Malone dejaron en desorden, de seguro por órdenes de Bethany para que luego ella tuviera que recogerlo todo.

Bethany siempre la consideraba poca cosa y quizá no estaba tan alejada de la verdad porque ¿qué tenía para demostrarle al mundo que valía? Bethany tenía mucho para presumir, familia completa, ayuda, dinero, una casa hermosa, amigas, reputación, una carrera universitaria, belleza. Lo tenía todo.

Alexis no tenía nada de eso.

Exceptuando sus hijos a los que amaba con locura.

Los gemelos correteaban alrededor de ella.

—Chicos, por favor, dejen de correr por aquí porque pueden tropezar con alguno de estos botes.

Los niños estaban muy entusiasmados saltando encima del plástico que protegía el suelo como para prestar atención a su madre.

Henry quiso intervenir; no lo hizo. Entendió que no era el momento porque Alexis necesitaba un poco de espacio.

Se volvió hacia Floyd y Bonnie.

—Muy bien, chicos, creo que ya con eso terminamos. Empecemos a recoger para...

Un ruido seco y fuerte le interrumpió.

Lo siguiente que escuchó fue a los gemelos riendo a carcajadas mientras Alexis echaba pestes por la boca.

—¿Por qué me pasan estas cosas a mí?! ¡Les dije que dejaran de correr! ¡Nunca escuchan! —elevaba la voz pero los gemelos estaban muy ocupados burlándose de su madre que estaba muy salpicada de pintura verde olivo.

Henry soltó una carcajada acercándose a ella para ayudarla a recoger el

desastre.

Afortunadamente, el bote de pintura cayó sobre su propia base, así que lo grave fue lo que salpicó encima de Alexis cuando se le resbaló de las manos.

De seguro estaba mal cerrado porque ella aún tenía la tapa entre las manos.

—¿De qué te ríes?! ¡No es gracioso!

—Pues sí que lo es —Henry no podía parar de reír ya no sabía si era por lo ocurrido con la pintura o por lo graciosa que se veía furibunda—. Y no puedes culpar a los gemelos porque ellos nada tienen que ver con que cerraran mal el bote de pintura —Henry se agachó y empezó a recoger todo mientras seguía riendo—. Ve al baño a limpiarte, yo recojo.

—¿Estás loco? ¿Y dejar que la serpiente esa luego me vuelva a escupir veneno en la cara? ¡¿No te das cuenta de que sí soy como ella dice?!

—¿Y cómo eres? ¿Divertida y espontánea?

—¡NO! ¡Soy un maldito desastre!—Alexis levantó mucho la voz y todos los niños se volvieron a verla en absoluto silencio. Henry se cruzó de brazos y la observó con una mezcla de sarcasmo e indignación porque no podía creerse que Alexis se dejara afectar por una mujer como Bethany.

—No, no lo eres —Henry negó con la cabeza y clavó sus ojos en los de ella, Alexis se dejó invadir por la vergüenza debido al comportamiento que acababa de tener—. Fue un accidente, así que ahora deja de darle tanto crédito a esa mujer y ve a lavarte en el baño. Yo me ocupo con los niños de esto y de Martin, que en cualquier momento saldrá a regañarnos —Vio a Alexis a los ojos de nuevo y desde su posición percibió como la vergüenza se mezclaba con impotencia en la mirada de ella—. No le permitas que gane, Alexis. Cuando una persona como Bethany te ataca, tú decides si quieres que su ataque surta efecto o no. Y en este caso, le estás dando mucha ventaja. Está muy claro que no es una mujer feliz y tú sí lo eres.

—¿Lo soy?

Henry levantó las cejas y se colocó de pie para acercarse a ella.

—Tienes tres niños sanos y maravillosos, te veo con dos brazos, dos piernas y una cabeza que piensa muy bien aunque, a veces, como ahora, tenga sus fallos. Es parte de ser humanos, a todos nos pasa —le guiñó un ojo, ella quería llorar y él no quería verla triste—. Eres una mujer atractiva y divertida. Independiente y tienes gente a tu alrededor que te quiere tal cual eres.

Ella entonces lo vio con duda. Henry suspiró para no decir nada más que comprometiera el momento.

Llevaba días con un solo pensamiento en su cabeza: Alexis.

Desde la tarde en la que observó lo que ocurría en la habitación de su hija cuando esta le obsequió el vestido de Jenny a Alexis.

Las cortinas apenas dejaban ver las siluetas en el interior de la habitación y pudo deducir todo lo que ocurrió allí por la forma en la que se abrazaron antes de que regresaran al jardín; Alexis frotándose los ojos, Bonnie que revoloteaba a su alrededor como una pequeña y dulce mariposa que está feliz. Aquel momento entre ellas, hizo rebosar de felicidad el corazón de Henry.

Desde entonces, no paraba de pensar en Alexis y en todos los sentimientos que ella le hacía sentir.

Se dio cuenta también de que era la primera vez en la que, al pensar en Alexis como mujer, no sentía que traicionaba a Jenny.

De pronto sentía que Jenny siempre estaría en un lugar especial de su corazón y jamás la olvidaría pero que cerraba su capítulo con ella para avanzar, para despertar como hombre de nuevo.

Entonces, empezó a poner atención en lo que ocurría estando a su lado y sin estar con ella.

Reía cuando pensaba en Alexis y parecía un adolescente cuando se le acercaba. Le sudaban las manos y los nervios se le disparaban.

No tardó en darse cuenta de que sí, le gustaba Alexis. No sabía desde cuándo porque estaba claro que el sentimiento no pudo nacerle en una tarde.

Debía venir todo desde que la vio por primera vez en el colegio y sin embargo, nunca se fijó en las cosas extrañas que ella despertaba en él hasta que se fortalecieron y se hicieron muy evidentes en su interior.

Sí, tenía sentimientos por ella, sin embargo, debía guardárselos en un cajón y respetar su decisión de no involucrarse sentimentalmente con nadie.

No sabía cuánto podría disimular lo que sentía por ella pero trataría de aguantar al máximo para no hacerla sentir incómoda.

Quizá más adelante, cuando ya ella estuviera en su casa, viendo que su vida estaba un poco mejor, podría empezar a conquistarla.

No antes.

Ella huiría porque pensaría que él estaba confundido o quizá pensaría algo peor, como que quería cobrarse lo de la casa llevándola a la cama.

Si lo conocía lo suficiente, sabía que no era esa clase de hombres. De

todas maneras, prefería no correr riesgos.

Era mejor ganar terreno poco a poco que perderlo todo por las prisas.

Se mantuvieron las miradas, como de costumbre.

—Vamos, te acompaño —Bonnie la tomó del brazo y Henry percibió la duda en el rostro de su hija estudiando la situación. No tardaría en darse cuenta de lo que sentía por Alexis así que quizá tendría que tener una conversación con ella pronto.

Floyd y los gemelos estaban recogiendo los plásticos protectores que se encontraban limpios.

Se puso las manos en las caderas y vio a Alexis alejarse hacia el baño.

Recogería todo e irían a casa, pedirían pizzas para cenar y se beberían unas cervezas para que ella se relajara.

Sonrió pensando que compartiría algunos momentos a solas con ella. Arrugó un poco la nariz sabiendo que no estarían completamente a solas aunque estuviesen apartados de los niños.

Por fortuna a los niños le encantaba la TV y a ellos el jardín a esa hora de la noche. Así que podrían sentarse en el porche trasero a intercambiar pensamientos en privado.

Y fue la primera vez en la que pensó en que le gustaría más si pudieran intercambiar besos.

Sonrió y resopló recordando que no podía acelerar el proceso por mucho que lo deseara.

«Un paso a la vez, Henry», pensó, mientras sonreía de nuevo motivado por la ilusión.

—Entonces, ¿quieres hablar de lo ocurrido hoy con Bethany?

Alexis le dio un sorbo a su cerveza y negó con la cabeza.

No quería hablar de ello. ¿Para qué? Si siempre acabaría pensando lo mismo.

—¿Siempre ha sido así contigo? —Henry preguntó de nuevo.

Alexis asintió sintiendo el nudo en la garganta. No quería hablar de lo ocurrido; también sabía que Henry no iba a desistir en la idea de tocar el tema.

—Yo no pedí ser como soy, Henry. Y me esfuerzo cada día por ser mejor

pero...

Henry le tomó la mano y la vio con tanto cariño en su mirada que Alexis sintió que algo extraño ocurría.

—Eres una mujer grandiosa, ya te lo dije antes.

Alexis frunció el ceño y se soltó de la mano de él con rapidez.

¿Qué fue eso? No era el primer contacto entre ellos y, sin duda, destacaba del resto.

No alcanzaba a entender por qué.

Y no quería profundizar en el tema porque no tenía ninguna necesidad de hacerlo. Ella y Henry eran amigos, nada más.

Un hombre tan estupendo y comprensivo como él jamás se fijaría en alguien como ella por mucho que dijera que era una mujer atractiva. Grandiosa. Inteligente y humana.

La verdad era que ella era muy humana, demasiado, con lo que cometía errores a cada momento y el desorden, caos y desastres, como bien lo remarcó Beth, eran parte de su vida así que no, ella no parecía ser una mujer apta para Henry.

¿Por qué pensaba en esas cosas que no venían al caso? Además, no se sentía apta ni para Henry ni para nadie más, tuvo que aclarar el asunto en su mente porque empezó a sentirse confundida.

Henry se mantenía en silencio a su lado. Observaba las estrellas.

Siempre lo hacía cuando se sentaban en el jardín por las noches.

Extrañaría esos momentos cuando regresara a casa.

Tener a Bonnie cerca, los juegos de los gemelos cada día en su casa del árbol que les había quedado preciosa.

Sonrió con pesar.

—¿Alguna vez te he dicho que los desastres son divertidos?

Aquella pregunta tomó por sorpresa a Alexis y le hizo sonreír con sinceridad.

—No trates de ser amable.

—No lo soy, lo considero así. ¿De qué se trata la vida si no podemos vivirla con alegría? —Henry suspiró profundo—. Antes de que Jenny tuviera el accidente, éramos felices como pareja y como familia. Planificábamos el futuro, estábamos de acuerdo con las reglas para imponerle a Bonnie porque es nuestra responsabilidad educarla, éramos un equipo en todo. Y todo lo hacíamos con alegría, nos divertíamos cuando había que hacerlo y nos

sentíamos bendecidos de que la vida fuese tan imperfecta como para crearnos retos y superarlos riendo la mayor parte del tiempo. No te voy a negar que hubo días malos, claro que los hubo, los seres humanos no tenemos un carácter tan dócil como para vivir en una eterna felicidad sin sentirnos afectados por la preocupación u otras cosas negativas. El trabajo se interpuso muchas veces entre nosotros, tampoco puedo negarlo, ella lo entendía; sabía que la empresa era nuestra y necesitaba atención como si fuese un niño más —Henry suspiró con pesar—. Me sentí muy cabreado con Dios las primeras semanas por haberme arrebatado a Jenny de esa manera pero no me arrepiento de nada de lo que vivimos ni siento la necesidad de tenerla junto a mí de nuevo para poder reparar algo en lo que pude haberle fallado —hubo una pausa. Alexis no quería interrumpirle, le observaba con gran atención—. Vivimos siempre sin que nos importara un rábano lo que opinaban los demás de nosotros o lo mucho o poco que se nos criticaba nuestra forma de criar a Bonnie, que mi madre es especialista en eso.

—No lo dudo —respondió Alexis por lo bajo y ambos rieron.

—El punto está en que no puedes dejar que los sentimientos negativos que nos invaden como humanos que somos, se queden contigo para siempre. Como lo que te dije antes en el colegio, no puedes permitir que las palabras de Bethany te afecten cuando tú misma sabes que haces todo —Henry clavó la vista en sus ojos y la intensidad de aquella mirada hizo vibrar las fibras más recónditas de la mujer dejándola desconcertada—, todo, cuanto puedes por ser una madre maravillosa y una mujer admirable.

—Y eso nunca es suficiente.

—Nada lo será jamás, Alexis. Nada. Mira mi caso, todo el mundo cree que soy un inútil para mantener en orden la casa o cuidar de mi hija. Ya ni hablar con ese mito de que los hombres no podemos llevar la casa, cuidar a los niños y trabajar al mismo tiempo. ¿Quién dijo que esas tareas son solo para las mujeres? ¿Quién dice que un hombre, por ser hombre, no puede encargarse de todo con éxito. ¿Porque lo hacemos diferente a ustedes? ¿Porque somos más prácticos?

Alexis asintió porque entendía el punto de Henry y le parecía lógico su pensamiento. Los hombres, sin duda, eran mucho más prácticos y viscerales que las mujeres. Su capacidad de respuesta a la hora de resolver problemas era más rápida porque no involucraban los sentimientos, no sentían dudas, iban al grano y listo.

Sin embargo, eso podía traer problemas, como le ocurría a Henry con Bonnie, por ejemplo, que por no saber manejar esas emociones al momento de solucionar problemas o de tratar de entender lo que le ocurre a su hija lo que hacía era alejarla de él.

—Al final, nadie lo hace de manera perfecta. Cada quien tiene su propio método, creo.

—Exacto y tú, serías muy infeliz teniendo una vida de pantalla como la de Bethany. ¿No crees?

—Sí, eso creo aunque me gustaría tener la comodidad de su cuenta bancaria. No es fácil intentar mantener llenas las barrigas de tres niños sin que te corten la luz o el agua.

—Lo entiendo.

—Tú lo has hecho genial con Bonnie, Henry. Tanto en compañía de Jenny como sin ella.

—Y tú me has ayudado mucho en esto, Bonnie ha cambiado tanto desde que habla contigo.

—¿Puedo hacerte una confesión y no le dirás nada a ella?

Henry asintió con seriedad.

—El otro día, estando en su habitación, cuando me enseñó el vestido de Jenny que usaré mañana, me dijo que Jenny siempre sería su madre pero que yo sería su madre de repuesto —Henry no pudo contener las lágrimas en sus ojos. Salieron unas pocas que fueron suficientes para indicarle a Alexis lo emocionado que se sintió con esa confesión—. Es una chica grandiosa.

—Lo es —Henry se secó los ojos con el dorso de las manos—. Lo es. Jenny debe sentirse orgullosa de ella.

—Es buena porque ustedes le han enseñado eso, Henry. Conmigo eres bueno, paciente, no me cansaré de preguntarte por qué me sigues ayudando.

—Porque quiero, Alexis. Al principio lo hice porque te lo mereces, mereces un poco de gente buena en tu entorno y después de estas semanas que hemos pasado aquí, tan cerca... —Henry hizo un corto silencio que confundió de nuevo a Alexis. ¿Qué ocurría con sus emociones ese día?—: ayudándonos mutuamente, que ahora te ayudo porque así lo siento y quiero. No hay más motivos.

Alexis quiso abrazarle para agradecerle por todo aunque se contuvo por parecerle inapropiado. No quería que él malinterpretara sus gestos.

Aunque sabía que no era de esa clase de hombres, prefería no correr

riesgos.

—Entonces, ¿usarás el vestido rosa pálido?

Alexis asintió.

—Si no quieres que lo use, puedo...

Henry le colocó la mano encima de la suya y Alexis en ese momento, no fue capaz de rechazar el contacto.

—Quiero que lo uses. Te va a quedar perfecto, estoy seguro. Jenny no llegó a ponérselo nunca si lo que te preocupa es que pudiera ser su favorito.

—Gracias por decírmelo.

—Fue una oferta que consiguió a la que no pudo resistirse y bueno, nunca tuvo ocasión de usarlo. Y conociéndola, el vestido acabaría siendo donado porque ya estaba fuera de sus gustos y de la moda. Cosa de «compras en oferta para alguna ocasión» que solo ustedes entienden. Por fortuna, nuestros trajes son bastante clásicos. Floyd ya tiene el suyo, por cierto.

—Gracias también por lo que hiciste con Floyd y su traje.

—Lo iba a comprar pero se negó, debo decir que es tan necio como tú y conseguí que lo alquilara sin pedirte el dinero. Le dije que ayudara a sus hermanos a pintar la casa —señaló al árbol—, y que su paga sería el traje.

—Está bien que sepa a temprana edad lo que es trabajar para conseguir lo que quiere.

—Tú se lo demuestras cada día y él no para de decir lo orgulloso que se siente de ti. Me encanta verlo cuando le dice a los gemelos: «chicos a quedarse tranquilos porque mamá está cansada». Reconoce tu estado de ánimo con solo verte salir del coche. Es un chico asombroso y bueno.

—Me reconforta oírlo decir a alguien. Me ratifica que, aunque soy un desastre, lo hago bien.

—Porque les das amor, Alexis y eso, con los niños es la pieza fundamental. Los entiendes, los apoyas. Es normal que estés agotada y que la actitud de los gemelos te sobrepase, ¿crees que eres la única madre así?

Alexis sintió el nudo de nuevo cortándole la respiración y asintió con la cabeza.

—Pues que poco crees en ti misma. Eres una gran madre y tus hijos son la prueba de ello. Así que nunca más permitas que nadie, nadie, te diga lo contrario.

Sorpresivamente, las palabras de Henry tan dulces y dedicadas en ese tono tan especial, disolvieron sus ganas de llorar.

Sonrió.

—Eso está mejor.

Sonrió de nuevo.

—Mañana llega Cheryl, ¿no?

—¡Oh cierto! Le dije que la iría a buscar... —sacó su móvil del bolsillo —... llamaré a Bethany y decirle que no llegaré a la hora que ella espera al gimnasio.

—De ningún modo, quería librarme de ella y su yugo pero tú no puedes seguir sacrificando tu tiempo por mí. Yo iré al gimnasio y tú a buscar a Cheryl.

—¿Y tu trabajo?

—Me pedí el día libre porque sabía que me tomaría tiempo arreglarme y ayudar a Bonnie, quiero un día en paz. Aplicaré tu consejo de no dejar que me afecten sus palabras hacia mí.

—De eso nada, Bonnie lleva esperando con mucha ilusión hacerte las ondas californianas en la cabeza —Alexis soltó una carcajada al escucharlo decir eso y él le sonrió complacido de verla sonreír y disfrutar el momento—. ¿No son californianas, no? —Alexis negó aun riendo—. Bueno, da igual las ondas que sean, para mí son iguales, el caso es que nada de eso va a cambiar. Tú vas a tener tu día relajante y...

—Déjame buscar a Cheryl, voy con los gemelos y Bonnie y Floyd pueden quedarse en tu casa esperando. No debería tardar más de una hora.

—Hecho. Eso haremos. Por ningún motivo Bethany Malone va a fastidiar tu día y mucho menos, el de mi hija.

XII

Los gemelos entonaban una melodía que Cheryl les enseñó en el camino de regreso a casa.

Alexis la recogió en la estación tal como acordó con Henry la noche anterior.

Vio de reojo a la mujer de rostro redondo y cálida sonrisa que le animó a cantar a ella también.

Cosa que se le daba fatal pero qué más daba.

Sus niños se divertían y le gustaba hacerles pasar un buen rato.

Al llegar frente a la casa, Alexis aparcó el coche en la zona libre frente al garaje de la propiedad que ocupaba en ese momento y se percató de que frente a la casa de Henry, estaba el coche de la madre de este.

Se preocupó en el momento pensando en que a Floyd y Bonnie pudo haberles pasado algo.

—¿Te importaría dejarles salir del coche, Cheryl? —preguntó a la mujer mientras señalaba a los gemelos—, Henry no mencionó nada de la visita de la Sra. Price y al estar los mayores solos me preocupa que...

Cheryl le hizo un movimiento de mano para que fuera tranquila y no se preocupara por los gemelos.

Alexis aceleró el paso cruzando, con rapidez, el jardín que separaba ambas propiedades.

Abrió la puerta sin anunciarse porque no le pareció necesario.

La Sra. Price estaba perfectamente sentada en el sillón orejero que estaba a un lado del sofá de dos plazas en el salón. Floyd y Bonnie estaban sentados frente a ella como si estuvieran frente a un general. Rectos, con las manos en el regazo y con cara de espanto.

Por su parte, la Sra. Price observó a Alexis con cara de pocos amigos.

No, mejor dicho, con la misma cara de reprobación que Bethany solía dedicarle cada día.

—Buenos días.

—No sé qué tienen de buenos.

—¿Ocurrió algo, Sra.?

Alexis era educada ante todo.

O por lo menos hasta que le durara la paciencia.

—Lo que ocurre aquí es que no es justificable que dos niños se queden solos.

Bueno, no podía reprocharle nada, tenía razón. Era un acto irresponsable.

Se quedó en silencio porque también sabía reconocer cuándo los demás tenían razón a pesar de que no estuviesen comunicándose de la mejor manera.

—¿Y si les hubiese pasado algo?

—Pero no pasó, abuela, no somos unos...

—No me vuelvas a interrumpir, jovencita.

—¡Buenos días! —Cheryl entró apartando un poco a Alexis que se había quedado en la puerta y los gemelos le siguieron cargando unas pequeñas bolsas que Cheryl les encomendó como tarea. Las dejaron en la cocina y volvieron al salón—. Debra, cariño, ¿cómo estás? —se acercó a la mujer para darle un cálido abrazo y esta rápidamente le colocó las manos en los hombros para que Cheryl no se acercara tanto. Cheryl sonreía divertida y a Alexis le pareció que se lo hacía a propósito a la Sra. Price—. ¿Qué ocurre? —Bonnie se levantó y abrazó a su abuela materna, luego Floyd la imitó.

Cheryl se acomodó entre los niños.

Los gemelos se le subieron encima de inmediato y ella estaba encantada de tenerles uno en cada pierna.

—Ha sido una gran irresponsabilidad dejarles solos en casa para ir a recogerte —Debra Price señaló a los preadolescentes.

—Bueno, tampoco es para tanto. Mis niños son muy responsables ¿cierto?

Todos asintieron sonriendo y Debra parecía que iba a estallar de la rabia.

—Tiene razón la Sra. Price —acotó Alexis y esta la vio con altivez—. Aunque no parece gran cosa, Henry y yo no debimos estar de acuerdo en esto.

—¿Es que Henry lo sabe?

—¿Y crees que ella va a tomarse el atrevimiento de decidir sobre Bonnie? —Cheryl pasó de las sonrisas de cortesía a la molestia absoluta—. Quizá no conozcas bien a Alexis, estoy segura de que jamás se tomaría atrevimientos de ese tipo.

—Es algo que no pienso discutir contigo Cheryl, ya sabes que tú y yo nunca estamos de acuerdo en nada —le sonrió con sarcasmo y elevó una ceja al cielo—. Además, supongo que a ella la conoces tanto como puedo conocerla yo —Cheryl intentó decir algo y Debra le cortó inmediatamente levantando la mano y negando con la cabeza para luego ver con agría mirada a Alexis—: He venido para que hablemos de algo importante. A solas.

Alexis abrió los ojos por la sorpresa y se sintió dominada por la mujer.

—Me quedaré con los niños, vamos a preparar pie de manzana.

El anuncio de Cheryl hizo que todos los niños gritaran de felicidad y corrieran a la cocina.

—Sigue habiendo mucha gente a nuestro al rededor. ¿Te importa que vayamos a la casa vecina?

Alexis negó con la cabeza y le indicó a Cheryl que se irían a su casa.

Caminaron en silencio.

Alexis abrió la puerta y recordó que esa mañana no había lavado los trastes del desayuno y que no limpió la mesa tampoco. No le dio tiempo, era eso o llevarse a los gemelos sin desayuno y lo segundo no era buena idea.

Tenía tres días sin barrer y rezó para que Debra no pidiera usar el baño porque no sabía si los niños habían recogido la ropa sucia que siempre dejaban en el suelo y que ella amenazaba con echar al bote de la basura la siguiente vez que repitieran la acción.

Siempre decía lo mismo y nunca tiraba nada a la basura, no podía permitirse ese lujo por la falta de dinero ya que los niños se quedarían sin ropa teniendo en cuenta que era una mala práctica diaria.

También podía ser que los niños tomaran consciencia con una sola vez que cumpliera su palabra pero ella no tenía la fuerza de ver qué ocurría si tomaba acción.

—Le ofrezco algo para beber. ¿Un café?

La Sra. Price observó con ironía la cocina en desorden y la mesa sucia.

—¿Te quedan tazas limpias? —observó a su alrededor con asco y prefirió mantenerse de pie. Alexis sintió rabia por su comentario. Sí, había cosas sucias en el fregadero pero tampoco para ser exagerados—. De todas maneras, no es una visita de cortesía —aclaró después de su inspección y la vio directo a los ojos—: vengo a exigirte que salgas de la vida de mis hijos.

Alexis dejó ver la duda en su rostro. La mirada de esa mujer era fría, dura e impositiva.

—No me digas que no tienes ni idea de lo que te hablo, conozco a las mujeres de tu clase que en cuanto ven a un buen hombre quieren aprovecharse de él y creo que ya te has aprovechado de más de Henry —se cruzó de brazos—. Y me imagino que como él está aún muy enamorado de Jenny, que dios la tenga en su gloria, no te hace caso; por ello decidiste seducir a Finn. ¿No?

¡Dios santo! Esa mujer parecía la madre de Bethany Malone.

¿Por qué le tocaban a ella esas mujeres?

¿Qué tenía que aprender de ellas?

Alexis sentía que las manos empezaban a temblarle de la rabia.

—Creo que usted está muy confundida, Sra.

—No te atrevas a llamarme mentirosa. Oportunista. Yo sé muy bien de lo que te estoy hablando porque soy la madre de los hombres con los que juegas y sé muy bien lo que les pasa por la cabeza. Una madre conoce a fondo a sus hijos —su mirada no dejaba de ser despectiva—. Claro, no sé si tú tienes claro el concepto de maternidad porque ya veo que no eres una madre ejemplar, tal vez tus hijos fueron errores en tu vida y...

—Lárguese ahora mismo —Alexis sentía que le faltaba la respiración y que la orejas se le calentaron de más. La Sra. Price abrió los ojos con sorpresa y luego sonrió de lado con malicia.

—La verdad duele, Alexis, y por eso no soportas que la gente te lo diga en tu cara. Somos muy diferentes, yo estoy dispuesta a hacer lo que sea con tal de cuidar de mis hijos. Así que espero que esta conversación te quede como una advertencia. Vete de aquí cuanto antes y no vuelvas a verlos nunca más. ¿Está claro?

—No se lo voy a pedir tan calmada la próxima vez —Alexis levantó el brazo extendiéndolo hacia la puerta y la vio a los ojos mientras entre dientes repetía—: Largo.

La Sra. Price salió de la propiedad a paso decidido. Alexis se derrumbó en la soledad de su salón.

Se llevó las manos a la cara y no pudo resistir las ganas de llorar que reprimía desde hacía tanto.

¿Por qué Debra Price la trataba de esa manera? ¿Por qué la insultó como lo hizo?

Ella no estaba jugando con nadie y no era una oportunista.

Una presión se le instaló en el pecho, todo debido a la rabia.

Ella era una buena madre, ¿Cómo podía demostrárselo a las demás?
¿Cómo podía hacer que dejaran de señalarla y de acusarla de ser mala madre con sus hijos?

Empezaron a aflorar todos los sentimientos encontrados que la maternidad sembró en ella. La maldita culpa por no poder darles mejores cosas a sus hijos, la rabia de que otras mujeres la trataran con tanta crueldad por no llevar su vida como un estúpido robot.

Esa mañana, cuando se despertó pensó en que tenía por delante un día que sería especial, maravilloso, único.

Compartiría un momento divertido con su hijo mayor y con Bonnie a quien tenía gran cariño.

Se podría vestir especial.

Ese único día, quizá en toda su vida, que podía darse ese lujo, pero no.

Su ánimo quedó totalmente apagado después de ese encuentro con Debra.

Ese día ya no sería lo que ella se imaginó y tuvo el presentimiento de que, a partir de ese momento, todo empeoraría.

Unas horas más tarde, cuando Alexis terminaba de recoger el desorden de la casa y no quedaban rastros de suciedad en la cocina, alguien llamó a su puerta con timidez.

Cuando abrió, se encontró con la mirada compasiva de Cheryl.

Y sus fosas nasales se expandieron ante el delicioso aroma del *pie* de manzana que la mujer horneara.

—Nada es más reconfortante que comer *pie* de manzana cuando algo no ha ido bien.

Cheryl le sonrió y Alexis no pudo evitar sentir el cariño que la mujer quería otorgarle. Era sincero.

La dejó entrar y se sentaron en la barra que separaba la cocina del salón comedor.

Alexis sacó platos, cubiertos y preparó café.

Después de servirse un trozo y atender a su visita como correspondía, ella se sentó a degustar el dulce que desde el plato la seducía.

Estaba delicioso. Suave en el interior ligeramente crocante la galleta y el sabor de la canela, le mejoró el ánimo.

Cheryl se negó a comer más *pie* explicándole que comió demasiado con los niños que, ahora, estaban en casa de Henry. Floyd y Bonnie jugaban al *Monopolio* en el salón mientras vigilaban a los gemelos que, con la barriga llena, se quedaron dormidos allí.

—Espero que no venga justo ahora la Sra. Price porque creo que no voy a soportar otra más de sus palabras venenosas.

Cheryl bufó y sonrió divertida.

—Eres demasiado buena, cariño. Es una víbora para que le llames Sra.

—Es la madre de Henry, no puedo llamarla de otra manera.

Cheryl dejó su taza sobre el granito blanco con gris de la barra y la vio con suspicacia.

—¿Por qué todos piensan que entre nosotros hay algo? —preguntó Alexis con la mirada clavada en el plato.

—Porque Henry es un hombre bueno y maravilloso, le gusta ayudar a quien lo necesite. Siempre ha sido así. Sin embargo, nunca demostró tantas ganas de ayudar a alguien como a ti. Tanto interés, mejor dicho.

—Pues no hay nada.

—Muy bien, te creo. Debra te insultó, me imagino.

—Parece que la conoces bien.

—¡Ja! Mi pobre niña le aguantó muchas cosas. Después aprendió a que sus palabras o acciones no tenían por qué afectarle y desde ese momento, empezó a llevarse mejor con Debra.

—Henry me aconsejó lo mismo hace unos días pero con otra mujer en la escuela a de los niños.

—Siempre me he enfadado por cómo somos las mujeres entre nosotras mismas en cuanto a ser madres se refiere. Somos tan injustas. Siempre vamos criticando que si esta lo hace mal, que si aquella es muy estricta, que si a esta los hijos le saldrán vándalos si sigue consintiéndolos, y así con todo —suspiró y tomó un sorbo de su café—. Si pudiéramos entender que no hay una fórmula perfecta para ser los padres perfectos. No la hay. Todos cometemos errores y eventualmente, a todos, los hijos nos reclaman cosas que creemos haber hecho genial y resulta que no fue así.

—Me dijo que se notaba a leguas que mis hijos habían sido un error en mi vida —Cheryl enrojeció de rabia cuando vio a Alexis a los ojos y entendió que estuvo llorando por mucho rato—. ¿Tú lo crees así?

—¿Te parece que puedo creer algo así de ti y de esos niños maravillosos

que tienes?

Alexis negó con la cabeza.

—Yo siento que lo hago lo mejor que puedo, ¿Debo hacer algo más Cheryl? ¿Qué me falta para ser una madre perfecta?

—Nada, cielo —la mujer le agarró las manos y la vio a los ojos con tanto positivismo y dulzura que Alexis deseó haber tenido una madre como ella. Jenny había sido muy afortunada—. Eres perfecta para ellos y eso es lo que importa. Tu historia es muy valiosa, Alexis, y tus hijos valoran cada cosa que hacen por ellos. Sienten el amor que les das y eso es lo más importante. El amor y la atención que les das a los niños. No te sientas mal por lo que te digan las víboras, no te das cuenta de que esas mujeres no son felices?

—Yo, a veces, he deseado tener un poco de las comodidades que ellas tienen.

—¿Y cuánto estás dispuesta a pagar por ello? porque ya te digo yo que ellas no son felices. Ahí tienes a Debra. Una mujer dura que desconoce lo que es la comprensión y el amor a los hijos. Con un marido que es un monigote porque le tiene pánico; o el pobre, por no pelear con ella a cada momento, habrá decidido convertirse en su monigote, no lo tengo claro —negó con la cabeza—. Una madre que siempre mancilla el éxito y la personalidad de uno de sus hijos para salvar al otro que lo que se merece es una pescozada y echarlo de casa para que escarmiente.

Alexis por poco escupe el primer bocado de su segundo trozo de *pie* de manzana.

—Creo que estás cayendo en el error de siempre de criticar las maneras de otras madres.

Cheryl resopló de nuevo, sonriendo.

—Eso lo dejamos para las que tienen a los niños menores de dieciocho años. Cuando tus hijos son mayores de 30 ya puedo criticar lo que quiera porque es obvio que le estás haciendo un inmenso daño a uno, convirtiéndolo en un parásito; y al otro, por no darle jamás una palabra de aliento o de cariño por lo bien que ha hecho las cosas.

Hubo un silencio ente ellas.

—Cuando Henry se entere de esto, le va a dar algo.

—No se lo menciones, por favor.

—Los niños lo harán. Bonnie, lo hará.

Alexis se desinfló.

—Está salvándome de tener que pasar una mala mañana bajo el mando de Bethany —la vio a los ojos recordando lo que le había dicho antes la mujer sobre Henry. ¿Entonces ella le gustaba a él? No podía ser. Cheryl pareció leer sus pensamientos y sonrió de nuevo con esa dulzura que hacía quedar insípido al pie—. No quiero que lo pase él mal pensando en que su madre me habló de manera muy cruel esta mañana.

Cheryl le dio golpecitos en las manos.

—Hablaré con los niños, harán lo que les diga —le guiñó un ojo—. Les ofreceré postre de chocolate para mañana al mediodía y no podrán negarse.

—Gracias.

—Dime por favor que echaste a Debra de aquí.

—Dos veces.

—Muy bien hecho. Ahora sabrá que contigo no puede meterse.

—Espero que le haya quedado claro que no quiero nada con Henry —vio a los ojos de nuevo a Cheryl intentando transmitirle seguridad pero no supo por qué falló teniendo que desviar la mirada tan pronto como dijo—: es mi mejor amigo.

Cheryl sonrió con picardía.

Alexis se preguntó qué se estaba perdiendo porque no entendía de dónde venían las suposiciones de la mujer que tenía frente a ella.

—¿Y qué me dices de Finn?

—Bueno, es muy atractivo.

—Lo sé, soy mujer y noto esa sonrisita socarrona que derrite glaciares, te recuerdo que es un inútil.

—Ya Henry me lo ha dicho muchas veces.

—¿No me digas? —la ironía resaltaba—. ¿Cómo así?

—Me advirtió de que su hermano no me buscaría para algo en serio.

Cheryl dejó salir una carcajada ahogada.

—Por supuesto que te lo dijo.

—Tampoco tengo nada con Finn ni pienso tenerlo. Por respeto a Henry.

—No esperaba menos de la situación, cariño —volvió a sonreírle de manera divertida—. Bueno, deberíamos empezar a prepararlas a ustedes para que tengan una noche preciosa en el baile.

Alexis sonrió a medias.

—Creo que mis ganas se esfumaron.

—Nada de eso, ahora mismo vas a llenar la tina con las sales que Bonnie

me dijo que te obsequió y después nos llamas para que las chicas nos instalemos aquí. Ambas quedarán guapísimas. Yo me encargaré de los niños en tanto y Henry, cuando llegue, se quedará con los chicos. Me envió un mensaje diciendo que llegaría cerca de las 4 p.m. Así que manos a la obra, querida, que hay mucho por hacer.

Henry se quedó sin palabras cuando vio a su niña atravesar la puerta de la casa.

Estaba seguro de que había sentido esa emoción que sentían las mujeres en las bodas y estuvo a punto de ponerse a llorar en cuanto la vio.

No tenía palabras para describir lo hermosa que se veía en ese vestido que compró junto a Alexis a quien debía agradecerle mil veces ese cambio tan positivo en su hija.

Ya no pasaba tanto tiempo encerrada en su habitación, conversaba más con él y no se molestaba cuando le hacía preguntas que, para él, eran normales.

Solo quería acercarse a ella y dejarle saber que siempre podía contar con él sin importar qué tan grave fuese lo que le estuviese ocurriendo.

Alexis se lo hizo ver, no sabía cómo y tampoco deseaba que se lo contara, se conformaba con los resultados que veía y los abrazos que recibía de su hija.

Como ese que ahora le daba.

—Estás preciosa.

Floyd asintió chocando con ella los puños.

—También tú estás muy guapo —Floyd le sonrió con cariño.

—Gracias.

—¿Y yo?

—Ay, papá, sí —le acomodó el cuello de la camisa—. Tú también lo estás.

—¿Me concederás un baile?

—Bueno, podría ser, cuando el tío Finn esté bailando con Alexis.

Henry no pudo evitar sentir la punzada en el estómago al escuchar que Alexis bailarían con Finn.

Vaya noche.

Bonnie sonrió ante la reacción de su padre. Ella y su abuela Cheryl tuvieron una conversación reciente cuando la llamó para preguntarle si estaba de acuerdo con que le cediera un vestido de Jenny a Alexis para que asistiera al baile.

Bonnie era joven, no tonta y tenía tiempo percibiendo que a su padre le gustaba Alexis.

Hacía unos días habría pensado que a Alexis le gustaba su tío Finn y hasta pensó en hacer de celestina con ellos pero después de mucho pensarlo y de encontrar más momentos incómodos entre Alexis y su padre que entre Alexis y Finn, entendió que las cosas no iban por donde ella creía.

Su abuela Cheryl la animó a hacer lo que creyera conveniente en todos los sentidos, con el vestido y con lo que creía que haría feliz a su padre diciéndole que ella era una joven muy inteligente que se daba cuenta de cosas que otros no, así que debía usarlo a favor.

Y esa misma tarde, cuando Cheryl regresó de conversar con Alexis seguramente debido a la conversación que tuvo con su abuela paterna y por la cual comerían pastel de chocolate al día siguiente, Cheryl le aseguró que Alexis sentía algo por Henry solo que se negaba a admitirlo.

Su abuela era tan perceptiva como ella así que no podía estar equivocada.

—En dónde está Alexis que...

—¿Listos? —Alexis le interrumpió en ese momento haciendo una aparición que dejó sin respiración a Henry.

Lo dejó mudo y tonto.

Tenía las manos en los bolsillos de su pantalón y sacó una para llevársela al pecho porque esa mujer en la puerta le hizo sentir una explosión en su interior que no comprendía que había podido ser.

¿Le estaría dando un infarto?

Y ella era un ángel.

Sí, eso era.

Le sonrió y la vida entera pareció resplandecer a su alrededor.

—¡Mamá! ¡Estás impresionante! —Floyd fue el primero en decir algo y se lo agradeció porque él aun no podía coordinar un maldito pensamiento en su cerebro.

Estaba en blanco.

Ella se acercó a su hijo, con las mejillas coloradas por la impresión que causaba en los presentes y al llegar a su lado, lo vio con disimulo evadiendo

su mirada cuando sus ojos encontraron los de él.

¡Guao!

Eso era lo único que el cerebro de Henry sacaba para decir.

Y lo dijo:

—¡Guao! —ella abrazaba a Floyd, le arregló un poco el cabello porque le despeinó en el abrazo.

Los gemelos, que llevaban ya puesto el pijama, la tomaron por sorpresa uno en cada pierna abrazándole con fuerza.

—Estás guapísima, mami, pareces una reina.

—Quiero que seas mi novia —Toby la vio con ojos soñadores y ella se derritió ante su petición.

¿Podría derretirse de igual manera si Henry lo mencionaba?

Lo de ser su novia.

¿Querría ella serlo?

—Guao.

—Te dije que ibas a dejarlo sin palabras —Bonnie bromeó con Alexis.

La mujer se dio la vuelta observando con diversión a Henry que no quería ni imaginar la cara de idiota que tendría en ese momento y que no había nada que pudiera hacer para cambiarla porque parecía que no tenía forma de hacerlo.

—¿Estás bien o te dio algo en el cerebro? —le preguntó ella con las manos en las caderas.

Él la vio de la cabeza a los pies.

Dios, estaba hermosa.

El vestido se ajustaba a ella tan perfecto que parecía haber sido fabricado solo para ella.

Quiso retractarse en ese pensamiento porque algo le recordó a Jenny, quizá el hecho de que su difunta esposa comprara ese vestido que ahora llevaba puesto la mujer que le gustaba.

Era todo muy extraño pero no se retractó en sus pensamientos.

No podía hacerlo. Sus emociones en ese momento eran tan profundas y reales que no quería deshacerse de ellas.

Además, algo le decía que Jenny estaba de acuerdo con él y con sus emociones.

El corpiño se ajustaba al torso de Alexis con elegancia y majestuosidad dejando un escote sugerente y voluminoso a su vista que le hacía agua la

boca.

Un maquillaje ligero, las ondas californianas —o cómo diablos se llamaran— y esas caderas que al balancearse, hacían ondear el vestido de forma tan sensual que Henry sentía que iba a enloquecer en ese mismo momento.

Hermosa.

Sensual.

Una mujer en toda su extensión.

—Papá ya para que nos estás preocupando en serio. ¿Estás bien?

Se dio un par de bofetadas mentales para reaccionar y comportarse como el hombre que era.

—Sí —parpadeó viendo a Alexis que le sonreía. Esa sonrisa era única y sus ojos eran tan expresivos y maravillosos.

Henry se sintió perdido.

¿Ya podría declararlo oficialmente?

Le gustaba Alexis más de lo que creía.

¿Estaba seguro que podría aguantar el tiempo suficiente para que ella no saliera despavorida?

—Bueno, si estás bien, entonces mejor nos ponemos en marcha porque Bethany nos está esperando; Finn me acaba de avisar.

Henry frunció el ceño a más no poder.

Un gruñido se escapó de su garganta.

¡Estúpido Finn!

Tenía que encontrar la forma de apartarlo de la vida de Alexis.

Y debía empezar esa misma noche.

No esperaría más.

No estaba dispuesto a dejarla escapar.

Apenas entraron en el gimnasio, Beth les hizo señales a Henry y a Alexis para que fueran a ayudarlo en la mesa de alimentos y bebidas. Otras madres estaban en el recinto ayudando con los toques finales para la decoración.

Bethany apenas miró a Henry y no le dedicó más palabras que la del saludo.

El mismo que le dio a ella.

Alexis se preguntó qué habría pasado para que la mujer cambiara de

actitud.

Finn, desde su puesto, sobre una tarima que su hermano elaboró con listones de madera reciclada, estaba vestido con un traje oscuro, camisa blanca, no llevaba corbata. Llevaba los audífonos puestos, le saludó con una mano y esa sonrisa desestabilizante mientras Floyd y Bonnie, cada uno a cada lado del hombre, se mostraban curiosos por saber cómo hacía su magia con la música que al momento sonaba muy bien.

Alexis se percató de que Henry estudiaba cada uno de sus movimientos. En realidad, empezó a darse cuenta de que esa noche la veía diferente.

Ella se sentía diferente a pesar del encuentro con Debra, logró reponerse siguiendo el consejo de Cheryl de meterse en la tina con sales de baño y ahí estuvo un rato, cuando se sintió libre de la carga negativa que la invadió horas antes, salió de la tina y se consintió en su habitación encendiendo la vela que Bonnie le regaló también y que según le explicó, tenía un efecto relajante.

No sabía si fue la vela, la crema corporal o la ilusión de tener un día diferente con la que se levantó ese día pero en algún momento consiguió calmarse y olvidar todo lo malo acontecido.

Lo que le permitió divertirse junto a Bonnie y Cheryl mientras se embellecían para la ocasión.

Bonnie bromeó con ella varias veces el hecho de que dejaría a Henry sin habla cuando la viera vestida así y maquillada, el pelo hecho, en tacones.

No lo culpaba, a ella misma le costó reconocerse cuando se vio en el espejo.

Sin embargo, la reacción de él, que la esperaba y se le hacía de lo más normal debido a que no era común verle a ella ese aspecto, le sorprendió.

El hombre se quedó mudo.

Algo ocurrió en su cerebro porque desde que la vio entrar a su casa, no dijo nada más, y no dejaba de verla. Su mirada parecía decirle algo a Alexis que ella se negaba a entender.

No quería aceptar que Henry podía sentirse atraído por ella.

No.

Eran muy buenos amigos. Nada más.

Las cosas se complicarían y no quería perder su amistad.

Negó con la cabeza para sacudir sus pensamientos o porque no quería pensar en eso en ese preciso momento.

Empezó a destapar los alimentos para que estuvieran listos en cuando empezaran a aparecer los asistentes al evento.

Bethany se acercó a ellos:

—Henry, por favor, ¿podrías venir a ayudarme un momento?

Henry asintió y Alexis no los perdió de vista. Bethany estaba muy rara esa noche. Parecía nerviosa y mantenía poco contacto con Henry. Ya ni hablar de que a ella a penas la vio también.

Era demasiado extraño que no le dijera nada hiriente o que la viera con reprobación como siempre lo hacía.

Dejó a Henry en la escalera arreglando uno de los listones decorativos que se había descolgado y luego fue a conversar con otro grupo de madres que parecían haber concluido sus tareas.

Pero no reía ni veía con desprecio o hipocresía a los demás.

¿Qué ocurría con ella?

Henry regresó junto a Alexis y esta le sonrió con alegría.

—Parece que ya no eres digno de la atención de Bethany.

Henry resopló ayudando a Alexis con los alimentos.

—Es que las cosas no salieron bien para ella hoy y supongo que por eso soy persona no grata.

Alexis lo vio con asombro.

—¿Qué hiciste?

—Bueno, digamos que no respondí como quería a sus objetivos de seducción.

Alexis abrió los ojos en grande y dejó escapar una exclamación de real asombro.

¡Bethany Malone! ¡La perfecta Beth seduciendo a un hombre que no era su marido!

¿Quéééééé? Era algo digno de revista de chismes.

—Por favor, Henry, tienes que contarme más.

Henry soltó una carcajada sutil porque no quería llamar la atención.

—No debería hablar de estas cosas, soy un caballero.

—Bueno, yo no soy corresponsal de chismes del *Jet set* así que cálmate y cuenta

Ambos rieron.

Él negó con la cabeza viendo a Alexis con un brillo tan auténtico y hermoso que sintió cómo cada fibra de su cuerpo se erizaba.

«¿Qué fue eso?» se preguntó y luego se dijo que se dejara de tonterías.

—Pues verás, hoy en la mañana estábamos solos aquí y provocó algunas acciones que nos acercaron demasiado como para que quisiera alcanzar mi boca —Alexis abrió los ojos y esbozó una sonrisa—. Por supuesto, tuve que detener sus impulsos porque no estoy dispuesto a involucrarme con una mujer casada. Además, ella no me atrae en lo más mínimo.

Alexis sintió un repentino alivio, de nuevo, sin saber por qué.

—Y desde ese momento —continuó Henry—, me aplica el látigo de la indiferencia que tú conoces muy bien.

—Pobre, podemos lamernos las heridas juntos cuando quieras —La mirada vivaz y achispada de Henry tras su comentario le hizo darse cuenta del doble sentido que podían tener aquellas palabras—. En fin... —los nervios de Alexis salieron a dominar su sistema y ella sintió que era el momento perfecto de empezar a retirarse de allí porque no quería más confusiones entre ella y Henry—. Voy a conversar con Finn un rato.

Percibió el cambio de humor en Henry y quiso decirle que no habría de qué preocuparse y entonces se dio cuenta de muchas cosas que alteraron aún más sus nervios.

Henry no debía preocuparse por Finn porque ella no tendría nada con él, no porque fuese hermano de Henry aunque era razón de peso, no.

La verdad, la cual vio en ese preciso momento, era que ni Finn ni ningún otro hombre tenía cabida en su vida porque Henry lo llenaba todo.

Todo.

Y aquello la aterró más que cuando le dijeron que tendría gemelos.

Mucho más.

Finn agradeció tener el poder de bloquearse ante lo que no le apetecía escuchar porque desde que Alexis se acercó a él no paró de hablar de manera descontrolada. No se había tomado un respiro y reía de forma que le producía un poco de temor.

No sabía exactamente de qué hablaba aunque, en alguna ocasión que puso atención, la mujer estaba mencionando algo sobre su pasado, sus fastidiosos niños que a él poco le importaban.

Su vida como madre, lo injusta que era la maternidad con las mujeres.

Cosas así salían de su boca y Finn se bloqueó porque no le interesaba saber nada de ella.

Solo pensaba en la rabia que pasó en cuanto entró al gimnasio y se encontró a solas con Beth.

Lo rechazó y eso le iba a costar mucho perdonárselo. Se suponía que era su amante, al que no podía resistírsele.

Ella se escudó tras la clásica excusa de que alguien podía verlos y se alejó sin más.

No sin antes decirle que había accedido a la petición de Henry, por ser Henry, a pesar de que ella seguía disgustada por haber aceptado la descabellada idea de su sobrina de que él fuera el dj del baile.

«En qué diablos pensabas?» le preguntó en susurros que habrían sido gritos de estar a solas en la propiedad de los Malone. La casa de invitados, el lugar de sus encuentros pasionales, no estaba al lado de la casa principal más estaba convencido de que los gritos de rabia y desespero de Beth se habrían escuchado.

Estaba furiosa y Finn intentó calmarla como sabía hacerlo pero ella, se puso peor al notar que Finn buscaba seducirla y tener sexo esa noche.

Lo dejó allí, sin más, y desde entonces no le respondía las llamadas y cuando él debía ir a cuidar del jardín, ella lo evadía por completo.

Así que esa noche, después de rechazarle en el gimnasio, Finn estaba cabreado y quería darle una lección.

Buscaría la forma de tontear toda la noche con Alexis y la besaría allí, frente a todos, después le diría a Beth que podía dejarla por Alexis.

Sonrió con malicia y diversión imaginando la ira de Beth y lo mucho que gozarían del sexo luego porque ella no se resistiría a tener competencia.

Debía entonces soportar a Alexis que normalmente era una mujer agradable, no esa noche.

—Jamás me habría imaginado que Bethany Malone fuese capaz de engañar a su marido.

Finn paró en seco sus pensamientos y volvió al ahora para poner atención porque no entendió a qué venía el comentario de Alexis. ¿Sabía los de ellos?

—Disculpa, mujer hermosa, es que me tienes atontado hoy con lo guapa que estás —Alexis entrecerró los ojos y el guiño uno de los suyos de forma provocativa sabiendo que ninguna mujer se resistía a eso. Alexis se sonrojó y él se sintió muy cerca de su meta de esa noche—. No escuché bien lo de

Bethany. ¿Engaña al marido?

—Bueno, no sé si lo engaña pero estuvo a punto de hacerlo con Henry. ¿Puedes creerlo?

Finn sintió un pitido en los oídos y su visión quedó nublada por unos segundos gracias a la rabia intensa que sintió en el interior de su ser.

«Puedes creerlo, Finn?» se preguntó.

En ese momento, Bethany tuvo un contacto visual con él y la mujer le esquivó la mirada llena de nervios.

Asintió. Claro que podía creerlo, si Henry siempre le arrebatava lo que quería.

Siempre era el mejor.

Apretó los puños en el interior de su pantalón y también hizo presión en su mandíbula para contener la ira de alguna manera.

Quería gritar y moler a palos a su hermano.

Estaba harto de él.

Entonces sintió una punzada en el pecho y supo que ese intento de traición por parte de Beth, después de que ella le jurara que no ocurriría algo así, le dolía profundamente y no sabía si iba a poder perdonarle.

Lo que estaba más seguro que nunca es que esa noche, Alexis sería el medio para llevar a cabo una verdadera venganza.

Una que le doliera en el ego a Beth y que torturara a su hermano.

Metería en su cama a Alexis y dejaría en claro sus intenciones antes de que acabara la noche.

XIII

Alexis sentía que era una princesa esa noche.

Sabía que rayaba en lo ridículo porque era una fiesta de colegio pero la verdad era que nunca antes se había permitido disfrutar una noche en la que no estaba cuidando de los gemelos, y su hijo mayor se divertía con un grupo de chicos y chicas de su salón de clase.

La tensión entre la hija de Beth y Bonnie parecía haber desaparecido. No eran las mejores amigas del mundo aunque, al parecer, se hablaban de manera cordial.

Lo mismo pensó cuando el sobrino de Bethany y su hijo Floyd se saludaron con un ligero asentimiento de cabeza que le venía muy bien al estilo de Gregory Malone, no a su hijo. Aparentaba una rudeza que no poseía y eso la llenó de gracia en ese momento.

Le gustó darse cuenta de que por ese año, las diferencias se limaban entre los chicos.

Bethany no dejó de verla con odio en toda la velada y entendió que, entre los adultos, específicamente entre ellas, nada cambiaría esa noche.

Y probablemente nada cambiaría en los próximos años que seguirían viéndose en la escuela.

Qué más daba.

Arrastrarían los odios para el siguiente año escolar. Por fortuna, el verano era de varias semanas así podría descansar de ella y su amarga expresión en el rostro.

Finn la hizo dar un giro que la tomó por sorpresa mientras bailaban.

Y le hizo quedar tan cerca de él que empezó a sentir su propia respiración entrecortada.

Podía sentir el cálido aliento de Finn tan cerca que le produjo algunas nauseas porque apestaba a tabaco.

Alexis quiso zafarse del apretón que las manos de Finn estaban causando en su espalda para mantenerla con firmeza junto a él.

—He esperado tanto por esto —le dijo en un susurro que quizá, en otro

momento, a solas, con un aliento limpio, le habría gustado y habría disfrutado pero no ese momento.

No le dio tiempo de reacción porque para cuando se dio cuenta, Finn ya tenía una mano en su cuello atrayéndola por completo a él y la besó.

Ella quiso soltarse porque sintió el estómago revuelto.

Temió que pudiera devolver allí mismo lo que había ingerido más temprano en la fiesta, sin embargo, Finn lo tomó como una expresión de que ella se sentía avergonzada por ser besada frente a tanta gente.

El hombre pensó que debía que un nuevo beso sumado a una caricia en su espalda la relajaría y le permitiría llegar a donde él quería.

Alexis entendió muy bien lo que quería.

Entonces ella intentó pronunciar alguna palabra; mas Finn insistió, aprovechando su intento de habla para acceder con su lengua al interior de la boca de la mujer haciendo que las arcadas se hicieran reales y tuviera que empujarle con prisa para correr al baño.

No sin antes darse cuenta de que Henry retiraba la vista de ellos, cabizbajo y negaba con la cabeza.

Alexis sintió como si le estuviesen dando un golpe en la boca del estómago al ver a Henry reaccionar de esa manera.

Ella le prometió que nada iba a pasar con Finn y falló a su...

La boca se le llenó de saliva y el estómago se le contrajo de tal manera que tuvo que correr como si la persiguiera la misma muerte.

Llegó al baño a tiempo para devolver lo ingerido en el váter.

Cuando se sintió recompuesta físicamente, porque emocionalmente no sabía cómo diablos sentirse, abrió la puerta del cubículo en el que estaba y se encontró con Bethany cruzada de brazos viéndola como si fuera escoria.

—¿Eres feliz acostándote con los dos? —la mirada de Beth reflejaba odio puro.

Alexis volvió los ojos al cielo. No podía creerse que todo el mundo pensara que ella se acostaba con los hermanos Price.

Se enjuagó la boca aunque pensó que debía vomitar de nuevo pero encima de Beth, para vengarse por lo cretina que era con ella.

Su juicio le recordó que era mejor persona que Bethany.

La ignoró y Bethany, movida por el odio y la rabia, le dio un tirón de pelo que Alexis no le perdonó.

Se dio cuenta de que ahí estaba su límite, hacía acto de presencia en el

mejor momento porque estaba harta de Bethany y de todas las mujeres que se atrevían a juzgarla por la vida que le había tocado y la cual, llevaba con mucha más dignidad que las estiradas como la mujer que ahora la veía con terror porque sabía que Alexis ya no quería conversar con ella.

Levantó el puño y se lo estampó en la nariz haciendo que Bethany trastabillara y se cayera de golpe sentada en el suelo.

La nariz empezó a sangrarle.

Alexis no se asustó mientras la otra, parecía que se iba a morir del miedo allí mismo.

Recordó los días que se sintió miserable en las casas de acogida, todos los insultos que aguantó, las risas, las burlas, hasta que se hartaba y reaccionaba de esa manera, haciendo que nunca más arremetieran contra ella.

—Nunca más en tu vida vuelvas a hablarme, Bethany Malone —le dijo de cuclillas viéndola a los ojos con profunda ira. No se molestó en controlar nada—. Y si piensas hacerlo, que sea con respeto; para tu información, aunque poco me importa lo que piensas, no tengo nada con Henry o con Finn. No me he insinuado a ninguno, a diferencia de otras mujeres que aun estando casadas son tan infelices que necesitan buscar calor en otro lado.

Bethany intentaba limpiarse la sangre de la nariz pero era incapaz debido al temblor de las manos y estalló a llorar desconsolada.

Alexis no pudo negar que sintió lástima por ella, mucha.

No cambió su posición ni un momento porque sabía que eso le haría ver débil de nuevo frente a la arpía Malone y no era algo que deseaba que se repitiera.

Así que se levantó y salió del baño con toda la seguridad que las piernas le permitieron.

Una vez fuera, buscó una salida de emergencia por la cual escabullirse y se marchó a casa.

Necesitaba caminar, pensar, y calmarse.

Ese día estuvo muy intenso y deseaba acabarlo de una vez y por todas.

Mandaría un mensaje a Floyd diciéndole que se había sentido mal y que se fue a casa en taxi.

No tenía dinero para eso y no le importaba caminar varias calles, estaba cerca y así evitaría que su hijo se preocupara.

Evitaría encontrarse con Henry esa noche y tener que explicarle por qué su hermano le besó y ella no pudo hacer nada.

Abrió y cerró la mano que estampó en el rostro de Bethany.

Se pondría una bolsa de guisantes que tenía en el congelador porque se le hincharía de seguro.

Y hablaría con Henry al día siguiente. No esa noche.

No podía.

No quería.

Solo quería estar en soledad y olvidarse de lo mal que todo salió en el único día en el que se había permitido un poco de diversión para sí misma.

Henry estaba como alma que llevaba el diablo.

Si se hubiese encontrado con Godzilla estaba seguro de que podría derribarlo sin problema de un puñetazo drenando la ira que tenía en su interior.

La noche no estaba siendo ni de cerca lo que él se había imaginado.

No podía negar que su hermano intervendría entre Alexis y él pero estaba dispuesto a darle un poco de guerra.

Tuvo que abortar la misión cuando Alexis corrió de su lado porque se dio cuenta de la mirada provocativa que le dedicó después del comentario con doble sentido que ella lanzó.

¡Fue una broma! ¡Una estúpida broma!

Para ella significó mucho, al parecer; y no quiso acercarse de nuevo a él. Lo evadió dos veces más tarde, cuando Henry se acercó a ella mientras se quedó a solas en la mesa de comida, en el momento que le correspondía, según las ordenes de Bethany.

Henry no quiso insistir más pero claro, su retirada dio cabida a que Finn pudiera ganar terreno.

Arrrrrrggggg

Mucho terreno.

Arrrrgggggg

Tanto que, en un momento bailaban en la pista y al otro segundo se besaban y después...

Arrrrgggggg

Habían desaparecido.

La ira que lo dominaba era más fuerte que él.

La fiesta casi acababa y no quería preguntarle a Floyd por su madre, no

era lo más conveniente.

La llamó al móvil varias veces y ella no respondió.

Su hermano tampoco lo hacía y él estaba a punto de enloquecer imaginándolos desnudos en algún lado.

¿Se escabulleron como adolescentes?

Arrrgggggg.

Vio al rededor y salió de ahí antes de que acabara clavando un puño en algún lado y le hiciera pasar vergüenza a su hija.

Al salir, caminó por el césped que rodeaba al gimnasio acercándose a los aparcamientos.

Quiso gritar para liberar la tensión que lo consumía en su interior, sin embargo, mantuvo la compostura porque no sabía si alguien lo veía y, de nuevo, no quería hacer pasar a su hija un mal rato.

Alexis le prometió que no tendría nada con Finn.

¿Por qué se había saltado a su promesa? Ese día, de esa manera.

Cerró los ojos y respiró profundo. No estaba pensando con claridad y quizá el aire le renovaba los pensamientos.

El humo del cigarrillo no tardó en alcanzar sus fosas nasales y entonces, abrió los ojos de par en par percibiendo la figura de Finn a pocos metros recostado del tronco de un árbol.

Frunció el ceño porque si su hermano estaba allí y Alexis no estaba con él...

Corrió hasta Finn, sin darle tiempo de reacción tomándolo por las solapas de la chaqueta y alzándolo como si se tratara de una pluma para luego hacer que su espalda chocara contra el tronco.

—¿Qué coño pasa contigo, imbécil?

—¿Conmigo? ¿Ah? ¿Conmigo? ¿Qué le hiciste?

—¿De qué me estás hablando?

Henry sacudió de nuevo a su hermano haciendo que este se quejara de dolor.

—¡PARA! —le gritó pero Henry estaba ciego y no quería parar.

—¿En dónde está Alexis?

—¡Y yo que coño voy a saber!

—¡Se estaban besando!

Finn empezó a reírse burlándose de su hermano. Este no se aguantó y soltó una de las solapas solo para estampar su puño en el pómulo del más

pequeño de los Price.

—¡Arrrrgggg! ¡PARA! —volvió a exigir Finn y dejó de reírse en el acto recordando la primera vez que había traspasado los límites. Ni de cerca Henry estaba tan molesto entonces como lo estaba ahora así que era mejor cortar el rollo de la venganza porque presentía que si no, acabaría en el hospital. Al final, obtuvo lo que más quería: que Beth se sintiera miserable—. ¡Cálmate, Henry! Voy a explicarte todo si me sueltas.

Henry gruño con fuerza y lo soltó.

Sin alejarse mucho de él porque si no le convencía la explicación, tendría que aplicarle la fuerza bruta de nuevo.

—Solo quería darles una lección a ti y a Bethany —Henry frunció el ceño—. Larga historia. No soporto que Beth se acueste con alguien más que no sea conmigo ¿Entiendes? Y estoy harto de ver cómo a ti te va mejor en todo y siempre te quedas con todo lo mejor.

Henry no salía de su asombro.

—¿Y no se te ocurrió mejor idea que aprovecharte de Alexis? —estaba haciendo un gran esfuerzo por aguantar las ganas de darle a Finn nuevamente en el pómulo.

—Cálmate —pidió Finn más relajado—. Iba a aprovecharme, es la verdad. No le gustó el momento en el que la besé. Se resistió y luego salió corriendo no sé a dónde.

Henry recordó el momento en el que los vio besarse.

Tuvo que desviar la mirada porque se sintió traicionado aunque sabía que no podía sentirse así porque ella ni siquiera estaba al tanto de lo que él sentía hacia ella y después, no sabía si ella era capaz de corresponder a sus sentimientos.

Hizo un intento por recordar algo más y entonces sí, recordó que cuando volvió a ver hacia la pista de baile Alexis iba en dirección a los baños y Finn en dirección opuesta.

¿Cómo se dejó cegar así por la ira?

Negó con la cabeza, cerró los ojos y se pinchó el puente la nariz.

Finn decía algo más pero él decidió no escuchar nada, solo quería encontrar a Alexis y explicarle lo que sentía por ella y que no descansaría hasta conquistarla.

Buscaría a los niños y se iría a casa, esa misma noche tendrían la conversación que aclararía todo entre ellos y...

Su teléfono sonó.

Lo sacó del bolsillo de su pantalón sintiendo una presión en la boca del estómago al ver que la llamada era de casa.

Era casi la una de la madrugada. Solo las cosas malas pasaban a esa hora y...

—Cheryl, ¿qué ocurre? —Henry empezó a correr en dirección al gimnasio cuando escuchó las sirenas al fondo de la llamada.

—Tienes que venir de inmediato, Henry. Es Alexis.

Alexis no encontraba forma de calmarse.

Los paramédicos le estaban revisando y ella intentaba explicar que no tenía nada, que estaba bien, pero no podía hablar.

Cada vez que lo hacía, sentía que se ahogaba y lo único que conseguía era llorar.

Sin consuelo.

Tampoco conseguía escuchar bien. Entendió que los paramédicos indicaban que estaba bien por los movimientos de sus cabezas y por la forma en que la veían.

Ella solo seguía llorando.

Más cuando observaba la casa humeante por su culpa.

¿Cómo ocurrió todo eso si se suponía que iba a ser el día más divertido que había tenido en mucho tiempo?

Los bomberos llegaron justo antes de que las llamas se extendieran por el corredor de las habitaciones y atacara otras zonas de la casa.

Ella no quería que pasara nada de eso.

Solo deseó llegar a casa, quitarse el vestido y tirarse en la cama con la bolsa de guisantes en la mano que empezaba a dolerle.

Pero entonces, se le ocurrió tomarse un té apenas entró y mientras el agua hervía en la tetera, le pareció buena idea quitarse el vestido, ponerse cómoda y sentarse a beberse el té con calma, pensando en todo lo ocurrido.

Si tan solo hubiese hecho lo que pensó sin adicionar acciones, no habría ocurrido nada.

En vez de quitarse el vestido, se le ocurrió encender la vela de aromas relajantes que tenía en una mesa a la entrada de la habitación, lo hizo y acto

seguido se quitó el vestido sin sacarse primero los zapatos por lo que la gasa de la falda quedó enganchada a un tacón y por no romper el vestido, acabó tropezando con la mesa, la gasa rozando la llama... el vestido se incendió pronto y ella, en un intento de salvarlo todo, se le ocurrió soltarlo e ir por el extintor.

Una idea buena si la habitación no hubiese tenido moqueta y la mesa hubiese estado bastante alejada de las cortinas.

Para cuando ella volvió con el extintor, la habitación ardía.

Y no se atrevió a apagarlo por su cuenta.

Llamó al 911 escapando de casa despavorida, en ropa íntima.

Cheryl reaccionó de inmediato a las llamas, estaba despierta leyendo en su habitación y alcanzó a ver el resplandor de las llamas.

Un maldito desastre.

Como su vida, como todo lo que tocaba o intentaba construir

Se sentó en la acera agradeciendo que los gemelos durmieran como si estuvieran desmayados porque no era capaz de aguantar que le vieran en ese estado y menos, se sentía capaz de explicarles todo lo ocurrido.

Se arrebujó dentro del albornoz que Cheryl le prestó en cuanto la vio llegar a casa en ropa íntima.

Tenía una crisis nerviosa y quería calmarse de alguna manera aunque no sabía cómo hacerlo.

Los bomberos hablaban con Cheryl, tomaban datos, la policía hacía lo mismo y en ese momento, Alexis levantó la cabeza al sentir el chirrido de las ruedas en el asfalto.

Puertas que se abrían, gente que corría de nuevo y su hijo, Floyd, abrazándola aterrado.

Ella intentaba decirle que estaba bien y nada salía, solo llanto. La presión en el pecho parecía imposible de disolver.

Bonnie también la abrazó, la vio con susto; ella quería decirle que le perdonara, que había quemado el vestido de su madre, que era una inútil que nunca podía hacer nada bien, que no se merecía que ellos hubiesen sido tan buenos con ella y sus hijos.

Y solo conseguía llorar.

Los rostros de todos empezaban a indicarle que se calmara pero no era tan sencillo como lo suponían.

Nada era sencillo en su vida.

Nunca nada lo había sido, ¿por qué creía ella que eso podía cambiar alguna vez?

Entonces, sintió una fuerza de choque contra su tristeza, la fuerza llegó a ella en forma de brazos protectores, dándole un abrazo que parecía dejarla sin aire y llenándola de palabras que sí fue capaz de escuchar.

—Shhhhhhhh —era Henry, se dio cuenta de que lo reconocería hasta en la mayor oscuridad—. Pensé que te había pasado algo malo, Alexis. Estoy aterrado, por dios, no te imaginas... —la apretó más al sentir que ella intensificaba su llanto—. Todo va a estar bien, cariño, todo. Somos un equipo, nunca lo olvides —y Henry le dio un beso tan dulce en la coronilla, sin soltarla ni un milímetro de su pecho que, literalmente, la derritió y se preguntó ¿cómo era que podía seguir recibiendo tantas cosas buenas después de todo lo que ocasionó?

De pronto, empezó a sentir que la presión del pecho menguaba. Que no quedaban más lágrimas para sacar porque había llorado demasiado y no supo cómo ni cuándo encontró calma.

Estaba en una habitación que no era la de ella.

Henry le sonrió a su lado. Estaba sentado en un sillón junto a la cama, leía un libro y se acercó un poco a ella para tomarla de la mano en cuanto vio que despertaba.

—¿Cómo te sientes?

Ella negó con la cabeza. Las palabras ya le salían pero no se sentía capaz de decirlas. Estaba demasiado avergonzada por todo el desastre que ocasionó.

Henry negó con la cabeza y le sonrió de medio lado.

—La casa está asegurada, Alexis. Y los accidentes pueden pasarle a cualquiera.

—Quemé el vestido de la madre de Bonnie, Henry. Lo quemé.

Él no pudo evitar soltar una carcajada y ella lo vio consternada.

—Pensé que tu preocupación era la casa, no un vestido que no significaba nada para nosotros. Creo que te lo dejé en claro, Jenny nunca lo usó.

—Voy a pagarte todas las reparaciones.

—Deja de decir tonterías, para eso pago un maldito seguro y no vuelvas a hablarme de dinero. Lo único que quería era que tú estuvieses bien y lo estás.

Le besó el dorso de la mano y ella intentó retirarla pero Henry la vio con sorna y negó de nuevo con la cabeza.

—No te voy a soltar —la mirada de él confirmó sus intenciones y

entonces, relajó la mano dándose cuenta de que el contacto con él le gustaba y fue recordando todo lo que ocurrió durante el día anterior, desde la visita de la madre de Henry.

Todo.

El beso de Finn. La cara de Henry cuando la vio.

—Finn y yo...

—Shhhhh —¿no se cansaba de sonreírle ese hombre?—. No me arruines el momento ¿Sí? Ya sé lo que ocurrió entre Finn y tú y no me debes ninguna explicación.

—Pensaste que yo...

—Alexis, todo fue un desagradable malentendido. He debido hablarte de mis sentimientos por ti antes —suspiró—. Tenía miedo de que me rechazaras, quería estar seguro de que sentías algo por mí —una sonrisa dulce apareció en los labios del hombre y Alexis sintió que se derretía de nuevo como la noche anterior. ¿Cuándo empezó a sentir cosas por Henry? ¿Cómo consiguió engañarse a sí misma para no darse cuenta hasta ese momento?—. Cuando alcancé a ver un poco de interés hacia mí, te escabulliste muy nerviosa y no me permitiste más acercamientos en la noche, por ello Finn estuvo tan cerca de ti. Si no, no habrías ni notado su presencia.

Alexis se permitió reír un poco. Lo vio con la cabeza ladeada y algo en su pecho saltó. Una emoción repentina de saber que un hombre como Henry se fijaba en ella. Aun le costaba creer algo así, a pesar de que las palabras y la mirada de Henry no podían ser más sinceras.

Sintió nervios de nuevo y como sabía que no tenía a donde ir para escabullirse, además, ya no le apetecía escabullirse más, decidió que podía darle un giro a la conversación para restarle intensidad.

—Tu hermano me dio ganas de vomitar.

—Bueno, no eres la primera que siente eso con él.

—No, en serio, él me besó y su aliento a cigarrillo me dio nauseas. Corrí al baño a vomitar y me encontré allí con Beth —levantó la mano y le mostró los nudillos lastimados.

Henry se acomodó en el sillón y se cruzó de brazos con la mirada divertida.

—¿Le diste un puñetazo?

—Se lo tenía merecido, Henry, me tenía al borde y la amenacé.

Henry amplió su sonrisa y Alexis sintió como si un rayo de luz le

atravesaba el pecho en ese momento mejorando mucho su estado de ánimo.

¿Qué sentía por él?

—¿Cómo quedó Bethany?

—Con la nariz rota, le sangraba —Alexis suspiró—. La verdad es que siento lástima por ella y por tu hermano.

—Jamás me habría creído que ellos dos eran amantes. Cuando mi madre se entere va a delirar porque las traiciones son impensables para ella.

—No se lo menciones, Henry.

—Finn no se merece tanta consideración.

—Lo sé, mas no es un chico malo. Está muy celoso de ti y de lo que tienes. Cumple tu función de hermano y guárdale el secreto. Que si tu madre se entera, no sea por ti.

—¿Por qué no me contaste el encuentro que tuviste con mi madre?

—Qué más da, Henry, no importa. Solo quiero que sepas que la eché de casa porque no podía soportar más sus insultos.

—Me lo dijo ella misma —Alexis no pudo disimular su sorpresa, pensaba que Bonnie o Cheryl le dijeron algo—. Así es mi madre y la he puesto en su lugar. Cheryl también me mencionó cómo te encontró luego de su visita —suspiró profundo y le tomó de nuevo la mano para besarle el dorso de la misma. Alexis sonrió con vergüenza porque admitía que ese gesto le gustaba. Recordó cuando la abrazó en medio de la calle y la llenó de paz con su abrazo. Se sintió tan a gusto allí contra su pecho que casi... — ¿puedo acostarme a tu lado y abrazarte?

La mirada de Henry era tan intensa y profunda como siempre pero en ese momento también encontró algo que Alexis no detectó antes: ternura y un sentimiento puro hacia ella.

Los nervios le atacaron la boca del estómago, no recordaba a nadie que la hubiera visto así antes en toda su vida.

Ella asintió y él se acomodó a su lado haciendo que la cabeza de ella descansara sobre su pecho.

Dejó escapar el aire satisfecho. Alexis sonrió, una parte de ella buscaba la forma sentirse miserable por todo lo que había pasado, sin embargo, se resistió a ceder al sentimiento que siempre la dominaba.

Estaba harta de sentirse débil, triste, sentir que todo el que se acercaba a ella venía con las intenciones equivocadas.

Henry no era así y lo estaba demostrando; entonces, ¿Por qué insistir en

sentirse culpable y miserable?

—Estabas celoso de Finn desde el principio, ¿verdad?

—Ni me lo recuerdes. Nunca antes me sentí tan celoso.

Alexis bufó con diversión.

—Aparte de quemar tu casa, dañar el vestido de Jenny y todo lo que ocasioné por lo cual te debo miles de disculpas, creo que lo principal es disculparme por tampoco confiar en que eres un buen hombre y que tus intenciones conmigo eran buenas. Soy una tonta por no haberlo aceptado y...

—Shhhhh —Henry la apretó mucho más contra sí y le dio un beso en la coronilla que la hizo sonreír—. He notado que cuando estás nerviosa no paras de hablar —lo sintió sonreír y le gustó que él la conociera tan bien—, déjame disfrutar de este momento, Alexis, porque sin darme cuenta, lo soñaba. Ahora, lo único que me importa es que a partir de hoy, escribamos una historia que nos haga feliz a los dos.

Ella sonrió y también dejó escapar el aire.

Una parte de ella sentía nervios ante una propuesta semejante y la otra parte, esa que salía en ese momento para derrotar a la que siempre buscaba sentirse culpable por todo, la animó y le hizo confiar en lo que vendría a continuación.

Una repentina emoción le embargo, permitiéndole sentir tantas emociones positivas que nunca había experimentado junto a un hombre.

¿Entonces así se sentía la felicidad?

Volvió a suspirar y dejó de hacerse preguntas o de querer saber cosas que desconocía, lo más sensato era confiar en todo lo que le ocurría y entregarse de lleno a ser feliz porque se lo merecía.

XIV

Pasaron varios meses desde que Henry sintiera que la vida se paralizaba a su alrededor tras escuchar las sirenas llegar a su casa mientras conversaba con Cheryl y esta le informaba que algo había pasado con Alexis.

Todo se detuvo y su corazón sufrió tanto, que empezó a sentir presión en el pecho, zumbido en los oídos y ese miedo asqueroso que lo dominaba casi por completo.

Solo cuando su mirada encontró a Alexis, sentada en la acera, llorando sin consuelo, el alma le volvió al cuerpo y pudo volver a la normalidad; una normalidad que se le hacía extraña porque desde que Alexis había aparecido en su vida, muchas cosas dejaron de ser normales.

Esa noche recordó a Jenny.

Tanto, que en algún momento se sintió culpable de estar con la mujer que le hacía despertar una nueva ilusión recordando a su querida Jenny.

Cómo no hacerlo.

Su sentimiento de culpa por pensar en una mientras velaba el sueño de la otra, venía del recuerdo del día del accidente de Jenny y de todo lo que sintió cuando le llamaron para notificarle la muerte.

¡Dios! Aun podía sentir cómo se quedó sin aire, cómo el mundo le dio vueltas, cómo todo dejó de tener sentido porque su Jenny se había marchado para siempre.

Recordó ese día con tanta intensidad que lo atacó el pánico pensando que no podía perder a Alexis también.

Cuando la vio bien, cuando la abrazó y ella se aferró a él con tanta fuerza, en ese momento tan sublime para él, decidió que a partir de ahí, no descansaría hasta que ella formara parte de su vida.

La quería junto a él a todas horas. Para las noches de pasión, los desayunos en familia, las películas de los fines de semana y las barbacoas que tanto disfrutaban mientras los niños correteaban alrededor de ellos.

La quería junto a él para vivir aventuras juntos, reír hasta que les doliera la panza y planificar el futuro juntos.

En todos estos meses Henry respetó sus emociones y dudas. Por ello se tomó las cosas con tranquilidad; sin embargo, sentía que era momento de dar el gran paso.

Quería borrar finalmente todas las dudas de ella y demostrarle que quería quedarse con ella para toda la vida.

No más tu casa o la mía.

No más avanzar poco a poco para darle más seguridad a ella.

Quería darle todo a esa mujer. Quería hacerla feliz cada día.

Quería reír de sus locuras, de sus torpezas que ella llamaba desastre y que él adoraba.

Gracias a esos «desastres» ellos crearon un lazo que era mágico e irrompible.

Henry todavía podía reír por horas recordando la forma en la que salía la espuma del cuarto de lavado porque Alexis, en un momento de prisas y distracción, le colocó mucho más jabón a la carga de ropa que iba a lavar y luego se pasaron una tarde entera limpiando todo porque la espuma le llegó a la cocina. Los niños enloquecieron viendo tanta espuma junta mientras él reía divertido y Alexis se moría de la vergüenza, como siempre.

Era adorable cada vez que se avergonzaba porque cometía un error.

Estuvo casi un mes avergonzada con él por haber ahogado, literalmente, el jardín de su reconstruida casa que con tanto celo cuidaron Henry y todo el equipo de reconstrucción para no dañar nada del hermoso espacio verde de la propiedad.

Y se negó a que él invirtiera en el jardín de nuevo que aún permanecía en terrible estado porque ella quería arreglarlo sin que nadie le ayudara económicamente, una terquedad que a Henry le enervaba pero también le hacía sentirse orgulloso de lo independiente que era esa mujer a pesar de que no tenía las cosas fáciles con ese trabajo que poco dinero le daba, el cuidado de la casa de los López durante los fines de semana y nada más.

Pero poco a poco contribuía a que su vida cambiara de manera radical y seguiría siempre, siempre, buscando la forma de regalarle cambios positivos porque ella lo merecía.

Era especial. Encantadora. Auténtica.

Notó su autenticidad desde el primer día que la vio en el colegio.

Muy lejos estaba de ser perfecta y agradeció que no lo fuera porque quizá no estaría ahí, en su coche, riendo como un adolescente cuando pensaba en

ella y en la propuesta que le tenía preparada para ese día.

Ya todos estaban al tanto del plan y estaban de acuerdo con eso.

Tenía el visto bueno de Cheryl, Bonnie, Floyd y los gemelos.

Solo faltaba el de ella.

Entraría a su casa, la besaría y le hablaría de su propuesta esperando que no se negara porque todo formaba parte de su plan maestro, el plan que la uniría a su vida para siempre.

Alexis estaba preparando un té en la cocina cuando escuchó la camioneta de Henry aparcar en el espacio libre que quedaba detrás de su coche cuando no quería aparcarlo dentro del garaje Ahora había espacio de sobra en todos lados de la propiedad y eso le encantaba.

Lo escuchó entretenerse con la Sra. Wilson que paseaba su perro a esas horas de la tarde y cada vez que encontraba a Henry, lo detenía para conversar con él.

Alexis llevaba varios meses de regreso en su propia casa, después del accidente ocurrido en la casa de alquiler de Henry, pasó unos días más en la casa del hombre pero eran demasiadas personas juntas las que estaban ahí y parecía que esa situación le agobiaba a fondo.

No a él.

Ni a Bonnie o Cheryl.

Ni a sus hijos.

No.

Pero a ella, sí le parecía que le incomodaba.

El regreso le sentó bien y empezó a establecer una relación más tranquila con Henry.

Pero hacía unas semanas estaba inquieta porque se dio cuenta de que extrañaba la algarabía de todos los niños por las mañanas antes de irse al trabajo y la sensación de hogar que tenía junto a Henry cuando acababa el día.

Entonces entendió que antes, su problema no fue que sentirse agobiada por tanta gente junta bajo el mismo techo, la casa de Henry soportaba esa cantidad de gente sin problema.

Su problema real había sido el miedo de seguir adelante como una familia

y acostumbrarse a ello porque en cierto modo, lo quería, lo deseaba pero le aterraba.

Por eso volvió a su casa, porque no sabía en ese momento si se sentía capaz para ser uno de los pilares fundamentales de una familia.

No se sentía capaz. Nunca tuvo un ejemplo a seguir y estaba clarísimo que no sabía lo que era tener una familia real. Por ello el miedo y las ganas de darse a la fuga antes de asumir semejante responsabilidad.

Y en todo ese tiempo estando en techos separados, su lado precavido y atemorizado, ese lado que le hacía retroceder en algunas ocasiones y que siempre le daba un alto cuando ella soñaba de más o cuando le ocurrían cosas buenas porque ese lado de ella era el que siempre se sintió golpeado por el infortunio de la vida y era esa especie de nube gris que todos tenemos que le gusta empeñarnos los momentos felices advirtiéndonos que nada es gratis en la vida y que tanta felicidad podría ser solo un espejismo; ese lado, que ahora consideraba negativo, la invitó a ir con mucha calma y a observar para ver si podían creerse que todo lo que ocurría, era real y duradero.

¿Qué descubrió entonces?

Un hombre que la adoraba y que encima, adoraba a sus hijos.

Descubrió que él le hacía reír gran parte del tiempo que pasaban juntos y que se sentía feliz cuando ella le jugaba bromas o cuando simplemente se abrazaban en el sofá para ver una película con todos los niños a sus pies y un gran *bowl* de palomitas.

Observando, descubrió que sus hijos veían en él a un padre y Bonnie se había convertido para ella en una hija con la que le encantaba ir de compras, al salón de belleza o a cualquier otro lado en plan «solo chicas».

Muchas veces incluían a Cheryl que seguía en casa de Henry cuidando de Bonnie, Floyd y los gemelos con tanta agilidad y amor que Alexis no podía sentirse más afortunada en la vida.

Entendió finalmente lo que la gente decía cuando hablaba de que, para los niños, los abuelos eran importantes y descubrió también que Cheryl con sus abrazos, la llenó de tanto amor que la sentía como a una madre aunque no se lo había dicho nunca y quizá no hacían falta palabras para expresárselo porque estaban tan compenetradas que casi podían entenderse sin hablarse.

Con la madre de Henry las cosas no funcionaban tan bien pero al menos aprendieron a ser cordiales entre ellas cuando estaban todos reunidos.

Suspiró.

Su casa, la vio una vez más, no se cansaba de admirarla.

Cuando Henry le llevó junto al resto de la familia a descubrir el cambio en su propiedad, se quedó sin habla y los niños lloraron con tanto sentimiento por la felicidad que los dominó al ver el nuevo espacio en el que vivirían, que ella prometió esforzarse más para darles lo que soñaba.

Ahora tenían una casa iluminada con luz natural, moderna, con una cocina amplia y bien equipada, tres baños, cuatro habitaciones y un garaje con un buen armario que servía como depósito.

Parecía que iba bien encaminada, las cosas seguían cambiando para bien.

Henry, recientemente, le había conseguido algunos clientes que querían esa clase de jardines que ella creaba.

Coloridos, sencillos y relajantes.

Jamás habría pensado que ella acabaría dedicándose a eso, aunque era muy pronto para verlo como un negocio y seguía manteniendo sus antiguos empleos, Henry ya le había advertido que le llegarían muchos más clientes y que ganaría dinero haciendo algo que le encantaba hacer.

Que, además, le daría más libertad para poder estar más tiempo con sus hijos.

Sonrió recordando el día en el que inundó el jardín.

Menos mal que esos nuevos clientes pasaron por su casa para ver una muestra de su trabajo, antes de que ella inundara el jardín dejando la manguera abierta toda la noche. Pocas plantas se salvaron a esa cantidad de agua y desde entonces, estaba pensando en cómo quería renovarlo.

Quería hacer algo diferente y una vez que terminara el trabajo con esos clientes que Henry le consiguió, tendría dinero para poder comprar las plantas que siempre quiso y que por falta del mismo, no podía hacerlo.

¿Podía pedir más?

No.

Incluso ese día, después de tantos meses, no conseguía expresar la felicidad de saber que esa era su casa.

Pero, cada vez la sentía más como una simple casa y no como un hogar.

Escuchó los pasos aproximarse a la puerta y los nudillos golpear la misma antes de que se abriera y apareciera el rostro del hombre que le había cambiado la vida en todos los sentidos.

Se acercó a ella y la tomó por la cintura atrayéndola a él.

Quitando todo el espacio entre ellos y plantándole un delicioso beso de

esos que la derretía y le hacía ganar color en las mejillas.

—¿Qué tal tu día?

Ella sonrió y pasó los brazos por el cuello del hombre.

—Muy bien. Estoy oficialmente de vacaciones —Alexis había solicitado las vacaciones anuales que le correspondían porque quería dedicarse de lleno a los jardines que haría en esa fecha. Eran sus primeros trabajos como emprendedora y quería tener la mente clara, estar relajada y hacer un gran trabajo.

La sonrisa y el brillo en los ojos de Henry le hicieron suponer que venía con un plan.

Lo conocía.

La emoción no podía ocultarla.

—¿Qué te traes entre manos?

—Una sorpresa. Necesito que empagues ropa para los niños y para ti.

Ella abrió los ojos por la sorpresa y no supo qué responder al momento.

¿Un viaje? ¿En ese momento? ¿Estaba loco?

—Henry no puedo marcharme porque...

—Shhhhhh —le dio un beso y ella se mantuvo en silencio—. Estarás de regreso un día antes de la cita con Jefferson y su esposa para que empieces tu negocio de la jardinería artesanal.

Ella negó con la cabeza divertida.

—Pero es que yo quería tomarme estos días para...

—Por favor. No te vas a arrepentir.

Ella sonrió de nuevo y los nervios se alojaron en su barriga.

—Está bien, ¿Qué empaco?

—Son tres días, solo te pido que no te lles toda la casa —le hizo un guiño y ella asintió besándolo una vez más.

En el viaje, que duró poco más de dos horas y que hicieron en una casa rodante que Henry alquiló, Alexis se enteró de que iban de camino a Charleston en Carolina del Sur.

Aunque ese sería su destino final porque antes, la parada que era toda una sorpresa para Alexis y los gemelos a los que no les dijeron nada porque sabían que no serían capaces de guardar secretos, estaba ante ellos.

Los niños gritaban con emoción.

Floyd y Bonnie le sonreían con tanta ilusión que Alexis se sintió dichosa de poder vivir esa experiencia junto a ellos.

Hasta Cheryl estaba como chiquilla correteando con los gemelos una vez se bajaron de la casa rodante.

Alexis no se lo creía.

—¿Vamos a volar en globo?

Henry la vio con los ojos abiertos y dejándole ver una sonrisa que le hacía parecer uno más de los niños de cinco años que viajaban con ellos.

Ante ellos estaba la planicie con el atardecer que empezaba a dejarse ver.

El clima estaba delicioso y una serie de coloridos y enormes globos aerostáticos se alzaban imponentes, esperando por sus pasajeros para dejarles apreciar las bondades de la naturaleza.

El piloto y su tripulación les esperaban en la puerta de la barquilla del globo listos para despegar.

El cielo llevaba una mezcla de azul claro y tonalidades naranja que marcaban el final del día pero también, le hacían contraste al verde y violeta vibrantes del globo al que subirían.

Alexis estaba nerviosa y emocionada.

—¡Buenos tardes, chicos! —el piloto, un hombre de cabellera blanca y piel arrugada les recibió con una gran sonrisa, chocando los puños con los niños y los preadolescentes.

A los mayores, les dio un ligero apretón de manos.

Alexis se acomodó en una esquina de la barquilla, el borde de la misma era alto lo que le transmitió seguridad sobre todo por los más pequeños.

—Pues bien, yo soy Aaron y seré el encargado de hacerles un recorrido especial —el capitán hablaba con tanta serenidad que Alexis empezó a sentir que se relajaba—. Nada de brincos en la barquilla —vio a los gemelos y estos se quedaron quietos de inmediato—. Mis chicos les ayudarán a subirse allí —señaló unos pequeños taburetes que le darían un poco más de altura a los más pequeños para que pudieran ver algo más que el cielo—. Nada de hacer tonterías y voy a necesitar voluntarios que me ayuden a volar esta cosa, ¿Quién se apunta?

Todos los niños, incluido Henry, levantaron las manos excitados ante la propuesta del piloto.

Terminaron de poner todo en orden y empezaron pronto a despegarse del

suelo.

Alexis le tomó la mano a Henry y este la abrazó, guiándola a una esquina de la barquilla.

Estuvieron en silencio un rato, apreciando el momento, el silencio que solo parecía ser interrumpido por el rugido de los quemadores y la vista de todos se llenaba de estímulos con los matices del hermoso paisaje que se abría ante ellos.

Era perfecto.

Una postal maravillosa.

Alexis se aferró aún más a Henry.

—¿Puedo decirte algo que quizá suene muy loco?

—Puedes decirme lo que quieras, nada que venga de ti sonará loco.

Alexis sonrió pensando que aquello no era del todo cierto.

—Antes de que entraras a mi casa, mientras me tomaba el té, pensaba en toda la fortuna que he tenido en estos meses desde que nos conocimos. Observaba la casa, una vez más, porque no me creo aun sea mía y que sea tan bonita —resopló divertida— y pensaba en que me siento feliz y agradecida por tenerla. Porque gracias a ti, a tu equipo, ahora tenemos una casa —se dio la vuelta para quedar frente a él. Henry no quería soltarla por nada en el mundo y a ella le gustó esa sensación—. Pero, y esta es la parte en donde quizá pienses que lo que voy a decir es una locura —lo vio a los ojos, encontrando esa mirada intensa y atrayente que le fascinaba de él—. Siento que es solo una casa, Henry, no un hogar.

Henry la vio con sorpresa.

Ella le sonrió.

—Me fui de tú casa abrumada porque pensaba que necesitaba mi espacio y no —los destellos de felicidad en los ojos de él la animaron a continuar y ese ánimo le ratificó lo que quería—; me fui de tú casa aterrada porque sentía que éramos una familia y me encantaba pero sentía que era tan hermoso que se podía acabar en un abrir y cerrar de ojos. Lo creía una ilusión. Sin embargo, el vacío aquí —se llevó una mano al pecho— desde que estamos en casa, no lo he podido llenar con nada y sé que lo único que podría hacerlo es que...

Henry parpadeó y la abrazó con fuerza.

—¿Quieres volver a mi lado?

—¿Alguna vez me he ido? —él la vio con ilusión.

—La verdad es no, desde que nos conocimos nos convertimos en...

—Un equipo.

Él sonrió y la besó.

—Ese era el motivo de este viaje —empezó a decirle Henry. Su voz temblaba de emoción—. Traerte aquí, al cielo, para enseñarte el paisaje y esto —le dio la vuelta y observó a Floyd compartiendo momento con los gemelos mientras ayudaban al piloto; Bonnie que veía el paisaje conmovida; y Cheryl, que los observaba a ellos sin reparo y con ojos dulces—. Estamos juntos y somos felices así. Somos una familia, cariño. Quiero que sea así siempre. Quiero que te cases conmigo y que construyamos tantos momentos juntos, tan especiales como este, y que no tengamos memoria suficiente para recordarlos todos. Que ellos —señaló a los niños—, en el futuro, sepan que tienen un hogar al cual pueden volver cuando quieran y que dentro de ese hogar tendrán a gente que les ama por encima de todas las cosas.

Alexis se dio la vuelta y lo vio a los ojos.

—¿De verdad quieres casarte conmigo?

Henry dudó un segundo de su pregunta.

—Por supuesto. ¿Por qué no iba querer hacerlo? ¿No era eso lo que intentabas decirme también tú? Me acabas de decir que quieres volver a mi lado. Vivir juntos. Lo deseo con toda mi alma y quiero hacerlo de la manera correcta.

—Pensé que viviríamos juntos, que no hacía falta el matrimonio por ahora. Quizá vivir un tiempo más largo bajo el mismo techo te dará otra visión de mí que te hará replantearte esto... —La besó. Era su manera de decirle que estaba hablando tonterías y que era hora de cerrar la boca. Ella se lo agradeció porque esas palabras y esa inseguridad eran parte del lado oscuro de ella que quería desintegrar.

¿Qué más pruebas necesitaba ese lado negativo para darse cuenta de que todo era tan real y maravilloso?

—Alexis, no tengo que replantearme nada de ti ni hoy ni mañana ni en un mes ni en veinte años. Quiero que inundemos jardines, que soltemos botes de pintura y nos manchemos, que llenemos la casa de espuma y hagamos una fiesta con los niños —le sonrió con tanto amor que Alexis pensó que el pecho le iba a explotar de la felicidad—. Quiero desayunos, almuerzos, cenas, películas y todo lo quiero junto a ti porque amo todo de ti. Porque tus locuras y tus momentos embarazosos son perfectos para mí.

Alexis no sabía si algún día podría creerse la suerte que había tenido de encontrarse a un hombre como Henry y que este, decidiera poner los ojos en ella y amarla para siempre.

Henry sacó del bolsillo un anillo de compromiso que colocó en el anular izquierdo de Alexis.

El corazón le latía desbocado y las emociones, las tenía revueltas.

¿Alguna vez pensó que viviría un momento así?

—Eres maravilloso y sí, acepto —no aguantó tantas emociones y empezó a llorar de felicidad absoluta por cuarta vez en la vida.

Sus hijos fueron sus tres primeras razones de llanto por felicidad.

Ella volvió a verle a los ojos y se puso de puntillas para besarle.

Henry la levantó un poco del suelo haciendo que todos voltearan a verles.

—¡Dijo que síiiiiiii! —gritó al viento, a los niños, a Cheryl que lloraba de alegría por ellos, mientras los demás aplaudieron y gritaron con entusiasmo alegrándose por ellos.

Mientras el globo avanzaba y todos flotaban en el aire, Alexis y Henry flotaban en su propio globo de felicidad, viéndose a los ojos, hablándose a través de ellos como lo hicieron siempre, jurándose mantener encendida la chispa que los unió y que, sin darse cuenta, se convirtió en un sentimiento tan puro como el amor.

Querido lector:

Siempre te estaré agradecida por tu apoyo, por tu fidelidad hacia mis historias y por compartir conmigo tu experiencia como lector.

Recuerda que tus **comentarios en Amazon y en Goodreads** son importantes para que otros lectores se animen a leer esta o cualquier otra historia. No tienes que escribir algo extenso, no lo tienes que adornar, solo cuéntalo con sinceridad. Los nuevos lectores lo agradecerán y yo me sentiré honrada con tu opinión, bien sea para festejar por obtener muchas estrellas o para aprender en dónde estoy fallando y mejorar.

¿Sabes que por suscribirte a mi blog recibirás **DOS RELATOS** de mi autoría **COMO REGALO** en formato digital? [RELLENA YA ESTE FORMULARIO](#) para recibir los relatos y así también podrás estar al tanto de mis novedades, lanzamientos, concursos y material gratuito que pienso obsequiar a mis lectores. No spam. Envío uno o dos correos, máximo, por mes :)

Me encanta tener contacto con todos mis lectores. No dejes de seguirme en las redes para que podamos estar en constante comunicación ;-)

¡Mil gracias por todo, sin ustedes, esto no sería posible!

¡Felices Lecturas!

Grupo de Facebook: [Los noveleros de Stefania Gil](#)

Facebook Fan Page: [Stefania Gil – Autor](#)

Instagram: [@Stefaniagil](#)

Twitter: [@gilstefania](#)

Email: info@stefaniagil.com

Otros títulos de la autora:

[Entre el deseo y el amor](#)
[Deseos del corazón](#)
[Ecós del pasado](#)
[No pienso dejarte ir](#)
[Estamos Reconectados Reenamórados](#)
[Romance Inolvidable](#)
[Pide un deseo](#)
[Un café al pasado – Naranjales Alcalá I](#)
[El futuro junto a ti – Naranjales Alcalá II](#)
[EL Origen – División de habilidades especiales I](#)
[Contacto Maldito – División de Habilidades Especiales II](#)
[Las Curvas del amor – Trilogía Hermanas Collins I](#)
[La melodía del amor – Trilogía Hermanas Collins II](#)
[La búsqueda del amor – Trilogía Hermanas Collins III](#)
[Siempre te amaré](#)
[Mi último: Sí, acepto](#)
[Presagios](#)
[Sincronía](#)
[La ciudad del pecado – Serie Archangelos I](#)
[La ciudad que nunca duerme – Serie Archangelos II](#)
[La ciudad de la luz – Serie Archangelos III](#)
[La ciudad del viento – Serie Archangelos IV](#)
[La ciudad de los ángeles – Serie Archangelos V](#)

Stefania Gil

Stefania Gil es escritora de novelas de ficción romántica paranormal y suspenso. También escribe romance contemporáneo en algunas ocasiones.

En su canal de Youtube deja ver su lado profesional, con vídeos relacionados a la escritura y gestión de tiempo para alcanzar el éxito; así como también, nos deja ver su lado personal, con vídeos más informales en los que cuenta sobre su obsesión por la planificación; su amor por la lectura; y cómo ha hecho para encontrar un balance entre su profesión y esa mezcla caótica y divertida que es la maternidad.

En 2017 fue invitada a participar como ponente en la mesa redonda

organizada por Amazon KDP España para celebrar el mes de la publicación independiente en la ciudad de Málaga, lugar declarado «Capital de la literatura indie» #MesIndie

En 2012 su relato Amor resultó ganador en el Certamen literario por Lorca y forma parte del libro Veinte Pétalos. Ese mismo año, también obtuvo un reconocimiento en el I Certamen de Relatos de Escribe Romántica y Editora Digital con su relato La heredera de los ojos de serpiente.

Stefania forma parte del equipo editorial y creativo de la revista digital Amore Magazine, una publicación trimestral dedicada al género romántico. Y fue colaboradora de la revista digital Guayoyo En Letras en la sección Qué ver, leer o escuchar.

Le encanta leer y todo lo que sea místico y paranormal capta su atención de inmediato.

Siente una infinita curiosidad por saber qué hay más allá de lo que no se puede ver a simple vista, y quizá eso, es lo que la ha llevado a realizar cursos de Tarot, Wicca, Alta Magia y Reiki.

Actualmente, reside en la ciudad de Málaga con su esposo y su pequeña hija.

Y desde su estudio con vista al mar, sigue escribiendo para complacer a sus lectores.